

 HARLEQUIN™

TM

Amalia

ALLISON
LEIGH

Vidas robadas

*Julia*TM

Allison Leigh

Vidas robadas



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2013 Allison Lee Johnson
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.
Vidas robadas, n.º 2019 - junio 2014
Título original: A Weaver Beginning
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4299-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 1

La nieve lo cubría todo menos una franja en medio de la calle que habían despejado esa mañana.

Sloan McCray, que miraba desde la ventana de la casa que había alquilado hacía seis meses, observó esa franja.

El centro de la calle estaba limpio, pero la nieve desplazada formaba unas paredes a los lados que impedían aparcar y el paso de los transeúntes.

Era el primer invierno que pasaba en Weaver y no había dejado de nevar desde octubre. Había tenido dos meses para acostumbrarse.

Había cinco casas en esa calle y algunos de los vecinos tenían distintos quitanieves; unos eran viejos y otros costaban tanto como su primera motocicleta. Él tuvo que despejar la entrada de su casa por el sistema antiguo, con una pala y mucho músculo, aunque eso no era un inconveniente. Estaba acostumbrado al esfuerzo físico incluso desde antes de aceptar el cargo de ayudante del sheriff de Weaver y retirar la nieve le pareció una tarea agradable. Hacía ejercicio físico y pensaba en cosas intrascendentes, dos cosas que agradecía. Todavía no estaba convencido de que fuese a quedarse. Su empleo era provisional y tenía un alquiler de un año. Tenía que pensar qué iba a hacer cuando pasaran los nueve meses que le había prometido a Max Scalise, el sheriff, pero era algo que no le atraía demasiado.

Desde la calidez de su sala, miró el pequeño coche azul que llevaba como una hora delante de la casa de al lado. Las huellas de las pisadas iban del coche a la casa y de la casa al coche. Eran unos vecinos nuevos que se habían mudado el último día del año. La mujer era joven y tenía una melena castaña que le caía sobre los hombros y el chaquetón rojo. El niño que la acompañaba tenía el pelo del mismo color. También se había fijado en que no había ningún hombre. Al menos, ninguno que los ayudara a descargar el coche ni a quitar la nieve del camino.

Se apartó de la ventana, se puso el chaleco acolchado y fue al pequeño cobertizo donde guardaba la moto y las herramientas. Ya había pensado demasiado y era el momento de trabajar con la pala.

—Abby, Abby...

Abby Marcum, con una pesada caja en las manos, miró a su hermano. Él sujetaba un cubo de plástico con su colección de videojuegos y miraba fijamente al hombre alto que se acercaba.

—¿Quién es...? —susurró Dillon con evidente nerviosismo.

—No lo sé —contestó ella—. Conoceremos a mucha gente en Weaver.

—No quiero conocer gente nueva —replicó él con un gesto de cautela—. Quiero la gente de antes.

Ella sonrió para disimular un suspiro. Su hermano de siete años no era el único que recelaba por haberse mudado a Weaver, pero no iba a demostrárselo.

—No hemos perdido a la gente de antes. Braden está cerca y podremos ir allí.

Aunque no todos los días... o nunca. Sofocó otro suspiro. Miró a Dillon cuando se dio cuenta de que el hombre estaba muy cerca.

—Lleva la caja adentro. Puedes pensar dónde poner la televisión.

Él se dirigió hacia la casa sin dejar de mirar a ese hombre y ella agarró la caja con más fuerza. Esperó que haberse mudado a Weaver no hubiese sido un error monumental. Dillon ya había sufrido bastante. Ella había intentado cumplir los deseos de su abuelo durante dos años. Él ya no estaba y ella seguía intentándolo, pero no sabía si había hecho bien al alejar a Dillon del único sitio estable que había conocido. El sonido de los pasos en la nieve cesó cuando él se detuvo a un par de metros.

—Usted es la enfermera nueva del colegio.

Ella apretó la caja con más fuerza para intentar no mirarlo fijamente. Tenía algunas arrugas alrededor de los ojos marrones y canas en el pelo castaño y demasiado largo, algo que sería normal en un hombre que parecía tener treinta y muchos años, pero que a él le daban un atractivo despiadado. Ella se había criado en Braden, el pueblo más cercano a Weaver, y sabía cómo se difundían los rumores en los pueblos. Por eso no le sorprendió que supiera quién era.

—Me llamo Abby Marcum —se presentó ella con una sonrisa—. ¿Y usted...?

—De la casa de al lado —contestó él clavando la pala en la nieve.

—Eso explica el dónde, pero no el quién.

Replicó ella dirigiéndose hacia la casa porque la caja ya le pesaba demasiado.

—Me parece que te pesa mucho.

—¿De verdad?

Ella siguió andando hacia los tres escalones de la entrada de su casa.

—Deberías haber despejado el camino antes de empezar a descargar el coche.

Abby clavó los dedos en el cartón de la caja.

—Es posible.

Levantó un pie con cuidado para posarlo en el primer escalón del porche. Nunca había necesitado una pala y no la había metido en el coche con todo lo demás. Además, en Weaver había tiendas y vecinos que podían prestarle una pala. El hombre dejó escapar un sonoro suspiro y sus manos se rozaron cuando le tomó la caja.

—El fondo está a punto de romperse —comentó él mientras entraba en la casa.

—Gracias.

Ella lo siguió apresuradamente. Él ya estaba dejando la caja sobre la encimera que separaba la pequeña sala de la cocina, más pequeña todavía. Miró la caja y se dio cuenta de que él tenía razón, que la cristalería que había dentro podría haberse hecho añicos. Abrió la caja y sacó un par de vasos que había envuelto en papel de periódico.

—Es la cristalería de mi abuela.

—Umm...

No pareció especialmente interesado y estaba mirando alrededor. Ella había comprado la casa amueblada y aunque los muebles de la habitación estaban usados, también estaban limpios y en buen estado. Las cajas que ya había descargado se hallaban amontonadas al lado de la chimenea y la habitación estaba casi llena.

—Hace mucho frío.

—Lo sé. La caldera está estropeada, pero encenderé la chimenea en cuanto haya descargado el coche. Cuando pasen las fiestas, llamaré a alguien para que arregle la caldera.

Sonrió a Dillon, quien estaba sentado en el borde del sofá y los miraba con los ojos muy abiertos con el chaquetón puesto. Se lo había comprado el año anterior en unas rebajas con la esperanza de que creciera, pero todavía le quedaba muy grande.

—Entraremos en calor en cuanto encienda la chimenea —le dijo a su hermano.

—¿Y podremos hacer las palomitas de maíz que me prometiste?

A Dillon le encantaban las palomitas de maíz.

—Desde luego.

—¿Tienes leña?

Al oír esa voz profunda, ella se fijó en el hombre y sintió algo intenso por dentro. Era muy atractivo y le resultaba vagamente conocido.

—Umm... no tengo leña, pero conseguiré alguna.

—Las tiendas están cerradas hoy y mañana, por Año Nuevo —le explicó él en un tono inexpresivo—, pero yo tengo mucha. Traeré un poco.

Él se dio media vuelta y salió de la casa.

—¿Quién es? —susurró Dillon cuando se quedaron solos.

—El vecino. Puedes guardar los juegos en el mueble de la televisión y cuando haya terminado jugaremos una partida de *Sombreros blancos 3* —le había regalado la última versión del videojuego por Navidad y ya era su favorito—. ¿De acuerdo?

Él asintió con la cabeza y ella volvió a salir a la calle. Ese hombre había dejado la pala apoyada a un lado del porche y ella miró hacia su casa. Tenía dos pisos y era el doble de grande que la de ella. Lo suficientemente grande como para que vivieran una esposa y unos hijos si ese hombre alto, sombrío y anónimo los tenía.

Fue hasta el coche y sacó la televisión nueva del asiento trasero. Sus amigas de Braden habían reunido dinero para regalársela de despedida.

Afortunadamente, la caja pesaba poco y estaba subiendo los escalones con ella entre los brazos cuando el vecino apareció con unos troncos. Ella se apartó para dejarle paso y él se agachó al lado de la chimenea para empezar a amontonarlos. Miró a su hermano mientras lo hacía.

—¿Cómo te llamas?

Dillon miró a Abby con nerviosismo.

—Dillon.

El rostro del hombre expresó cierta calidez por fin y sonrió ligeramente. Aunque la sonrisa iba dirigida a su hermano, ella sintió el efecto. Soltó lentamente el aliento y dejó la televisión en el suelo. Sus amigas también le habían regalado una caja de bombones Godiva y le habían dado instrucciones para que se los comiera en Nochevieja con un hombre que no fuese su hermano. Los bombones estaban en la maleta. Podría regalárselos a su vecino sin nombre y así habría cumplido en parte la promesa. Aunque, naturalmente, él se los llevaría a su esposa y eso no era lo que habían esperado sus amigas.

Intentó olvidarse de esas tonterías y centrarse en la televisión, pero no podía dejar de desviar la mirada hacia el hombre, quien seguía mirando a su hermano.

—¿Te importaría traerme esos papeles de periódico de tu madre?

—No es mi madre.

Dillon se bajó del sofá y fue a por los papeles que ella había dejado a un lado. Luego, se acercó al hombre y se los dio estirando los brazos. A ella no le pasó desapercibida la mirada con los ojos entrecerrados que le dirigió él antes de tomarlos y de meterlos en la chimenea entre dos troncos inclinados.

—¿Tienes una cerilla, amigo?

—Tome.

Ella sacó un mechero del bolso y se lo llevó.

—¿Fumas? —preguntó él en tono suave, pero de reproche.

—Lo dice como lo decía mi abuelo.

Él frunció los labios al cabo de un par de segundos.

—Mi hermana no para de decirme que estoy haciéndome viejo antes de tiempo. Debe de ser verdad si te parezco un abuelo.

Él prendió el papel, se levantó y dejó el mechero en la repisa de la chimenea.

—Abby es mi hermana.

Dillon lo dijo tan inesperadamente que ella lo miró con sorpresa.

El hombre también pareció sorprendido. No le parecía un abuelo en absoluto, pero tampoco le pareció adecuado decírselo. Él se limitó a asentir con la cabeza, pero no sabía lo inusitado que era que Dillon le dijera algo a un desconocido.

—¿En qué curso estás?

Su hermano hundió la barbilla en el cuello del chaquetón acolchado.

—En segundo —susurró Dillon antes de volver corriendo al sofá.

Volvió a sentarse en el borde y se metió las manos debajo de las piernas. Ella sabía que lo mejor para Dillon era que las cosas fuesen lo más normales

posible. Por eso, no hizo caso de que no los mirara y volvió a fijarse en ese hombre tan alto. Llevaba botas de nieve sin tacón y mediría unos dos metros, además de tener unas espaldas enormes.

—¿Tiene hijos?

A lo mejor tenía alguno de la edad de Dillon.

—No —contestó él, aunque eso no aclaraba si tenía esposa—. ¿Tienes que descargar más cosas?

—Algunas cajas y nuestras maletas —contestó ella siguiéndolo al porche.

Él agarró la pala, la clavó en la nieve y la empujó como si fuera un arado mientras se dirigía hacia el coche.

—No hace falta que lo haga.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Se lo agradezco, pero soy perfectamente capaz de despejar mi entrada —replicó Abby en tono algo crispado.

Él clavó en ella los ojos oscuros.

—Pero no lo has hecho y me imagino que, si tuvieras una pala en ese cochecito, ya la habrías usado para poder meter el coche en el camino de entrada.

Como era verdad, ella no pudo replicar nada.

—Mi abuelo tenía un quitanieves, pero como no podía traérmelo, lo vendí.

Como casi todo lo que habían tenido sus abuelos, excepto la cristalería. Su abuela siempre le había dicho que algún día sería suya, y ya lo era. Sintió un nudo de tristeza en las entrañas. Había cumplido los deseos de su abuelo, pero no había sido fácil. Murió de un ataque al corazón hacía dos años, pero antes habían perdido a su abuela poco a poco durante años, hasta que el año anterior el Alzheimer de Minerva Marcum fue tan avanzado que ni siquiera reconocía a su nieta. Aunque ya era una enfermera diplomada, tuvo que hacer lo que le prometió a su abuelo e internó a su abuela en una residencia.

—Ya te comprarás otro quitanieves o una pala —estaba diciendo el hombre—, pero, por el momento...

Él retiró una palada de nieve del camino y ella lo siguió.

—Señor, umm...

—Sloan.

—Señor Sloan, si no le importa prestarme la pala, puedo hacerlo yo. Estoy segura de que tiene que hacer otras cosas y...

—Sloan, solo Sloan, y no, no tengo nada mejor que hacer. Vuelve adentro, comprueba la chimenea y termina de desembalar la cristalería. Te dejaré que sigas en cuanto haya podido meter el coche en el camino.

—¿No puedo impedírtelo? —preguntó ella agitando las manos.

—Evidentemente, no.

Él llegó hasta el final del camino, retiró la nieve con una facilidad envidiable y volvió en dirección contraria. A ese ritmo, el camino estaría despejado de nieve, que le llegaba hasta la mitad de las espinillas, en cuestión de minutos. Debería estar agradecida, pero se sentía inútil y no soportaba sentirse inútil. Como no podía arrebatarse la pala, podía quedarse mirando o

hacer algo productivo como comprobar la chimenea y desembalar.

Volvió adentro. El fuego estaba encendido y estaba empezando a calentar la habitación. Dillon se había quitado el chaquetón y se había sentado en la moqueta beige para meter los videojuegos en el mueble de la televisión.

—¿Cuándo vamos a visitar a la abuela?

—Había pensado ir la semana que viene —contestó ella acercándose a la chimenea.

Apartó la pantalla de la chimenea y metió otro tronco. Luego, volvió a colocar la pantalla y se levantó.

—No podemos ir todos los días como hacíamos antes.

—Lo sé —él se quedó mirando la carátula de un videojuego—. ¿Se acordaría de nosotros si el abuelo no se hubiese muerto?

Ella se sentó a su lado, se quitó el chaquetón y lo rodeó con un brazo.

—No, cariño. Eso no tiene nada que ver, pero nosotros sí nos acordamos de ella —contestó Abby sin hacer caso del nudo que se le había formado en la garganta—. Iremos a visitarla siempre que podamos, como ya te he dicho. ¿De acuerdo?

Notó que él asentía con la cabeza contra su mejilla.

—De acuerdo —ella lo besó en la frente antes de levantarse—. ¿Por qué no dejamos de desembalar hasta más tarde e instalamos la televisión? Por fin voy a ganarte a *Sombreros blancos 3*.

—Seguro... —replicó él resoplando.

Tragó por fin el nudo de la garganta y sonrió. Se dio la vuelta y se quedó paralizada al ver a Sloan en la puerta. Ni siquiera había oído que la hubiera abierto.

—El camino está limpio.

—Gracias. Tendré que pensar en alguna manera de devolverte el favor.

Le pareció que la observaba con más intensidad y que la miraba de arriba abajo, aunque quizá se lo hubiera imaginado.

—Podría ser interesante.

Él sonrió levemente, se marchó y cerró la puerta sin hacer ruido.

Si tenía una esposa, no debería ir por ahí dejando sin aliento a las vecinas.

—Vamos, Abby, quiero jugar a *Sombreros blancos 3* —le recordó Dillon.

—Lo sé, lo sé.

¿Y si no tuviera esposa? Se olvidó de la pregunta y sacó la televisión de la caja. Le daba igual que estuviera casado o no. Solo quería empezar su trabajo nuevo y educar a Dillon con el mismo cariño con el que sus abuelos la educaron a ella.

Llevó la televisión al mueble y empezó a instalarla. Unos minutos después, ya estaba sentada en la moqueta con el mando a distancia en una mano intentando que un niño de siete años no volviera a ganarla. Sin embargo, no lo consiguió, como tampoco consiguió dejar de pensar en el vecino.

Capítulo 2

—Sloan, es Nochevieja y no deberías pasarla solo —le dijo su hermana por teléfono.

—No quiero estropear tu noche con Axel.

Aunque Tara ya llevaba unos años casada con él y tenían dos hijos, le costaba decir el nombre de su cuñado sin sentir un escalofrío. Axel Clay formaba parte de la época más oscura de su vida. Que estuviera casado con su hermana hacía que la situación fuese más tolerable porque si no, lo habría odiado toda su vida, como se habría odiado a sí mismo.

—No vas a estropear nada, Bean —replicó Tara entre risas—. Axel y yo no vamos a poder ponernos románticos con media docena de niños persiguiéndose por toda la casa.

Bean, alubia, era el apodo que le puso ella cuando eran pequeños y teniendo en cuenta todo lo que le había hecho pasar en su vida por las decisiones que había tomado él, le asombraba que pudiera acordarse de cuando él era Bean y ella Goober, cacahuete. Eran mellizos y nunca pasaron más de algunos meses en el mismo sitio. De adultos, Tara solo había querido poder quedarse en un sitio que considerara el suyo. Él, en cambio, siguió llevando una vida sin raíces. Por eso estaba viviendo en Weaver, para compensar todo lo que había hecho en el pasado, para intentar arreglar las cosas con la única mujer a la que quería.

—Bueno, pero tampoco quiero estropear tu noche con toda la familia Clay —replicó él mirando por la ventana y comprobando que Abby había metido el coche en el camino de entrada a su casa—. A lo mejor tengo algún plan.

—¿Qué plan? ¿Quedarte mirando una cerveza mientras le das vueltas al pasado?

Él apartó la jarra de cerveza como si lo hubiese sorprendido haciendo algo censurable.

—No los sabes todo de todo.

—De acuerdo —ella suspiró sonoramente—, pero mañana no te libras. Ya has quedado en ir a cenar a la casa grande. Si intentas echarte atrás, le diré a Max que vaya a buscarte.

—Mi jefe será tu primo político, pero eso no quiere decir que vaya a hacer lo que tú quieras.

En su opinión, nadie le decía a Max Scalise lo que tenía que hacer, ni siquiera los votantes que lo elegían en todas las elecciones.

—Ya lo veremos —replicó ella—. Squire espera que todo el mundo vaya a la cena de Año Nuevo y nadie quiere enfadarlo, ni el poderoso sheriff.

Squire Clay era el abuelo político de Tara y el patriarca de la familia Clay. Era más viejo que Matusalén, tenía un genio endiablado y era de las pocas personas de Weaver que le caían bien.

—Dije que iría mañana e iré.

Entonces, vio que Abby bajaba los escalones del porche, pero no se dirigió hacia el coche, sino que empezó a cruzar la zona nevada que separaba sus casas.

—Sin embargo, esta noche la reservo para mí —añadió él.

De cerca, Abby le había parecido más joven de lo que se había imaginado, pero también tenía los ojos grises más bonitos que había visto.

—De acuerdo, feliz Año Nuevo, Sloan. Me alegro de que estés aquí.

A él le habría gustado poder decir lo mismo, pero no sabía lo que sentía, si sentía algo.

—Feliz Año Nuevo.

Colgó y vio que Abby pasaba por delante de la ventana. Un segundo después, llamó a la puerta. Él dejó la cerveza y la abrió.

—Hola —esos ojos grises lo miraron con la misma alegría que transmitía su sonrisa—. Siento molestarte.

—No me molestas.

Él se apoyó en el marco de la puerta. Quizá le pareciera un libidinoso por mirarla de esa manera, pero solo se sentía... interesado. Como no se sentía desde hacía muchísimo tiempo.

—¿Necesitas algo?

—Leña, la verdad.

Quiso reírse, pero se limitó a apartarse de la puerta.

—Está detrás de la casa —abrió la puerta de par en par—. Pasa.

—Gracias —ella entró y miró la sala austeramente amueblada—. Espero no interrumpir nada.

—No.

Él cruzó la sala, fue a la cocina y volvió a salir para señalarle un montón de leña que había junto a los escalones.

—Toma la que quieras.

Ella bajó los escalones con el pelo balanceándosele sobre los hombros. Él se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros e intentó no imaginarse lo sedoso que sería ese pelo.

—Gracias —ella tomó unos troncos entre los brazos—. Te los devolveré en cuanto pueda.

—No hace falta.

Gracias a su relación con la familia Clay y su inmenso rancho ganadero, el Doble C, tenía toda la leña que quisiera, aunque no la quisiera.

—¿Está calentándose la casa? —le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza y con una sonrisa en los ojos. Los niños del instituto harían cola delante de la puerta de la enfermería con la mano en la garganta solo para verla. ¿Acaso él no haría lo mismo?

—¿Tu hermano vive contigo?

Estaba seguro de que no era su hermano, de que lo más probable era que fuese su hijo. Aunque, entonces, lo habría tenido cuando era muy, muy joven.

—Sí —contestó ella retrocediendo un poco—. Gracias otra vez. Espero que tu esposa y tú paséis una buena noche.

—¿Quién ha dicho que tenga esposa? —preguntó él con verdadera curiosidad.

—Lo he supuesto.

Ella sonrió y siguió retrocediendo hasta que se chocó con el muro de la casa. Se rio y empezó a caminar de lado.

—Has supuesto mal.

Ella vaciló solo un momento antes de seguir, pero él tenía que haberse dado cuenta.

—Bueno, entonces, espero que pases una buena noche —replicó Abby sin dejar de sonreír.

El se preguntó si dejaría de sonreír alguna vez. Le pareció que tenía una cara hecha para sonreír.

—Lo mismo te digo.

Llegó al final de la valla, se dio la vuelta y entró en el jardín de su casa. Él sacudió la cabeza. Fuera su hijo o su hermano, una joven como Abby Marcum no necesitaba algo provisional en su vida y eso era lo único que podía ofrecerle él.

Ya había descargado el coche y desembalado casi todas las cajas. Se sentó en el taburete de la encimera de la cocina y miró a Dillon. Estaba tumbado en el sofá, tapado con una manta hasta la barbilla y profundamente dormido. Había comido palomitas, había ganado a *Sombreros blancos 3* y también se había comido el guiso que había conseguido hacer.

Era casi medianoche y ella también podría haberse acostado, pero suspiró, eligió un bombón y se sirvió un vaso de leche. A sus amigas no les habría gustado. También le habían regalado una botella de champán que seguía en la nevera. No bebería champán ni se divertiría en horizontal, dos cosas que, según sus amigas, ya iba siendo hora de que hiciera. Levantó la copa de su abuela y miró la leche.

—Feliz Año Nuevo.

Entonces, las luces parpadearon dos veces y se apagaron. Solo se oía el reloj que había colgado en la cocina y el leve chisporroteo del tronco que ardía en la chimenea. Se terminó la leche y esperó que volviera la luz, pero no volvió. Tomó el mechero que Sloan había dejado en la repisa de la chimenea y encendió unas velas. Luego, volvió al taburete y a la caja de bombones. Entonces, llamaron con fuerza a la puerta. Algo inesperado a esa hora, pero se apresuró a abrir para que no despertaran a Dillon. Era rara la noche que no se despertaba por una pesadilla.

Entreabrió la puerta y miró. Vio a Sloan con una gran linterna y abrió la

puerta del todo. El frío de la calle le pareció gélido en comparación con la calidez que sintió al verlo.

—¿Qué tal por aquí?

—Bien —ella asomó un poco la cabeza y vio que toda la calle estaba a oscuras—. ¿Por qué?

—Por nada. Solo quería asegurarme.

—Solo es un apagón —ella sonrió—. ¿Creías que estaría temblando de miedo? —se dio cuenta de que tenía la caja de bombones en la mano—. ¿Quieres uno?

—No sé —contestó él en tono burlón—. Mi madre me decía que no aceptara golosinas de los desconocidos.

—Una mujer muy sensata —replicó ella con una sonrisa—, pero tú te lo pierdes. No son unos bombones cualquiera —le enseñó la caja—. ¿Estás seguro? Les prometí a las amigas que me los regalaron que los compartiría con alguien que no fuese Dillon.

—Entiendo. Entonces, no puedo hacer que incumplas la promesa.

Él iluminó la caja con la linterna y tomó uno.

—No tiene sentido que te quedes ahí pasando frío. Entra, te daré algo de beber.

Abby contuvo el aliento porque estaba segura de que él rechazaría la invitación, pero pasó a su lado y entró. A ella se le encogió el estómago.

—Siéntate.

Le señaló el otro taburete y dejó la caja de bombones en la encimera. Él apagó la linterna y se quitó el chaquetón.

—Estás aprovechando muy bien la cristalería de tu abuela.

—Lo intento.

Ella sacó otra copa del armario, abrió la nevera y agarró la botella de champán. Dejó la copa y la botella delante de él.

—Me temo que vas a tener que abrirla.

Ella no sabía ni cómo empezar. Él ladeó un poco la cabeza, tomó la copa de ella y la miró a la luz de una vela.

—Evidentemente, no estabas bebiendo champán.

Se sintió ridícula. Las mujeres adultas no bebían leche en copas de champán.

—No.

Él se llevó la copa a la nariz y a ella le pareció increíblemente delicada entre sus dedos.

—¿Te importa?

Dio un sorbo de su copa sin esperar a que ella contestara. Se le secó la boca y se sentó en su taburete. Estaban separados por la encimera, pero se sentía una enana a su lado. No era solo la estatura. Tenía unos hombros enormes y estuvo casi segura de vislumbrar un tatuaje en su cuello, que no quedaba completamente tapado por la camiseta de manga larga.

—La leche combina bien con el chocolate —murmuró él devolviéndole la copa—. Yo también tomaré leche si te sobra un poco.

Ella asintió con la cabeza porque le dio miedo que si intentaba hablar le saliera un gallo. Volvió a la nevera, sacó el cartón de leche y le sirvió la copa.

—¿Tus amigas dijeron que hicieras algo más aparte de compartir el chocolate?

El lo dijo en voz baja y aunque sabía que era por Dillon, le pareció insoportablemente íntimo. Tomó su copa. No podía mentir ni por todo el oro del mundo, pero tampoco podía contarle que le habían dicho que tuviera relaciones sexuales por fin. Por eso, chocó su copa con la de él.

—Salud —susurró ella.

—Eso no es una respuesta, Abby.

—No. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Él sonrió y sus dientes resplandecieron en la penumbra.

—Sloan McCray —contestó al cabo de un rato.

Entonces comprendió por qué le había resultado vagamente conocido. Había visto su cara en los periódicos, en la televisión y en Internet.

Parecía algo distinto al hombre de las fotos que recordaba, pero estaba segura de que era el agente encubierto que había acabado hacía unos años con los Deuces, una banda de delincuentes muy peligrosa. Vio la historia en la televisión del cuarto del hospital donde estaba su abuelo. Sloan había conseguido algo que no había conseguido nadie.

Era un héroe y estaba allí, mirándola con los ojos entrecerrados como si esperara su reacción. Ella tuvo la sensación de que, si reaccionaba, él saldría corriendo.

—Entonces, Sloan McCray, ¿por qué no estás celebrando la Nochevieja por ahí?

—Estoy celebrándola por ahí.

Él se bebió la mitad de la copa de leche y ella no pudo reprimir una sonrisa. Sloan dejó la copa y se acercó la caja de bombones para elegir uno.

—¿Dillon y tú habéis venido a Weaver por algún motivo aparte del trabajo? —preguntó inclinándose hacia ella.

—No.

Ella se dio cuenta de que había imitado su posición y de que sus cabezas casi se rozaban. El corazón se le desbocó traicioneramente.

—Vivíamos en Braden, pero trabajar en el colegio de aquí era una oportunidad que no podía dejar pasar. Trabajaré, más o menos, las mismas horas que Dillon pasará en el colegio.

Su abuelo había sido previsor, pero eso no quería decir que pudiera gastarse el dinero en que alguien cuidara a su hermano si no hacía falta.

—Y quieres seguir cerca de Braden por tu abuela —concluyó él.

—Eso me lo has oído decirselo a Dillon.

Él asintió con la cabeza, dio un sorbo de leche y la miró por encima del borde de la copa.

—¿Y tú? ¿Por qué estás en Weaver?

—A lo mejor soy de aquí.

Si no recordaba mal, las noticias habían dicho que era de Chicago.

—¿De verdad?

Él no contestó inmediatamente. Eligió un bombón y lo miró con detenimiento.

—Mi hermana vive aquí —dijo al cabo de un momento.

Entonces, se levantó y le dio la espalda. La decepción se adueñó de ella, pero él se limitó a ir hasta la chimenea y a meter otro tronco. Volvió a sentarse en el taburete y levantó la copa.

—A no ser que tengas más, creo que vamos a tener que abrir el champán después de todo.

—Tengo más.

Le llenó la copa y vació el cartón de leche.

—No te quedará nada para el desayuno de Dillon.

—Le gusta el azúcar moreno y los copos de avena con pasas.

—Por eso mi madre nos preparaba los copos de avena. ¿Qué más has dejado en Braden?

A ella se le secó la boca otra vez al ver cómo la miraba con unos ojos indescifrables.

—Intenté traerme todo lo importante.

—La cristalería de la abuela —comentó él levantando la copa.

—Y la pistola del abuelo, que tengo guardada fuera del alcance de Dillon. Y sus videojuegos. Los de Dillon, no de mi abuelo —estaba diciendo tonterías, pero no podía evitarlo—. Fotografías, ropa...

—No estás contestando a la verdadera pregunta. ¿Tienes algún novio en Braden? ¿Algún muchacho tan simpático e ingenuo como tú?

Ella no supo si sentirse halagada u ofendida.

—No soy ni una muchacha ni ingenua.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó él con esa leve sonrisa tan típica de él.

—Veintitrés.

—Soy diez años mayor que tú —reconoció él haciendo una mueca.

Ella consiguió disimular la sorpresa. Era increíblemente guapo, pero su rostro estaba más curtido de lo que debería estar el de un hombre de treinta y pocos años.

—En ese caso, no hay nadie esperándome en Braden —tomó otro bombón y se lo metió en la boca—. Ni novio ni marido ni nada. He estado demasiado ocupada con Dillon durante los dos últimos años. Además, aunque hubiese tenido tiempo, vamos en el mismo lote.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó él arqueando una ceja.

—No lo sé —ella se encogió de hombros—. Él es hermano solo por parte de madre, pero ella lo educó tan poco como a mí y por eso...

—Se ocuparon los abuelos —terminó él.

—Sí. ¿Y tus padres?

Eso le pasaba por mostrar curiosidad por ella. Naturalmente, ella sentía la misma curiosidad.

—Murieron cuando mi hermana y yo teníamos veinte años —contestó él

bruscamente.

Tara se había hecho hogareña cuando dejaron de ser niños y él había sido todo lo contrario. Sin embargo, a los dos les disgustaba lo mismo hablar de esa infancia.

—Tuvo que ser doloroso.

No más doloroso que crecer sin padres, como le había pasado a ella. Apoyó los brazos otra vez en la encimera y se inclinó un poco más, hasta que pudo oler el aroma de su pelo.

—¿Empezarás a trabajar después de estas vacaciones?

—Dentro de dos días. Al menos, será una semana corta.

—¿Estás nerviosa?

—¿Se nota?

—Todo irá bien.

—¿Qué haces tú? —preguntó ella dándole vueltas a la copa.

—Soy ayudante del sheriff. Al menos, durante los próximos meses.

No supo por qué le había dicho eso. Quizá hubiese sido para dejar claro que era provisional.

—¿Qué pasa después?

Él dudó y no llegó a saber qué habría contestado porque en ese momento se encendió la luz de la cocina y la televisión cobró vida.

—Mira —susurró ella mientras miraba por un costado de él—. La bola de Nueva York casi ha caído.

Él miró por encima del hombro. Efectivamente, en la televisión se veía la famosa bola de cristal que iba bajando poco a poco mientras una multitud gritaba y vitoreaba.

—Tres.

Miró a los ojos grises de Abby, quien estaba concentrada en la cuenta atrás.

—Dos —susurró ella con una sonrisa.

—Uno —terminó él.

Ella también lo miró a los ojos.

—Feliz Año Nuevo, Sloan.

Quizá fuese el demonio o un ángel o, sencillamente, él mismo. Se inclinó un poco más y la besó lentamente en los labios.

Capítulo 3

Abby, atónita, tomó aire. Sabía a chocolate negro y leche fría... y a cosas que nunca había conocido y que, de repente, quería conocer con todas sus ganas. Sin embargo, cuando empezó a asimilar la idea de que Sloan McCray estaba besándola, él apartó la cabeza.

—La próxima vez que hables con tus amigas puedes decirles que cumpliste tu promesa.

Naturalmente, se refería a que había compartido los bombones, pero solo pudo quedarse muda y asentir con la cabeza.

El entrecerró un poco los ojos.

—Ha sido un cóctel maravilloso —murmuró antes de dirigirse a la puerta en silencio.

Un momento después, él se había marchado y ella seguía sentada en el taburete y muda.

—¿Ya es Año Nuevo?

La voz adormilada de Dillon le dio un susto tan grande que saltó del taburete. Rodeó la encimera y fue hasta el sofá, donde él estaba frotándose los ojos.

—Sí. También es hora de que se vaya a la cama, señor Marcum.

Él se rio un poco, como siempre se reía cuando lo llamaba así.

—He estado despierto todo el rato, ¿verdad? —preguntó él mientras se bajaba del sofá.

—Claro, cariño.

Él se fue descalzo hasta el primer dormitorio.

—Creo que el señor Sloan es un sombrero blanco.

Ella apartó un poco el edredón para que Dillon se metiera en la cama.

—¿Por qué lo dices?

El videojuego era una historia muy típica de buenos contra malos, de sombreros blancos contra sombreros negros. En ese caso, estaba adaptada para niños y los sombreros los llevaban unos dinosaurios. A Dillon le encantaba todo lo que tuviera que ver con dinosaurios.

—Porque sí —contestó su hermano mientras se metía en la cama.

—Me parece un buen motivo —ella le revolvió el pelo y le dio un beso—. Duérmete. Por la mañana te daré copos de avena con pasas.

—Tú no vas a marcharte también, ¿verdad, Abby? —le preguntó él abrazándola con fuerza.

Ella sintió una opresión en el pecho.

—Nunca me marcharé —le dio un beso en cada mejilla—. Nunca.

Él soltó la respiración como si no hubiese estado seguro de la respuesta y se

puso de lado.

Abby se marchó y dejó la puerta entreabierta para que él pudiera ver la luz del cuarto de baño.

Una vez en la sala, apagó las velas, recogió, fregó y secó las copas con mucho cuidado y las guardó en el armario. Se cercioró de que la pantalla de la chimenea estaba bien colocada y apagó las luces para acostarse también, pero, en vez de ir a su dormitorio, se acercó a la ventana y se tocó los labios. Notó que se le encogía el estómago. Era la primera vez. No era la primera vez que la besaban, pero nunca la habían besado en Nochevieja. Sin embargo, tenía que recordar que para Sloan McCray un beso no sería nada más que un gesto como otro cualquiera.

Miró a la casa de al lado y se preguntó dónde estaría su dormitorio. Se preguntó si también estaría pensando en ella. No. La había llamado «ingenua» y estar mirando su casa en la oscuridad demostraba que lo era. Se dio media vuelta y fue a su dormitorio. Su cama no era tan pequeña como la de Dillon, pero sí era tan inocente. Se quitó el jersey y las mallas y abrió el cajón. Su pijama también era tan seductor como el de Dillon. Era un pantalón de algodón con motas verdes y rosas y una camiseta con una mofeta sonriente. Hizo una mueca mientras se cambiaba y se tumbó en medio de la cama. Su cuarto era más frío todavía que el de Dillon, pero estaba acalorada y no hacía falta ser un genio para saber el motivo. Se le había encogido el estómago incluso antes de saber que su vecino era un auténtico héroe.

Miró fijamente a la oscuridad y volvió a llevarse los dedos a los labios. Entonces, dejó escapar un gruñido, se puso de lado y abrazó la almohada contra la mejilla.

Los muelles del colchón chirriaron un poco cuando Sloan se dio la vuelta por décima vez. La luz del amanecer ya entraba por las rendijas de las contraventanas y se levantó. Se acercó a la ventana y entreabrió las contraventanas para poder ver la casa de al lado. ¿La ventana de ese lado de la casa sería la del dormitorio de Dillon?

Dejó escapar un improperio. Besarla había sido una majadería. De una dulzura inconcebible, pero una majadería. Abby Marcum era una chica encantadora, pero no era lo que necesitaba en su vida, con labios dulces o sin ellos. No sabía lo que necesitaba, pero sí sabía que no era a una chica como ella. Una chica con ataduras. El tipo de chica que esperaba ataduras. Si había algo que no se le daba nada bien, eso eran las ataduras. Estaba intentándolo con Tara, pero ni siquiera con ella estaba haciéndolo muy bien.

Se apartó de la ventana, se puso la ropa de deporte y salió a correr. El aire era gélido y formaba nubes de vapor mientras hacía estiramientos. Quizá fuese un disparate, pero era preferible a seguir dando vueltas en la cama y volviéndose loco por el insomnio.

Sin embargo, la noche anterior estuvo muy ocupado mirando el rostro

inocente y franco de Abby. Alejó esa idea de la cabeza y salió corriendo en dirección contraria a la habitual para no pasar por delante de su casa. En cambio, pasó por delante del colegio y acabó pensando en ella.

Aceleró el paso y se dirigió hacia la calle principal. Ya había luz en el café de Ruby. Aunque fuese Año Nuevo, Tabby Taggart ya estaba en la cocina para hacer esos bollos que la gente iba a comprar desde varios kilómetros a la redonda. Sabía que ya tendría café caliente y que, si llamaba a la ventana, le dejaría entrar.

Siguió corriendo y pasó por delante de los escaparates en sombra de la tienda de su hermana, Classic Charms. Aunque en ese momento tenía una socia, seguía considerándola la tienda de Tara. Aminoró el paso cuando se acercó a la comisaría y entró. Pam Rasmussen, la operadora de la centralita, lo miró por encima de las gafas.

—Vaya, vaya. Algunas venimos porque nos ha tocado trabajar y otros, como tú, vienen porque no tienen nada mejor que hacer.

—Feliz Año Nuevo para ti también. Además, no he venido a trabajar. He salido a correr —alargó el brazo por encima del mostrador y levantó el libro que estaba leyendo para ver la tapa—. Supongo que será una de esas historias de romances que tanto te gustan.

—¿Y qué? «Romance» no es una palabra grosera. Si te enteraras, quizá no estuvieses gruñendo todo el rato. Conozco a muchas mujeres que...

—No —la interrumpió él tajantemente.

Lo que menos le apetecía era que ella, su hermana o quien fuese le organizara una cita. El sabor a chocolate negro de los labios de Abby lo perseguía, pero lo dejó a un lado implacablemente.

—¿Ha sido una noche tranquila?

—Sí. Excepto una visita a la casa de los Pierce —ella hizo una mueca de disgusto—. Los vecinos llamaron por el jaleo.

Él se sirvió una taza de café y miró alrededor. Todas las mesas estaban vacías.

—¿Quién acudió?

—Ruiz. Justo antes de terminar su turno. El informe sigue encima de su mesa si quieres leerlo.

Dave Ruiz era otro de los veinte ayudantes del sheriff que había para todo el condado.

—Dawson ha ido a un accidente cerca de Braden y Jerry está comprobando una alarma que ha saltado en las consultas médicas que hay cerca de Shop-World —añadió Pam sin dejar de leer.

Sloan leyó el informe sobre el incidente de los Pierce y volvió a dejarlo en su sitio.

—Lorraine Pierce tiene que dejar a ese malnacido.

—Sí —Pam pasó la página del libro—. Pero no lo hará hasta que la mande al hospital... o algo peor.

Sloan suspiró porque sabía que tenía razón. Lorraine se negaba a reconocer que Bobby, su marido, la maltrataba y lo sacaba cada vez que lo encerraban.

—Entonces, debería pensar en su hijo —replicó él.

Calvin Pierce tenía la edad de Dillon, lo cual consiguió que volviera a pensar en Abby. Dio un sorbo de café y se quemó la boca, pero ni siquiera eso hizo que dejara de acordarse de los ojos de Abby cuando lo miraban por encima de la copa llena de leche.

—¿Cuándo piensas decirle a Max que vas a quedarte definitivamente?

Miró a Pam, quien seguía con la mirada clavada en el libro. El sheriff le había pedido que se quedara, pero él no estaba preparado para aceptar.

—Creo que eso es algo que nos concierne a Max y a mí.

Ella ladeó la cabeza, lo miró por encima de las gafas y sonrió levemente. Pam no solo era la operadora de la centralita, también era una de las mayores cotillas del pueblo y él no iba a darle más carnaza de la necesaria.

Tomó el café y se fue al vestuario para ducharse. Se puso unos vaqueros y una sudadera vieja de la ATF, la agencia estatal para la que había trabajado, firmó que se llevaba su coche patrulla habitual y volvió a casa.

La casa de Abby seguía a oscuras cuando aparcó el coche. No había indicios de que se hubieran levantado y estuvieran preparando copos de avena con pasas.

Entró, se preparó un café e intentó fingir que la casa de al lado seguía vacía. No lo consiguió, como tampoco consiguió decidir lo que iba a hacer con su vida.

—¡Abby, venga! —Dillon estaba impaciente con las botas de nieve puestas y esperaba a que terminara de recoger el desayuno—. Me prometiste que haríamos un muñeco de nieve.

Su hermano estaba mucho más ilusionado que ella por jugar con la nieve, pero se lo había prometido. Salió de la cocina y le bajó el gorro de lana hasta taparle los ojos. Él se rio.

—Puedes ir empezando mientras me pongo el chaquetón.

Él se levantó el gorro y salió corriendo con tantas ganas que ni siquiera cerró la puerta. Ella asomó la cabeza.

—No salgas del jardín.

La advertencia fue innecesaria porque él ya estaba amontonando nieve al lado del porche. Ella desvió la mirada hacia la casa de al lado. Ni siquiera salía humo por la chimenea y habría supuesto que él había salido si no fuera por el todoterreno con el distintivo del sheriff que estaba aparcado en su camino de entrada a la casa.

—¡Date prisa, Abby!

Miró a su hermano y comprobó que ya había formado una bola de nieve del tamaño de una calabaza. Se puso el chaquetón y las botas y salió. La bola era casi el doble de grande cuando llegó a donde estaba él.

—¿De qué tamaño piensas hacerlo?

—Así —contestó él separando los brazos todo lo que pudo.

—Entonces, quieres un muñeco de nieve gordo —replicó ella entre risas—. Muy bien, adelante.

Hicieron una bola tan grande que les costó manejarla entre los dos.

—Ya es bastante grande —dijo ella mientras se erguía con la respiración entrecortada.

Su aliento formaba una nube de vapor, pero estaba acalorada y se quitó el gorro de lana.

—No. Así de grande —insistió Dillon abriendo los brazos otra vez.

—Dillon...

—Tiene razón —intervino una voz grave desde detrás de ellos—. Tiene que ser mucho más grande.

Se dio media vuelta y vio a Sloan en el porche de su casa. Una oleada de placer la abrasó por dentro. La había besado en Nochevieja, a medianoche. Quizá no significara nada para él, pero para ella sí había significado algo.

—Feliz Año Nuevo. ¿No tienes frío?

Él, a pesar del frío gélido, solo llevaba una sudadera negra de manga larga y unos vaqueros. Estaba a unos veinte metros, pero pudo ver su sonrisa irónica.

—Tengo calor solo de ver cómo trabajáis.

Ella se sonrojó, aunque no supo cómo interpretarlo. Dillon estaba dando saltos alrededor de la base del muñeco de nieve y él se fijó en el niño.

—No podemos hacerlo más grande —replicó ella—. Ya pesa demasiado y no podemos moverlo.

—El señor Sloan nos ayudará —dijo Dillon mirando a Sloan—. ¿Verdad?

—Dillon, el señor McCray puede tener otras cosas que hacer. Es Año Nuevo. Es un día festivo y la gente suele pasarlo con sus familias o amigos.

—Nosotros no estamos con nuestra familia —Dillon frunció los labios—. A lo mejor él es un amigo.

Ella no se atrevió a mirar a Sloan.

—Conocemos al señor McCray desde ayer.

Con beso o sin él, era demasiado pronto para decir lo que era Sloan, aparte de su vecino.

—Cada vez que hablas del señor McCray me dan ganas de mirar atrás para ver si está mi padre.

—Bueno, debería decir el ayudante del sheriff McCray.

—¿Es ayudante del sheriff? —preguntó Dillon sin disimular la admiración—. ¿Tiene pistola y placa?

—Sí, aunque lo de la pistola no me importa mucho.

Sloan había bajado los escalones. Tenía una taza en la mano sin guante y dio un sorbo con los ojos ligeramente entrecerrados mientras se acercaba a ellos.

—También creo que basta con que me llaméis Sloan.

Abby sentía tanto calor por dentro que tuvo ganas de quitarse la bufanda, pero se contuvo. Dillon habría pensando que podía hacer lo mismo y se resfriaba mucho.

—Deberías ponerte un chaquetón —tampoco quería que Dillon creyera que podía imitar al vecino—. Al menos, unos guantes.

—Yo no he podido salir sin mi chaquetón.

Dillon, con el gorro, el chaquetón acolchado, la bufanda y los guantes, parecía una bola aunque fuese muy delgado.

—Tenemos que hacer lo que dice la enfermera Marcum —Sloan sacó unos guantes negros del bolsillo trasero de los vaqueros—. ¿Bastará con esto?

Ella sabía que se había sonrojado.

—No hasta que no los vea en tus manos.

Él sonrió sin reparos y confirmó lo que ella ya sabía. Era impresionante, espectacular. Se sintió hechizada por sus ojos marrones.

—Sujétamela.

Él le entregó la taza, se puso los guantes y desvió la mirada hacia Dillon.

—Tu hermana tiene que enterarse de lo que pueden hacer unos hombres.

Dillon sonrió de oreja a oreja. Sloan se agachó al lado de la bola de nieve y Dillon lo imitó. Empezaron a rodar la bola y no pararon hasta que fue enorme. Ella apartó la mirada del trasero de Sloan justo antes de que se levantara.

—Me alegro de que hayáis parado por fin. Si no, no habría quedado nieve para hacer el resto.

Ella le ofreció la taza, pero él agitó la mano para rechazarla.

—Dillon, empieza por la cabeza —le propuso Sloan—. Tu hermana y yo iremos haciendo el tronco.

—Tiene que tener una tripa grande —le avisó Dillon.

—Creo que lo conseguiremos —le tranquilizó él mirando a Abby—. ¿Prefieres sentarte en el porche y seguir tan guapa mientras los hombres nos deslomamos?

—He trabajado como una mula en la base antes de que aparecieras —replicó ella dejando la taza en un escalón.

¿De verdad creía que era guapa? Abochornada por habérselo preguntado, hizo una bola de nieve para empezar a hacer el tronco del muñeco. Sloan fue aumentándola hasta que ella necesitó las dos manos para sujetarla. Luego, la hicieron rodar por el suelo hasta que fue casi tan grande como la base y tuvieron que levantarla entre los dos para ponerla en su sitio. Entonces, Sloan tomó en brazos a Dillon para que le colocara la cabeza que había hecho.

Cuando terminaron, Abby se apartó un poco y se rio. La cabeza de Dillon era lamentablemente pequeña en comparación con el resto del monstruo.

—¡Voy a por la zanahoria!

Dillon volvió corriendo a la casa, Sloan se acercó a ella y le quitó la bufanda.

—¿Qué haces? —preguntó ella, aunque se había quedado paralizada.

—No intento desvestirte en tu jardín... —murmuró él en tono irónico.

—Yo no... —empezó a replicar ella con las mejillas abrasándole.

—Aunque desvestirte es muy tentador.

Ella apretó los labios y se temió que su cara estuviera tan roja como el

chaquetón.

—Sin embargo, un muñeco de nieve necesita una bufanda —añadió él con una sonrisa.

Por fin, él se dio la vuelta y le puso la bufanda al muñeco de nieve. Entonces, Dillon llegó corriendo con una zanahoria muy larga en la mano. Se puso de puntillas y la clavó en el centro de la cara.

—¿Qué vamos a usar como ojos?

—Cuando era niña siempre poníamos botones, pero ya no tenemos botones sueltos.

Abby se acordó del frasco de mermelada donde su abuela guardaba los botones sueltos. Aunque apartó la mirada rápidamente, Sloan captó el repentino brillo de sus ojos. Afortunadamente, Dillon no se dio cuenta porque estaba ensimismado con el muñeco de nieve que había hecho.

—Tengo una bolsa de galletas en la encimera de la cocina —intervino Sloan—. Dillon, vete a buscar unas cuantas, creo que servirán como ojos.

Sin embargo, el niño fue al lado de Abby.

—¿Voy? —le preguntó a su hermana en voz baja.

—¿Quieres que te acompañe?

El niño metió la barbilla en el chaquetón y miró a Sloan de reojo.

—¿De verdad es ayudante del sheriff?

Abby asintió con la cabeza y sonrió a Sloan, pero él supo que no fue una sonrisa tan radiante como debería haber sido.

—Mira el coche que hay en la puerta de su casa. Pone sheriff y todo eso en uno de los lados.

Dillon miró y levantó la barbilla.

—Puedo ir solo.

—Trae algunas galletas de más —le propuso Sloan—. Creo que tenemos que comer algo después de haber trabajado tanto.

Dillon asintió con la cabeza y se dirigió hacia su casa con cautela.

—Es muy serio para ser tan pequeño.

—Tú también lo serías si hubieses tenido una madre como la nuestra —le explicó Abby sin mirarlo y colocando bien la bufanda del muñeco de nieve—. Yo tuve suerte. Me dejó con sus padres cuando era un bebé, pero decidió ocuparse de Dillon hasta que tuvo cuatro años.

—Hasta que se largó.

—Sí. No sé adónde ni me importa por qué —contestó ella con una expresión franca y sincera.

—Pero sí te importan los botones.

—Dillon es demasiado serio y tú eres demasiado observador.

—El condado me paga para que lo sea.

—Es el primer Año Nuevo que no paso con mi abuela —comentó ella con tristeza—. Todos los años, antes de que cayera enferma, hacía alubias pintas para que nos dieran buena suerte y pavo asado con todos los acompañamientos —miró hacia la puerta por donde había desaparecido Dillon—. Solía guardar botones en un frasco de mermelada. Cuando era

pequeña, me hacía collares y pulseras con ellos —se encogió de hombros—. Seguramente, te parecerá una bobada.

—Me parecen buenos recuerdos.

La expresión de ella se suavizó y él quiso sumergirse en la calidez de esos ojos grises.

—Sí, son buenos recuerdos. Gracias por recordármelo.

Él se acercó un poco más sin saber qué iba a hacer, pero Dillon llegó corriendo, al contrario que como había ido a la casa. Llevaba un puñado de galletas de chocolate en las manos.

—¡Tenemos que ponerle ojos! Si no, el ayudante del sheriff de nieve no verá nada.

Abby se mordió los labios y miró a Sloan con unos ojos sonrientes.

—¿Ya lo ha ascendido a ayudante del sheriff? ¿Qué vamos a hacer con la placa?

—Yo le dibujaré una.

Dillon se puso de puntillas otra vez y colocó las galletas encima de la zanahoria.

—¿Y la boca? —preguntó Abby.

—No necesita boca.

—Claro que sí —intervino Sloan—. ¿Qué pasaría si una muñeca de nieve muy guapa quisiera besarlo? —preguntó con satisfacción al ver que Abby se sonrojaba.

—Besarse es asqueroso —contestó Dillon arrugando la nariz.

—Depende de la muñeca de nieve, muchacho —replicó Sloan disimulando una sonrisa.

—Ahora entiendo que no estés en la comisaría durante tu día libre.

Sloan miró por encima del hombro y vio a Pam Rasmussen en su todoterreno con la ventanilla bajada. Estaba sonriendo con evidente satisfacción.

—Al parecer, estás pasándolo muy bien —añadió ella.

Él prefirió no pensar en todo lo que estaría pasando por la cabeza de ella y fue a presentarlas, pero no hizo falta porque Abby fue hasta ella y le estrechó la mano.

—Creo que ya nos conocemos a través de una amiga del instituto; Delia Templeton.

Pam dio una palmada.

—¡Claro! —ella desvió la mirada hacia Sloan—. Delia es prima mía. Bueno, prima de Rob, mi marido. Ahora estás jugando en la nieve con uno de nuestros ayudantes del sheriff... Qué pequeño es el mundo.

Sloan casi pudo ver la maquinaria que daba vueltas en la cabeza de Pam.

—¿Qué haces aquí, Pam?

Ella y su marido vivían en el extremo opuesto del pueblo.

—He venido a hacerle un favor a mi madre. Está vigilando la casa de su tío mientras él está fuera —Pam señaló la casa que había al otro lado de la de Abby, donde vivía el anciano Gilcrest—. Vuelve mañana y quería encenderle

la calefacción. Le dije que yo lo haría cuando terminara el turno. Nunca me imaginé que se estaría fraguando un romance en la puerta de al lado —Pam sonrió mientras empezaba a avanzar lentamente—. Será mejor que vaya a... calentarla.

—No le hagas caso —le pidió Sloan a Abby—. Siempre hace lo mismo.

—Lo sé —ella asintió con la cabeza—. Delia me ha contado muchas historias de su familia. Todo el mundo se mete en los asuntos de los demás.

Abby miró a Dillon, quien, aburrido por lo que hacían los adultos, se había sentado en los escalones del porche y tenía unas galletas delante de la cara como si fuesen sus ojos. Sonrió y miró a Sloan otra vez.

—¿Tienes algún plan para la cena de esta noche? No voy a preparar pavo ni alubias pintas, pero...

—Sí, tengo un plan —la interrumpió él bruscamente antes de sentirse despreciable.

Sabía cómo estaba mirándolos Pam mientras se dirigía a casa del anciano.

—Le prometí a mi hermana ir a la cena familiar —le explicó.

—Abby, quiero hacerle una placa al muñeco de nieve.

Sus ojos grises dejaron de mirarlo y se dirigieron hacia su hermano.

—Claro, cariño —volvió a mirar a Sloan antes de ir hacia la casa—. Gracias por ayudarnos con el muñeco de nieve. Espero que te lo pases muy bien con tu hermana.

Si hubiese podido elegir, se habría quedado donde estaba, aunque Pam siguiera observándolo. No estaba fraguándose ningún romance porque, sencillamente, él no tenía romances. Sin embargo, sí estaba calentándose.

Capítulo 4

—Toma.

Una botella apareció por encima de su hombro y Sloan se dio la vuelta para mirar a su cuñado. No quería nada de Axel, pero Tara estaba mirándolos desde un rincón de la sala de la casa principal del rancho Doble C, donde celebraban Año Nuevo. Aceptó la botella, la chocó una vez contra la de Axel y dirigió la atención hacia la pantalla gigante donde se veía el partido de fútbol americano. Había esperado que su cuñado se alejara, pero también se sentó en el sofá.

—A Tara le preocupa que te largues cuando hayas terminado tu compromiso con Max.

Él ya lo sabía, pero no sabía lo que haría porque no sabía lo que quería hacer. Pensó con cierta añoranza en la cena de Abby. No estaría hablando de eso si se hubiese quedado con ella y con Dillon, pero se habría arrepentido por Tara.

—Que me quede o no, no tiene nada que ver con Tara.

—Claro —Axel hizo una mueca de disgusto—, tiene que ver conmigo.

—No quiero hablar de eso —replicó Sloan tomando la botella.

—Yo tampoco, pero quiero a mi esposa y ella te quiere a ti.

—Ya le he dicho que tiene que dejar de preocuparse por mí.

—Sí —Axel se rio fugazmente—. Es lo que pasará. Por fin te ha recuperado y no quiere perderte.

—Decida lo que decida, no va a perderme —Sloan no dejó de mirar la televisión, aunque había terminado la primera parte—. El trabajo de agente encubierto ha quedado en el pasado.

Su trabajo había sido tan encubierto y durante tanto tiempo que la línea entre la realidad y la ficción se había difuminado y muchos días seguía pasándole lo mismo. Los archivos dirían que la misión había sido un éxito, que había desarticulado una banda de delincuentes y que habían encarcelado a criminales sanguinarios. Sin embargo, en definitiva, su carrera en la ATF había quedado troncada y la mujer a la que amaba, a la que había tenido que proteger Axel Clay, estaba muerta.

Sabía que no podía culpar a Axel de la muerte de María aunque quisiera. Él había sido el que había puesto la rueda a girar cuando le contó la verdad sobre lo que estaba haciendo. No había querido perderla, pero la habría perdido en cualquier caso cuando ella intentó volver a su vida de siempre después de que él les contara a sus jefes todas las pruebas que había reunido durante esos años. Si ella no hubiese sabido la verdad, la habrían dejado en paz. No habría sido una posible testigo para ellos, solo habría sido la

camarera de cócteles de la que no tenían motivos para desconfiar.

Ella solo había querido que su vida siguiera intacta, pero pagó un precio mortal. Todo pareció repetirse cuando su hermana se encontró en el mismo peligro. Axel fue quien consiguió mantenerla a salvo y él se lo agradecía, pero seguía sabiendo que él tuvo la culpa de que necesitara protección. Miró fijamente a su cuñado.

—Que me vaya o me quede tampoco tiene nada que ver contigo... o con María —tuvo que añadir por el bien de su hermana—. Tara sabe echar raíces, yo no.

—Sabes hacerlo cuando hay algo que te importa lo suficiente —comentó Axel en un tono pausado—. Te pasaste muchos años con Johnny Diablo y los Deuces —Axel tomó en brazos a su hijo Aidan, de dos años, que estaba incordiando a uno de sus primos mayores—. ¿Qué te importa tanto ahora?

Sloan agarró los pies de Aidan antes de que le dieran una patada en la cara y le hizo cosquillas en las plantas. El niño gritó, se revolvió y consiguió pasar del regazo de su padre a la espalda de Sloan, a la que se aferró como un mono.

—¡Arre! ¡Arre!

Sloan, encantado con la excusa, se levantó del sofá.

—El deber me llama.

Dio media vuelta para llevar al hijo de Axel como si fuera un caballo. Bajaron al sótano, que estaba tan lleno como la sala principal. La casa era muy grande, pero también lo era la familia Clay. Había desde bebés hasta octogenarios.

—¡Abuelo, abuelo, abuelo! —gritó Aidan cuando vio a Squire sentado entre tres adolescentes.

El anciano entregó el mando del videojuego a la única chica del trío.

—Es un juego infernal.

Sin embargo, a juzgar por la sonrisa, no lo decía muy en serio. Tristan Clay, el hijo más joven y rico de Squire, y, en opinión de Sloan, el más listo, se levantó de la cabezada que estaba dando.

—El juego infernal es hacer un ala nueva para el hospital —comentó desapasionadamente.

—Siempre hay gente con ganas de tirar el dinero —farfulló Squire.

Tristan sonrió levemente y no hizo caso de la pulla. Él no le había visto muchas veces tan relajado. Tristan dirigía C-Vid, una empresa de videojuegos disparatadamente próspera, pero también era el segundo de a bordo de Hollins-Winword, una empresa internacional de seguridad privada e información secreta. Por eso les conoció a él y a su sobrino Axel. Antes de entrar en los Deuces como agente encubierto, pidió a Hollins-Winword que cuidara de Tara. Ella no le había perdonado del todo que no se lo dijera, pero como era feliz con Axel, tampoco le daba mucho la tabarra.

—Dame a mi bisnieto —le dijo Squire a Sloan.

Él, encantado de librarse de los recuerdos, se soltó las manos del niño del pelo y lo dejó en el suelo. El niño salió disparado hacia el anciano de pelo

canoso, quien lo tomó en brazos y le resopló en el cuello. Las risas de Aidan resonaron en toda la habitación, que se llenó inmediatamente de primos que querían que les hiciera lo mismo.

—Creía que no le gustaban los nietos —comentó Tristan mientras subía las escaleras con Sloan—. Le gustan mucho menos los bisnietos. Era atroz con nosotros cuando éramos pequeños, pero, si tiene la ocasión, a ellos los malcriará todo lo que pueda.

Sloan se preguntó si el abuelo de Abby habría hecho lo mismo o si sus abuelos habrían sido más estrictos porque habían tenido que actuar como padres.

Llegaron a lo alto de la escalera y se dirigieron hacia la cocina. La enorme mesa estaba llena de postres más o menos deshechos. Tristan estudió las posibilidades y él se sirvió una buena porción de la tarta de chocolate que sabía que había llevado su hermana. Era la misma tarta que les hacía su madre por sus cumpleaños cuando eran pequeños. La tarta estaba buenísima, pero los recuerdos que le despertó no fueron tan buenos.

—¿Va a mandarte Max a esa conferencia que se celebra en Cheyenne?

Max había intentado que asistiera, pero él no podía entenderlo cuando ni siquiera sabía si seguiría allí dentro de unos meses.

—Van a ir Dawson y Ruiz.

Su hermana entró en la cocina.

—Vaya, por fin te he encontrado —comentó ella con Hank apoyado en la cadera.

—No estaba escondiéndome —replicó él.

Se dio cuenta de que su sobrino miraba la tarta que tenía en el tenedor, pero sabía que no podía darle un trozo. Ya cometió ese error una vez y enseguida supo que Tara no quería que probara nada dulce hasta que fuese mayor. Hank el Tanque, desde luego, no parecía especialmente hambriento. Todavía no tenía un año, pero ya se notaba que había heredado los genes Clay en cuanto al tamaño. Con toda certeza, no debía su estatura a su menuda madre. Tara era casi treinta centímetros más baja que él y él y el marido de ella eran casi de la misma estatura.

—Es la primera ocasión que tengo de hablar contigo.

—Podrías haber venido a hablar conmigo en vez de mandarme a tu marido.

Los ojos marrones de Tara dejaron escapar un destello.

—¡No te he mandado a Axel para que hablara contigo de nada! Como si él hiciera algo que no quiera hacer.

Tristan carraspeó, se centró en la tarta de almendras y escapó. A él le habría gustado seguirlo, pero cortó otro trozo de tarta con el tenedor a pesar de la mirada de Hank.

—Ha pagado el pato por ti.

—Tú fuiste quien pago el pato —le recordó ella.

En realidad, fue una bala. Había sido hacía más de dos años, cuando ella estaba embarazada de Aidan y a punto de casarse con Axel.

—Sin embargo, él puso la mano en el fuego por mí —concedió ella—.

Literalmente.

—Y también fue por mi culpa.

—Nunca te he echado la culpa por lo que pasó en la iglesia cuando el hermano de María la incendió. Quería que pagaras por la muerte de ella a través de mí. Estaba loco de dolor.

—Tienes más compasión por él que yo.

Y más compasión de la que tuvo el tribunal, que lo condenó a pasar mucho tiempo entre rejas.

—En cualquier caso, es agua pasada. Si quieres empezar de cero, ¿no crees que deberías olvidarte del pasado?

A él le habría gustado poder darle la respuesta que ella quería oír.

—No quiero prometer nada que no sé si cumpliré.

—¿Volverías a la ATF si pudieras? —le preguntó ella.

—¡Ja! Ellos no quieren que vuelva.

Lo dejaron muy claro cuando terminó el juicio de los Deuces. No se tomaron muy bien que acudiera a Hollins-Winword para que protegieran a María y a Tara. Le dijeron que había demostrado falta de confianza en su propia organización y pasaron por alto que ellos no habían querido ofrecerles ningún tipo de protección.

—Pero ¿si pudieras?

¿Lo haría? Casi toda su vida adulta la había pasado en la ATF.

—No lo sé. Es posible. Probablemente —Sloan sacudió la cabeza—. No lo sé.

—Bueno —siguió ella al cabo de un rato—, en cualquier caso, no quería hablar contigo de eso. ¿Qué es eso que he oído sobre ti y tu nueva vecina? Es la nueva enfermera del colegio, ¿no?

—¿Qué sabes de ella? —le preguntó él mirándola fijamente.

—Ella era tu misterioso plan de anoche, ¿verdad?

—¿Quién es ella?

Max y Sarah, su esposa, entraron en ese preciso momento en la cocina y ella los miró fijamente.

—¿La preciosa Abby Marcum?

Sloan miró a su jefe, pero él se encogió de hombros.

—No me mires. Seré el sheriff, pero no sé nada.

Sarah le clavó un dedo en el costado y él se apartó con una sonrisa.

—¿No queda más tarta de almendras? —preguntó Max con el ceño fruncido.

—Tristan se la ha acabado.

—Qué raro —Max se sirvió un trozo de tarta de chocolate—. Me conformaré con esto.

—Después de tantos años juntos, sigo sin entender que comas de esa manera y no engordes ni un gramo —se quejó Sarah—. Hace una hora te comiste un trozo del pastel de queso de Gloria.

Max le dio un pequeño azote en el trasero.

—Tengo que hacer mucho ejercicio con mi esposa.

Ella puso los ojos en blanco.

—Creía que íbas a ayudarme a probar algunos de estos platos. Venga, vuelve a ver el partido, que es lo que quieres hacer de verdad.

—Sí, creo que lo inteligente es escapar mientras puedas —Max miró a Sloan—. ¿Vienes?

Sloan se terminó la tarta de un bocado y tiró el plato de cartón al cubo de basura.

—Como la de mamá —le dijo a su melliza antes de escapar como un hombre inteligente.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando Abby se despertó, la casa estaba fría otra vez. Se puso una sudadera sobre el pijama, comprobó que Dillon seguía dormido y preparó una cafetera. Cuando el aroma del café empezó a llenar la cocina, se puso unas botas y salió. No le gustaba tener que tomar más leña de Sloan, pero no le quedaba más y no quería que Dillon se levantara con la casa helada.

La enorme tripa del muñeco de nieve seguía como el día anterior, pero la bufanda de rayas se había caído al suelo. Volvió a ponérsela y se aseguró de que la placa de cartón que había hecho Dillon quedara bien visible. Luego, se metió las manos en los bolsillos de la sudadera y cruzó corriendo el jardín.

—Eres muy madrugadora.

Casi dio un respingo al oír la voz de Sloan. El cielo estaba nublado y había poca luz, pero pudo verlo en el porche. Le alarmó que sintiera tanto placer al verlo. Sobre todo, después de que el día anterior saliera corriendo cuando apareció Pam Rasmussen.

—Tú también —dijo ella con la respiración entrecortada solo por verlo—. Te veo muy uniformado.

Él tampoco llevaba chaquetón, pero en vez de un pijama y una sudadera, estaba imponente con los pantalones caqui, la camisa verde oscuro de manga larga, la corbata negra y la placa sobre el magnífico pecho. También se fijó en que, con el cuello de la camisa abotonado, no se veía ese tatuaje tan intrigante que empezaba en el cuello y desaparecía debajo de la ropa.

—¿Estás de servicio? —preguntó ella, aunque le pareció una sandez porque era evidente.

—Entraré dentro de un rato —él levantó la taza que tenía en la mano—. ¿Quieres café?

Aunque estaba haciéndose café, estuvo a punto de aceptar, pero se limitó a empujar la sudadera con los puños metidos en los bolsillos para intentar que le tapara un poco los ridículos pantalones del pijama.

—No, gracias. Solo quería un poco más de leña. Dillon sigue dormido.

Él dejó la taza en la barandilla del porche y bajó los escalones. Ella no pudo respirar, solo pudo pensar en el beso que le había dado... y en cómo salió corriendo. Efectivamente, tenía que ir a una cena familiar, pero pareció como

si quisiera escapar por todos los medios. Siguió avanzando, pero, cuando llegó a donde estaba ella, giró hacia la parte trasera de la casa.

—Casi había esperado ver a otro muñeco de nieve en tu jardín para que hiciera compañía al mío.

Ella salió detrás de él y deseó haberse puesto unos pantalones vaqueros.

—Si esas nubes traen nieve, no me extrañaría que tuviera compañía pronto.

Sacó una mano para pasarse el pelo por detrás de la oreja y se dio cuenta de que no se lo había cepillado. Pijama de cuadros, aliento mañanero, pelo de rata... Se puso la capucha.

—¿Tienes frío?

Ella sonrió y se encogió de hombros. Sabía que no temblaba por el frío que hacía. Cuando llegaron, ella agarró unos troncos inmediatamente y se resistió cuando él fue a ayudarla.

—Vas a mancharte la camisa.

—Cariño, me la he manchado con cosas peores que unas astillas.

«Cariño». Se estremeció y volvió por donde había llegado para dirigirse a su casa. Sloan la siguió adentro y la ayudó a amontonar la leña junto a la chimenea.

—Has desembalado más cosas. ¿Son tus abuelos?

Ella miró las fotografías enmarcadas que había sobre la repisa de la chimenea.

—Sí.

—¿Eres tú? —preguntó él señalando una de Abby con sus abuelos.

—Sí. Estábamos cazando faisanes —contestó ella mientras metía un tronco en la chimenea.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete —contestó ella sin mirar siquiera la foto.

Su abuelo y ella solo habían salido a cazar una vez más después de aquella. No fue lo mismo sin la compañía de su abuela, pero su salud ya no se lo permitía.

—Parece como si tuvieras unos trece.

Y más ingenua todavía, claro. Se puso muy recta.

—Es posible, pero me enseñó a disparar muy bien —replicó dirigiéndose a la cocina.

—¿Te gusta cazar?

—Me gustaba con mis abuelos. Sin ellos... —ella se encogió de hombros y se sirvió una taza de café—. No me imagino saliendo a cazar otra vez. Creo que no tendría ánimos —dio un sorbo y lo miró por encima del borde de la taza. Era imponente—. Hoy compraré leña y te la repondré.

—Ya te dije que no te preocuparas por eso —él se apoyó en la encimera de la barra—. Siempre que hablas de tus abuelos pareces triste.

Ella fue a pasarse el pelo por detrás de la oreja otra vez, pero abrió uno de los armarios que estaban colgados y sacó la caja de avena para hacer algo.

—Los echo de menos. Lo peor de haberme marchado de Braden es no poder visitar a mi abuela todos los días.

—No está tan lejos.

—Eso es exactamente lo que le digo a Dillon una y otra vez —comentó ella con una sonrisa.

Entonces, se dio cuenta de que estaban en la misma posición que cuando la besó y notó que se ruborizaba. Dio un sorbo de café tan precipitadamente que estuvo a punto de atragantarse.

—¿No ibas a entrar de servicio? —preguntó ella de repente.

Él sonrió como si supiera que la alteraba, pero se incorporó y se dirigió hacia la puerta. No pudo evitar acompañarlo hasta el porche, pero la llamaron con un alarido desde dentro de la casa y volvió corriendo con Sloan pegado a sus talones. Dillon estaba en el pasillo y se abalanzó sobre ella como si fuese el fin del mundo. Otra pesadilla. Se sentó en el suelo y lo puso sobre su regazo.

—No pasa nada, cariño.

—No podía encontrarte —sollozó él—. Te he buscado, pero...

—No pasa nada —ella le acarició el pelo y lo besó en la frente—. Estoy aquí y no voy a marcharme.

Sloan se serenó al verla sentada y consolando al niño.

—Solo ha sido una pesadilla, pero ya ha pasado y sigo aquí.

Ella apoyó la mejilla en la cabeza del niño y su pelo castaño se mezcló con el de Dillon. Sabía que debería dejarlos solos, pero marcharse cuando el niño estaba tan trastornado iba contra todos sus principios. Se acercó con cautela y Abby se fijó en él.

—Mira quién está aquí —le susurró a Dillon—. El ayudante del sheriff McCray ha venido a darte los buenos días.

No era verdad, pero le daba igual. Sobre todo, cuando el niño lo miró por un costado de Abby.

—¿De verdad?

Él se acercó un poco más y se agachó.

—También quería decirte que le has hecho una placa muy bonita al muñeco de nieve.

—Pero no es como la tuya.

—Creo que se parece mucho —replicó él, quitándose la placa y levantándola.

Dillon no se soltó de Abby, pero se puso un poco más recto.

—Abby me ayudó a recortar la estrella.

—Tú la dibujaste antes —puntualizó Abby.

Ella lo miraba casi con la misma intensidad que Dillon y no supo cuál de los dos lo desconcertaba más.

—¿Quieres ponértela un minuto?

—¿Puedo? —preguntó Dillon con los ojos como platos.

Sloan conocía a Max y sabía que no iba a decirle nada por haber llegado un poco tarde.

—Claro —le puso la placa en el pijama de dinosaurios—. ¿Cómo te sientes?

Dillon se puso de pie y fue corriendo al cuarto de baño. Sloan pudo verlo de puntillas para mirarse al espejo. Abby le sonrió con agradecimiento y también se puso de pie. Fue al cuarto de baño y lo levantó para que se viera bien.

—Chulo, ¿eh?

—Chulísimo —Abby lo dejó en el suelo y él volvió al pasillo sacando pecho—. Cuando sea mayor, también seré ayudante del sheriff.

Abby miró a Sloan a los ojos y le dio las gracias con los labios.

—Dillon, me parece que el ayudante del sheriff McCray necesita la placa para trabajar.

—De acuerdo.

Sloan fue a soltarle la placa, pero el niño sacó la lengua y empezó a desengancharla. Cuando lo consiguió, se la entregó en la palma de la mano.

—Mucho cuidado ahí fuera —le advirtió en un tono muy serio.

Sloan consiguió no sonreír, pero Abby no. Recuperó la sonrisa para la que estaban hechos sus labios. Él tomó la placa, se la puso, hizo un fugaz saludo militar y se dirigió hacia la puerta.

Oyó que Dillon susurraba que era un verdadero sombrero blanco, pero no esperó a oír lo que decía Abby. Fueran cuales fuesen esos sombreros blancos, él nunca había llevado uno. Los sombreros blancos eran para los buenos, no para quienes solo habían hecho daño a quienes menos se lo merecían.

Capítulo 5

Aunque Sloan le había dicho que no se preocupara, cuando Dillon y ella fueron a Shop-World esa tarde, compró unas bolsas de leña para él. Una vez de vuelta en su casa, descargó la compra y luego llevó las bolsas de leña a casa de él, le quitó el plástico y la apiló cuidadosamente encima de su montón.

Para entonces, ya había empezado a nevar otra vez y Dillon y ella pasaron el resto de la tarde en casa. Desembalaron las últimas cajas, jugaron una partida de *Sombreros blancos 3* e hicieron una hornada de galletas de chocolate mientras el operario que había llamado arreglaba la caldera.

Aunque había estado muy ocupada, también había tenido muy presente que el coche patrulla no había aparecido en todo el día. No estaba allí cuando cedió a la insistencia de Dillon y le permitió que dejara un plato de galletas en el porche de Sloan. No estaba allí cuando arropó a Dillon en la cama después de leerle un cuento y tampoco estaba allí cuando salieron a la mañana siguiente para asistir al primer día en su nuevo colegio.

Afortunadamente, no tuvo tiempo de pensar en él cuando el director Gage la llevó a que conociera el colegio y ella se instaló en la enfermería, su enfermería. Comprobó el material, leyó las fichas de los alumnos que necesitaban más atención médica y a la hora del almuerzo ya había visto a media docena de niños, desde uno al que le dolían los oídos hasta una niña que había tenido el primer período. Estuvo tan ocupada que se comió el sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada en la enfermería y no salió de allí hasta que fue al gimnasio con los demás profesores y la administración para asistir a la asamblea que se celebraba.

Se quedó al fondo mientras colocaban a los alumnos por orden de edad y ni siquiera se dio cuenta de lo nerviosa que estaba por Dillon hasta que lo vio sentado en el suelo al lado de una niña rubia quien, a juzgar por cómo hablaba, no se sentía intimidada por el silencio de su hermano.

Entonces, el afable director se colocó delante de los alumnos para captar su atención y los profesores fueron al fondo de la habitación, donde había unas filas de sillas plegables.

—Ven, también hay sitio para ti —la llamó Dee Crowder.

Dee era una de las primeras profesoras que había conocido esa mañana. Daba clase en tercero, era baja, como ella, tenía una melena rubia, rizada y enmarañada y también tenía una sonrisa contagiosa que le recordaba a la de Delia. Ella fue al fondo de la fila y se sentó.

—¿Cada cuánto se celebran asambleas?

Dee se encogió de hombros y sacó un pintalabios del bolsillo de su sudadera roja.

—Un par de veces al mes, pero no siempre se reúnen todos los cursos. Hoy es la presentación.

Ella sabía que esa tarde iban a hablar de seguridad y prevención del consumo de drogas. Aunque era interesante, esperaba que no durara mucho porque le quedaban muchas fichas que estudiar.

—No sé por qué creí que, si me mudaba a un piso cerca de Shop-World, encontraría mejores hombres —le susurró Dee—. Tú te has comprado la vieja casa de los Downing, que lleva un año vacía, y te ha tocado la lotería.

—¿Cómo dices? —le preguntó Abby.

—Yo estoy pagando un alquiler con unos recién casados a un lado y una señora con cuatro gatos al otro y tú te vas a vivir al lado del tío más macizo del pueblo.

Se dio cuenta de que Dee tenía la mirada clavada en el extremo opuesto del gimnasio y también miró hacia allí. Allí estaba Sloan con el sheriff Scalise y otros dos policías. Aunque estaba sentada al fondo del gimnasio, él echó una ojeada al público y le pareció que su mirada se dirigía solo a ella. Se humedeció los labios y se movió nerviosamente en la silla. El sheriff había tomado el micrófono y hablaba desde el estrado, pero ella no oyó nada de lo que decía. Sloan seguía tan magnífico con su uniforme como lo había estado la mañana anterior. Dee se inclinó otra vez hacia ella.

—Tenía que ser guapo. No es un Clay, pero su hermana se casó con uno y ninguno tiene desperdicio.

Ella se había criado en Braden, pero todo el mundo conocía a la familia Clay en ese Estado. Tenían el Doble C, el rancho ganadero más grande del Estado. C-Vid, la empresa de videojuegos que había sacado *Sombreros blancos 3*, por ejemplo, también la dirigía un Clay y tenía la sede allí, en Weaver. Además, según sus abuelos, el único hospital de la zona se construyó, sobre todo, gracias a los Clay.

—Hasta el sheriff Scalise se ajusta al molde —le contaba Dee—. Está casado con Sarah Clay.

Ella había conocido a Sarah esa mañana. Era la otra profesora de tercero y Dee tenía razón. El sheriff Scalise era alto, moreno y guapo, pero no tenía nada que hiciera que se le secara la boca. Al contrario que su ayudante más reciente. Sloan y otra ayudante, una mujer rubia y esbelta, estaban repartiendo octavillas entre los alumnos.

—La mitad de esas octavillas acabarán como aviones de papel —siguió Dee.

—¿De qué tratan?

—Todos los años hacen un concurso de dibujo para el programa contra el consumo de drogas. El ganador de cada curso podrá dar un paseo en un coche patrulla que está de servicio y luego eligen un ganador absoluto. Los dibujos se usan en las octavillas y folletos del año siguiente —Dee se levantó de un

salto—. ¡Calvin Pierce! —exclamó con una voz increíblemente potente para ser tan baja—. Ese zapato tiene que estar en tu pie, no en la cabeza de tu vecino.

Abby vio a un niño muy rubio que volvía a sentarse al lado de Dillon y que se ponía el zapato. Dee suspiró y también se sentó.

—Es un programa que gusta mucho a los niños —siguió como si no hubiese pasado nada—. Además, me parece bien cualquier cosa que transmita ese mensaje. Fue idea de Joe, del director. Intentan conseguir algo parecido para los cursos superiores, pero es más difícil —suspiró otra vez, cruzó las piernas y miró a Abby—. ¿No te parece impresionante? Tu vecino —añadió cuando Abby se quedó perpleja.

Por un instante, ella había creído que se refería al director Gage.

—No conozco casi al ayudante del sheriff McCray.

Solo conocía el sabor de sus labios, su olor, su sonrisa indolente...

—No es lo que he oído.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Abby sobresaltada.

—Eres de Braden, ¿no? Entonces, sabrás lo deprisa que se difunden las noticias.

—No siempre son noticias ciertas.

Se sonrojó y todo empeoró cuando Sloan llegó a donde estaban sentadas.

—Señoras...

Le dio las octavillas que le quedaban a Abby, que estaba al final de la fila, y sus dedos se rozaron.

—Ayudante McCray —le saludó Dee con una sonrisa mientras tomaba el montón de la temblorosa mano de Abby—. Es un placer comprobar que hoy está participando.

Sloan casi ni miró a la profesora de pelo rizado y sonrió inexpresivamente.

—Es parte de mi trabajo.

Sin embargo, él miró fijamente a Abby y ella creyó que iba a derretirse.

—Gracias por las galletas. ¿Las has hecho tú?

Ella, consciente de que Dee estaba mirándola, se encogió de hombros.

—Dillon creyó que necesitarías algunas.

Era verdad en parte. Su hermano había creído que necesitaría algunas porque habían empleado las que tenía él para hacer los ojos del muñeco de nieve y para comérselas él, pero mientras hacía la masa con chocolate, no pudo dejar de acordarse de que su abuela siempre decía que había conquistado a su abuelo con esa receta. Como se casaron un mes después de que le ofreciera una de esas galletas y habían seguido casados todas sus vidas, supuso que la historia tenía cierto crédito.

—Entonces, también tendré que darle las gracias a Dillon.

Se dirigió otra vez hacia el estrado, donde el director intentaba tranquilizar a los niños.

—¿Haces galletas a quien no conoces casi? —le preguntó Dee dándole un codazo.

Dee sonreía con tanta simpatía que tuvo que caerle bien.

—Mi otro vecino no está —contestó ella con desenfado—. Pero también le haré algunas.

Dee se rio en silencio y volvió a centrarse en el director. Poco después, el gimnasio volvió a ser un gallinero cuando los alumnos tuvieron que volver a sus clases. Ella plegó la silla y la dejó con las demás. Sabía que estaba remoloneando para mirar a Sloan, quien estaba hablando con el director y el sheriff. Sin embargo, él no la miró y volvió con las fichas que la esperaban.

Cuando recogió a Dillon al final de la jornada, él tenía un montón de hojas de papel en la mano y ella tenía un montón de normativas del distrito para leerlas.

—Los dos tenemos tarea —le comentó a su hermano mientras volvían a casa dando un paseo—. ¿Qué tienes que hacer?

El guardó las hojas de papel en la mochila y se la colgó de los hombros.

—Caligrafía. También tenemos que explicar el plan de emergencia que tenemos en casa.

Haría volando las dos cosas. Dillon sabía muy bien lo que tenía que hacer, ya le había explicado cómo tenía que abrir las ventanas si había un incendio y no podían salir por la puerta.

—¿Quieres participar en el concurso de dibujo que ha explicado el sheriff?

—No lo sé —contestó él mientras tomaba la mano de Abby para cruzar la calle.

—¿Por qué? Te encanta dibujar —le dijo ella mirándolo con sorpresa.

—Calvin dice que solo participan los niños pequeños.

—¿Quién es Calvin?

—Calvin Pierce —contestó él metiendo la barbilla en el chaquetón.

El niño rubio al que regañó Dee en la asamblea.

—¿Calvin está en tu clase? —preguntó ella porque había dos clases en casi todos los cursos.

Dillon asintió con la cabeza mientras doblaban una esquina para entrar en su calle.

—Tengo que sentarme en su mesa —comentó en tono abatido—. En la primera fila.

—Bueno, es posible que no tengas que estar en la primera fila todo el tiempo. Además, no hagas caso de las tonterías que dicen otros niños sobre participar en un concurso que a mí me parece que debería interesarte. ¿No te gustaría saber lo que se siente al ser un ayudante del sheriff como McCray? Te enseñarían la comisaría y te montarías en un coche patrulla.

—De todas formas, no creo que fuera a ganar.

—Eso no lo sabes si no lo intentas —Abby decidió cambiar de tema—. ¿Qué tal la profesora?

—La señora Normington está bien. Tiene un pez de colores en la mesa.

—¿Y los otros chicos de la clase aparte de Calvin?

—Bien.

—¿Quién es la niña que estaba sentada a tu lado?

—Chloe.

—Parecía muy simpática.

—También está en mi mesa —Dillon la miró de repente—. ¿El ayudante McCray va a ser tu novio?

Ella se paró en seco y sintió una opresión en el pecho que le impidió respirar.

—¡Claro que no!

—¿No sería un buen novio? —le preguntó él sin dejar de mirarla.

Ella casi se atragantó al imaginarse lo bueno que sería para casi cualquier cosa.

—No lo sé —contestó ella en un tono aceptablemente tranquilo—. El ayudante McCray es un hombre agradable que vive en la casa de al lado. Nada más. ¿Por qué lo has preguntado?

Sin embargo, él había perdido el interés por ese asunto al entrar en el jardín y se paró para colocarle la zanahoria al muñeco de nieve.

—¿Podemos cenar espaguetis?

—Claro —contestó ella deseando poder olvidarse de las cosas tan fácilmente.

¿Cómo sería Sloan de novio? Aunque no tenía experiencia de estar con un hombre, su imaginación funcionaba muy bien en lo referente a Sloan, demasiado bien. Sintió una oleada muy cálida por dentro que la debilitó. Tragó saliva y miró hacia la casa de al lado mientras abría la puerta y esperaba a que Dillon entrara. Sin embargo, al ver que el coche patrulla entraba en la calle, se metió de un salto, como si la hubiesen sorprendido haciendo algo malo y cerró la puerta dando un portazo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Ha sido una corriente de aire. ¿Por qué no te sientas en la cocina a hacer los deberes? Te daré un vaso de leche y una galleta mientras hago los espaguetis, ¿de acuerdo?

El asintió con la cabeza y empezó a quitarse el chaquetón. Ella fue apresuradamente a su dormitorio, dejó la cartera sin hacer caso del rubor que vio en el espejo y también se quitó el chaquetón y los guantes. Luego, se cambió el traje azul por unos vaqueros y una sudadera y se recogió el pelo con una pinza. La persona que vio en el espejo le resultó más conocida que la que llevaba traje y usaba la vieja cartera de cuero de su abuelo.

Volvió a la cocina. Dillon estaba inclinado sobre una hoja de papel con un lápiz en la mano y la lengua fuera. Sonrió, contuvo las ganas de darle un beso en la cabeza y le sirvió el vaso de leche. Dejó dos galletas en una servilleta al lado del vaso y empezó a preparar la salsa de los espaguetis. Cuando llamaron a la puerta un poco después, ni siquiera pudo dejar el cuchillo antes de que Dillon se levantara de un salto.

—¡Yo abro!

Fue algo tan inusitado en su hermano, bastante tímido en general, que no le dijo nada, pero lo siguió. La boca se le secó por enésima vez cuando Dillon abrió la puerta y ella vio a Sloan.

Cuando la miró a los ojos, se le encogió el estómago y su imaginación se

disparó. Se alegró de que estuviera Dillon porque prefería no imaginarse lo que diría la gente de Weaver si la nueva enfermera del colegio hubiese intentado abalanzarse sobre el ayudante del sheriff en su porche.

—Vamos a cenar espaguetis —Dillon agarró la mano de Sloan y lo metió en la casa—. ¿Te apetecen?

Su hermano cerró la puerta como si así fuese a impedir que se escapara. Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Sabía que estaba sonrojándose y que no podía hacer nada. Sloan la miraba con una expresión burlona y esperó que fuese por el entusiasmo de Dillon y no porque podía leer sus pensamientos lujuriosos. Además, tenía el plato de galletas vacío en una mano.

—¿Les dice eso a todos los hombres que llaman a la puerta con un plato en la mano?

Ella consiguió sonreír. Muy pocos hombres llamaban a su puerta después de conocer la existencia de Dillon... y ninguno con un plato de galletas vacío que le había dado ella.

—Estaremos encantados de que cenes espaguetis a la *marinara* con nosotros —le ofreció ella—, pero tardarán un poco.

—Abby hace la salsa —intervino Dillon con orgullo—. No la saca de un frasco.

Nunca se había imaginado que sería el centro de una labor de relaciones públicas, y menos si la hacía un niño de siete años.

—Los deberes no van a hacerse solos —le recordó ella.

—¿Ponen deberes a los alumnos de segundo?

Ella miró a Sloan y se metió las manos temblorosas en los bolsillos traseros del pantalón.

—Tenía deberes hasta en preescolar.

—De preescolar solo recuerdo las galletas de avena y la siesta. Era igual en todos los colegios.

Le rozó el hombro cuando la rodeó para dejar el plato en la cocina. Solo le había rozado el hombro y se había estremecido.

—¿Fuiste a más de un colegio cuando estabas en preescolar?

Ella tuvo los mismos compañeros desde preescolar hasta que se graduó en el instituto. Él abrió el grifo del agua caliente y le fregó el plato.

—A tres.

No la miró mientras dejaba el plato en el escurrerplatos y se volvía hacia Dillon. Ella respiró un poco mejor al no ser su centro de atención, echó un poco de aceite en un cazo y lo puso al fuego. Quizá respirara mejor, pero él seguía en la cocina y nunca le había parecido más pequeña. Él tomó uno de los papeles de Dillon, lo ojeó y volvió a dejarlo.

—¿Qué vas a dibujar para el concurso, campeón?

—No lo sé.

Abby fue a intervenir, pero Sloan se agachó hasta que estuvo a la altura de Dillon.

—Creía que ya lo tendrías claro.

—¿De verdad? —preguntó Dillon sin mirar a Abby.

—Claro —contestó Sloan como si tratara todos los días con niños inseguros—. Hiciste una placa preciosa para el muñeco de nieve.

Ella echó la cebolla cortada y el perejil en el cazo y contuvo la respiración mientras escuchaba. La actitud de Dillon hacia el concurso era más positiva con Sloan y no quería estropearlo.

—Pero tengo que dibujar más que una placa —replicó su hermano.

Por no decir nada sobre la teoría de Calvin Pierce acerca de los niños pequeños.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Sloan—. Oíste lo que dijo el sheriff Scalise, ¿verdad? Si a ti te parece bien hacer una placa, hazla —Sloan bajó la voz—. ¿Sabes si Abby tiene más galletas de chocolate?

—Sí —Dillon volvió a saltar de la silla y fue hasta el recipiente de plástico donde estaban las galletas—. El ayudante McCray dice que puedo dibujar una placa —le susurró a su hermana.

—Ya lo he oído —murmuró ella.

Era casi imposible no mirar a Sloan, pero lo consiguió. Mientras Dillon dejaba las galletas en la encimera y levantaba la tapa, ella sirvió un vaso de leche y lo dejó delante de Sloan.

—Gracias —dijo él mientras rodeaba el vaso con los dedos.

Ella volvió al cazo y revolvió el contenido con una cuchara de madera. Era mucho más seguro que imaginarse esos dedos alrededor de ella.

—¡Caray! —exclamó Dillon—. Abby nunca me deja usar los vasos de la abuela.

—Y tú no vas a usar los vasos de la abuela —le advirtió ella con una sonrisa—. Algún día serán tuyos, pero tienen que llegar enteros.

—Yo no quiero vasos elegantes —replicó él arrugando la nariz—. Son para niñas.

—Entonces, algún día podrás regalárselos a la niña con la que te cases.

Él, más espantado todavía, resopló con asco. Sloan la miró a los ojos y ella los puso en blanco.

—Niños... —comentó ella como si eso lo explicara todo.

—No soy tan viejo como para no acordarme.

Torció los labios burlonamente y la miró de arriba abajo. Ella se quedó sin respiración otra vez y le tembló la mano al agarrar el mango de la cuchara de madera. Además, se quedó paralizada cuando él se acercó.

—Menos mal que no sabe todo lo que le espera —él bajó la voz y su aliento le rozó el oído—. Estaría dándose duchas de agua fría en mitad de la noche como hago yo desde que te conocí.

Ella se quedó boquiabierta y lo miró fijamente. Entonces, la radio que llevaba en el cinturón emitió un pitido y ella dio un respingo dejando caer la cuchara dentro del cazo. Él miró el cazo mientras hablaba por la radio en una jerga que ella no podía entender.

—Voy a tener que dejar los espaguetis para otro día —comentó cuando terminó de hablar y mientras ella recuperaba la cuchara—. Ten cuidado, no quiero que te quemes.

Él salió de la cocina y chocó los cinco con Dillon mientras se dirigía hacia la puerta. Ella soltó el aire que había estado conteniendo. Su advertencia había llegado tarde. Ya se había abrasado y el motivo acababa de salir de la casa.

Capítulo 6

Sloan se sentó con Lorraine en la descuidada sala de los Pierce. Max se había llevado esposado a Bobby y allí no olía a salsa casera. Eso se había quedado en casa de Abby.

En realidad, todo lo cálido y agradable se había quedado en casa de Abby y había pasado cuatro horas en una casa fría y mucho peor que desagradable.

Aunque quería convencer a Lorraine, no lo intentó. Ella era la víctima aunque dijera lo contrario. Estaba demasiado delgada y harapienta para tener su edad.

Recordó que había pensado lo mismo sobre su madre cuando era pequeño. No había sido una esposa maltratada, pero tampoco había sabido la vida que le esperaba cuando se casó con su marido.

Dejó a un lado esos pensamientos, como hacía siempre, y esperó que la psicóloga que habían llamado llegara pronto.

—Lorraine —allí nadie se trataba de «usted»—, tienes más fuerza de la que te imaginas.

Se inclinó hacia delante en la butaca con la tapicería raída y deseó poder convencerla, aunque sabía que, probablemente, nunca lo conseguiría. La primera misión que tuvo cuando le nombraron ayudante del sheriff fue acudir a casa de los Pierce y no había pasado ni un mes sin que tuviera que repetir la visita. Llevaba seis meses en Weaver, seis meses intentándolo y seis meses sin conseguirlo.

—No tienes que seguir aguantando esto de tu marido. Recibirás apoyo.

Lorraine miró hacia otro lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bobby se ocupa de Calvin y de mí. El sheriff y tú no tenéis derecho a meteros otra vez solo porque tengo unos vecinos entrometidos.

—Los vecinos llamaron porque estaban preocupados —Sloan señaló la ventana que estaba tapada con un tablón de madera—. Alguien tiró una silla por la ventana. No salió sola. Lorraine, seguramente, tendremos motivos para acusarlo. No necesitamos que nos digas que Bobby es un peligro cuando podemos verlo nosotros mismos.

Ella torció el gesto y miró hacia otro lado.

—Ya os he dicho que la tiró Calvin. Por eso lo castigué en su cuarto.

—¿Culpas a tu hijo? No se puede llegar más bajo.

Ella parpadeó varias veces, pero no se retractó. Él se levantó como asfixiado por el ambiente deprimente de la habitación. Quiso zarandearla,

pero, sobre todo, quiso protegerla... y proteger al niño al que parecía dispuesta a arrojar debajo de un autobús con tal de salvar el despreciable pellejo de su marido.

Cuando habló con Calvin, el chico se mostró sombrío y silencioso. Si hubiese tirado la silla por la ventana, lo habría proclamado a los cuatro vientos.

Se fijó en unas fotos que estaban colgadas de cualquier manera en una pared. No había fotos de Calvin en el colegio ni fotos de familia. Solo se veía a Bobby con un brazo por los hombros de algún amigo y siempre sentados a horcajadas en una Harley Davidson. Bobby, como los Deuces, dedicaba más dinero a su moto que a su casa.

Dejó a un lado los recuerdos y miró por la escalera hacia el piso superior, donde estaba el cuarto de Calvin. La psicóloga le vendría tan bien al niño como a Lorraine.

Volvió a desear que la doctora Templeton se diese prisa. Cuando la llamaron estaba atendiendo a una emergencia en Braden, pero había prometido acudir en cuanto pudiera.

—Bobby me quiere.

—Es posible, Lorraine, pero no deberías tener miedo en tu propia casa de alguien que te quiere.

Llamaron a la puerta y como estaba al lado, la abrió. La doctora Templeton se disculpó mientras se quitaba la bufanda y los guantes. Era de la misma edad que él, más o menos, pero parecía mucho más joven y, si sintió la misma opresión deprimente que él, lo disimuló muy bien. Se sentó al lado de Lorraine como si fuesen dos amigas que iban a hablar del día que habían pasado.

A él le daba igual su planteamiento si daba resultado y como no tenía ningún motivo oficial para seguir allí, volvió a la comisaría, redactó un informe y se fue a casa.

Cuando llegó, estaba haciéndose tarde y la casa de Abby estaba iluminada.

Sabía que, si llamaba a la puerta, le dejaría entrar, que sus preciosos ojos grises serían delicados y que sonreiría con sinceridad. También sabía que sus labios eran lo más dulce que había probado desde hacía muchísimo tiempo.

Para Dillon era más una madre que una hermana. En realidad, lo era tanto como Lorraine lo era para Calvin, aunque no se parecían en nada más.

Él, sin embargo, podría ser alguno de los hombres que salían en las fotos de Lorraine. Había ayudado a que los Deuces cayeran. Se había infiltrado entre ellos para conseguirlo. Se había hecho amigo de Johnny Diablo, el jefe, hasta que lo consideró un verdadero hermano. Se preparó durante más de un año y estuvo entre ellos durante más de tres.

Además, pasaron otros dos años antes de que se les juzgara, dos años que tuvo que permanecer escondido para que los Deuces no lo encontraran.

Esa banda sanguinaria había consumido casi toda su vida adulta, pero incluso en ese momento, después de todo lo que se había dicho y hecho, no sabía bien cuánto había dejado de sí mismo. Se quedó sentado mirando el

resplandor que bañaba el muñeco de nieve. Se quedó hasta que el motor dejó de ronronear y el coche se quedó frío.

Entonces, se bajó sintiéndose entumecido y más viejo de los años que tenía y entró en su casa oscura.

—¿Qué tal la vida con el ayudante del sheriff macizo?

Abby dejó de mirar el botiquín que estaba repasando y vio a Dee Crowder que entraba en la enfermería. No tenía sentido fingir que no sabía de qué estaba hablando, como tampoco tenía sentido fingir que Sloan no había estado eludiéndola. Había pasado una semana desde que insinuó que era la culpable de que no durmiera por las noches. Aunque hizo algo más que insinuarlo. No hizo caso de esa voz que le hablaba por dentro y cerró la puerta del botiquín.

—Ya te lo dije. Solo somos vecinos.

Ni siquiera podía decir que fuesen vecinos que coqueteaban. Él hizo ese comentario, pero, desde entonces, se había limitado a mirar hacia su casa cuando entraba y salía. Lo sabía porque se pasaba mucho tiempo mirándolo a escondidas. Dee dejó un vaso de plástico en la mesa de Abby.

—Café recién hecho de la sala de profesores.

Apoyó la cadera en la esquina de la mesa. Era media tarde y había tomado la costumbre de pasarse por la enfermería durante la hora de estudio.

Ella se había dado cuenta de que Dee se pasaba con un café solo para poder sonreír y saludar con la mano al director, que tenía el despacho en la puerta de al lado. Le encantaba el director Gage, pero lo disimulaba con sonrisas descaradas y silbidos a todos los hombres en edad de merecer.

Abby se sentó en la chirriante silla y dio un sorbo de café, pero hizo una mueca de disgusto y miró a Dee.

—¿Esto está recién hecho? Como mucho, está caliente.

—Lo he hecho yo misma —contestó Dee con una sonrisa—. Aunque, probablemente, hará unos diez años que no limpian la cafetera. Algunas solteras nos reunimos un viernes al mes para jugar al póquer. Si de verdad solo eres vecina del ayudante McCray, supongo que serás una de las nuestras y que mañana por la noche vendrás a mi casa. ¿Te apetece?

—Iría —contestó ella sinceramente—, pero no puedo dejar solo a Dillon.

—Puedo recomendarte media docena de canguros.

Ella no lo dudaba porque Dee parecía conocer a todo el pueblo.

—Aun así, no me gustaría dejarlo. Él... él todavía está asentándose.

Dillon era la única persona a la que no eludía Sloan. Incluso, lo había ayudado a hacer otro muñeco de nieve para que hiciera compañía al primero. Sin embargo, en cuanto ella salió para acompañarlos, Sloan se buscó una excusa para marcharse.

—Entonces, ¿qué te parece que nos reunamos en tu casa? —propuso Dee después de pensarlo un poco—. ¿Te parece que soy un poco insistente?

Lo era, pero ella tuvo que reírse. El buen humor de Dee tenía esa virtud. Además, era posible que una noche de chicas, aunque fuese en su casa, la distrajera y dejara de pensar en Sloan.

—¿A qué hora?

—A las siete. ¿Tienes una buena mesa o llevamos algunas mesas de cartas y sillas plegables?

—Sillas... pero ¿qué más...?

—Nada más —Dee se apartó de la mesa—. Todo lo demás lo llevaremos nosotras—se quitó un rizo de la cara y salió precipitadamente al pasillo—. ¡Hola, director Gage!

Abby tuvo que morderse el labio inferior para no reírse. Sin embargo, ¿era ella muy distinta a Dee? ¿No soñaba con un hombre que no parecía nada interesado en ella? Joe casi ni miró a Dee y entró en la enfermería. Su expresión seria le quitó todas las ganas que pudiera tener de reírse.

—Señorita Marcum, ¿le importaría venir a mi despacho?

La desazón le atenazó la garganta. Asintió con la cabeza, se levantó y lo siguió. Vio que Dee que la miraba con las cejas arqueadas y se encogió de hombros con cierta impotencia. Dee le dijo con los labios que la llamara y ella asintió con la cabeza antes de entrar en el despacho. Viola Timms, la secretaria de Joe, estaba sentada detrás de su mesa. Parecía malhumorada, pero como lo parecía siempre, no le dio ninguna pista. Pasó a su lado con la sensación de haber hecho algo mal y no saber qué y entró al despacho.

Entonces, se paró en seco. Dillon estaba sentado delante de la mesa de Joe. Estaba inclinado encima y parecía muy pequeño.

—Dillon...

Se acercó a él y se quedó boquiabierta cuando él se dio la vuelta para mirarla. Tenía un ojo morado y la nariz hinchada. Se agachó a su lado y le levantó la barbilla.

—¿Quién te lo ha hecho?

—Nadie —farfulló Dillon—. ¿Podemos irnos a casa?

—¡Dillon!

Joe cerró la puerta y se inclinó sobre la mesa.

—El señor Rasmussen lo encontró en el cuarto de baño de los chicos —le contó a Abby—. Dillon, puedes decírselo tú o se lo digo yo —añadió en un tono un poco más serio.

Más asustada que nunca, apretó la fría mano de Dillon. Rob Rasmussen era profesor de sexto.

—¿Qué pasó, cariño?

Dillon miró fugazmente al director y bajó la cabeza.

—Fue en una pelea —reconoció con un hilo de voz.

Ella intentó asimilarlo. Nunca había hecho algo así. En Braden había sido tan introvertido que había llegado a preocuparle, pero en Weaver había empezado a abrirse, sobre todo, con Sloan.

—¿Con quién te peleaste?

Él apretó los labios y ella miró a Joe.

—Con Calvin Pierce.

—Cariño, si está metiéndose contigo, ¡tienes que decírmelo!

—Dillon —intervino el director—, siéntate con la señora Timms mientras hablo con tu hermana.

Dillon salió arrastrando la mochila sin mirarla y Joe cerró la puerta.

—No sé qué decir —Abby estaba desconcertada—. A Dillon no le gusta estar sentado en la misma mesa que Calvin, pero no sabía que se llevaran tan mal.

—Calvin es un problema, no voy a negarlo, pero no sé si esta vez empezó él la pelea.

—¿Qué quieres decir?

—El señor Rasmussen vio que Dillon dio el primer puñetazo.

—No me lo creo. El no hace esas cosas.

—Calvin sí —reconoció Joe—, pero Rob no suele equivocarse. Dillon no ha querido decirme el motivo de la pelea.

—¿Y Calvin?

—Calvin dice que la empezó él, pero quiere mantener su reputación de tipo duro.

—¡Tiene siete años!

—En realidad, ocho. Además, viene de una familia que no le desearía ni a mi peor enemigo. Abby, no intento decir que Calvin sea un santo, se ha metido en situaciones así más de una vez y es posible que esta vez también, pero llevo mucho tiempo haciendo este trabajo y sé que ninguno de los dos niños está siendo sincero conmigo y creo que el profesor ha contado con exactitud lo que vio. Dillon y Calvin estaban peleándose y eso no está permitido. Voy a expulsarlos hasta el lunes.

Abby tragó saliva. No la habían expulsado en toda su vida y ya habían expulsado a Dillon cuando estaba en segundo.

—Solo es un día —añadió él en tono compasivo—. Sé que acabáis de llegar al pueblo y también sé que necesitarás el día libre para quedarte con él. No te preocupes por tu situación aquí, llamaré a alguien para que te sustituya mañana y lo que queda de hoy.

—Te lo agradezco —ella ni lo había pensado—. ¿Le has dicho a Dillon que está expulsado?

—Sí.

Ella cerró los ojos como si quisiera disculparse ante sus abuelos por lo mal que estaba haciéndolo. Respiró hondo y se levantó.

—Lo siento mucho.

Él la acompañó hasta la puerta y se la abrió.

—Son cosas que pasan, Abby. Habla con Dillon y descubre el motivo. Vamos a intentar que no pase otra vez.

Él lo dijo en un tono más estimulante que crítico y ella comprendió mejor por qué le gustaba tanto a Dee. Fue a la enfermería seguida por Dillon, recogió sus cosas y salieron para volver a su casa dando un paseo. Todo estaba muy tranquilo y empezó a nevar.

—El director Gage me ha dicho que tú empezaste la pelea. ¿Vas a decirme por qué?

Dillon siguió en silencio y ella intentó plantearlo de otra manera.

—¿Se ríe Calvin de ti porque vas a participar en el concurso de dibujo?

Dillon llevaba una semana dibujando placas y las tenía clavadas por la pared de su dormitorio. Dillon se limitó a negar con la cabeza.

—Cariño, me gustaría que me dijeras qué ha pasado. Voy a tener que castigarte de alguna manera y, si supiera el motivo, quizá me sirviera de algo.

Él la miró como si quisiera discutir, pero no dijo nada.

—En fin... Tendré que negarte el permiso para la excursión de la semana que viene.

Las clases de segundo y tercero iban a visitar C-Vid y Dillon no había hablado de otra cosa.

—¡No! ¡Allí es donde hacen *Sombreros blancos 3!*

—Lo sé. Dime por qué os peleasteis.

Él apretó los dientes, se puso la capucha del chaquetón y siguió andando. Ella se quitó un copo de nieve de la cara y también siguió andando. Estaba tan preocupada y concentrada en Dillon que no oyó el ruido del motor hasta que su hermano se paró. Sloan aparcó al lado de ellos y bajó la ventanilla del asiento del acompañante.

—¿Vais a casa? ¿Queréis que os lleve?

Era inútil negarlo, aunque estuvo tentada. Él tenía un aspecto fantástico y ella se sentía muy desdichada. Abrió la puerta sin decir nada e hizo un gesto a Dillon para que se montara. Se sentó en el asiento del acompañante y ella se montó detrás de la reja que dividía el coche en dos. Se estremeció un poco. Dillon estaba montado en un coche patrulla sin haber participado en el concurso, pero ella se sentía como si fuese una delincuente.

Quizá su delito fuese haber separado a su hermano de todo lo que conocía en Braden.

—¿Vas a casa porque te pasa algo? —preguntó Sloan a Dillon—. Tienes la cara hinchada.

—No...

—Tiene la cara hinchada porque le han pegado. Estaba peleándose y lo han expulsado. Por eso vamos a casa.

Sloan la miró por encima del hombro. Pareció tan inquieto como se sentía ella. Ella miró por la ventanilla. Al menos, parecía apreciar sinceramente a Dillon, aunque no lo conocía muy bien.

—¿Por qué te peleaste, amigo?

—Porque Calvin Pierce me llamó mentiroso —contestó él como si hubiese estado esperando a que se lo preguntaran.

—¿Qué? —ella se agarró a la rejilla— ¿Ahora lo dices?

Sloan la miró por el retrovisor y ella apretó los labios.

—¿Por qué decía que mentías? —le preguntó Sloan con tranquilidad.

Seguramente, para él sería fácil estar tranquilo. Dillon era un niño de siete años que solía ser tímido y él estaba acostumbrado a tratar con una banda de

motoristas asesinos.

—Le dije que me había puesto una placa de ayudante de sheriff y él me dijo que era un mentiroso pequeño.

—Dillon... —Abby suspiró—. Da igual lo que digan los demás. No puedes pelearte por eso.

—Dijo que era un mentiroso —repitió Dillon levantando la voz—. Nunca he sido un mentiroso. ¡Eso es lo que hacen los sombreros negros!

—Tranquilo, amigo —intervino Sloan.

Dobló una esquina y un minuto después estaba aparcando en la entrada de su casa.

—Vamos adentro y cuéntenoslo.

Apagó el motor y Dillon y él se bajaron, pero ella no pudo abrir la puerta y tuvo que esperar a que se la abriera Sloan.

—Las puertas traseras no pueden abrirse desde dentro —le explicó él innecesariamente.

—Gracias por traernos, pero yo me ocuparé —Abby agarró de la mano a Dillon y se dirigió hacia su casa—. Tú y yo vamos a tener una charla —le advirtió cuando llegaron al porche.

—¡Abby, espera!

Ella abrió la puerta, metió a Dillon en la casa y se dio la vuelta. Él los había seguido, tenía copos de nieve en el pelo y estaba tan guapo que mirarlo era casi doloroso.

—No es asunto tuyo.

—Lo es si todo empezó porque le dejé ponerse mi placa —replicó él con una tristeza que pareció sincera.

—Da igual que Dillon se pusiera tu placa o no. Ya es mayor para saber lo que está bien y lo que está mal. Sabe que pelearse está mal.

—No siempre.

Ella resopló, cerró la puerta de la casa y se acercó a la barandilla del porche.

—Es posible que algunas veces haya que pelearse, pero por motivos mucho más graves que ese. He dicho que me ocuparé y lo haré aunque tenga que ir a ver a los padres de Calvin.

—No te acerques a los padres de Calvin.

Abby sintió una punzada de rabia. Nunca le había gustado que le dijeran lo que podía hacer. Tuvo la misma reacción cuando alguien le dijo que era demasiado joven para criar a Dillon, pero su abuelo creyó que podía hacerlo y eso fue lo único que importó.

—No estoy infringiendo ninguna ley, ayudante del sheriff. Puedo tener una conversación civilizada sobre Dillon y su hijo. ¡Son niños pequeños!

—Abby —él le tomó las manos y se las apretó—. Bobby Pierce no tiene nada de civilizado. Conozco muy bien a esa familia y te pido, por tu bien, que no te acerques a ellos.

Si no le hubiese apretado las manos de esa manera tan cariñosa, habría aceptado las palabras solo como un consejo. Sin embargo, se las había

apretado y se inclinó hasta que tuvo la cara a unos treinta centímetros de la de él. Lo miró a los ojos y deseó saber lo que tenía en la cabeza, deseó saber si su atracción hacia él era tan fuerte que se había imaginado que él podía sentir lo mismo por ella.

—No sé qué hacer contigo —comentó ella con la voz ronca—. ¿Quién ha hablado, Sloan? ¿El ayudante del sheriff u otra persona?

—Solo yo —contestó él—. No quiero que os pase nada ni a Dillon ni a ti.

Fue una respuesta, pero muy frustrante porque seguía sin saber absolutamente nada.

—Por el motivo que sea, Dillon se ha encariñado contigo y te cuenta cosas que no me cuenta a mí. Aunque me alegro, yo no quiero que le hagan daño. Ni Calvin Pierce ni... ni tú.

Sloan le había dicho que sería ayudante del sheriff durante unos meses y no había dicho qué haría después. No era tan ingenua como para creer que estaría cerca de Dillon para siempre.

—Eres muy lista, Abby. Dillon tiene suerte de tenerte —replicó él con una mirada más hermética.

Se dio la vuelta, volvió al coche patrulla y se marchó.

Capítulo 7

—Recuérdame que, cuando volvamos a jugar, no apueste contra ti.

Dee se lo dijo a la noche siguiente mientras metían en el maletero de su coche las sillas plegables que había llevado a casa de Abby. Habían sido ocho y, aunque la partida había estado muy reñida, habían cotilleado, comido pizza y bebido margaritas en abundancia.

—Eres una loba con piel de cordero. ¿Quién te enseñó a jugar al póquer?

Abby metió la última silla en el maletero y se apartó para que Dee cerrara la puerta.

—Mi abuelo. También me enseñó a disparar y a no escupir contra el viento.

—Pues lo hizo muy bien —comentó Dee con su sonrisa maliciosa de siempre—. No puedo permitirme perder de esta manera. No gano lo suficiente como profesora —desvió la mirada hacia la casa de Sloan—. Esperaba ver al ayudante macizo.

Abby no tenía que mirar para saber que no estaba. El coche patrulla no había vuelto desde que los llevó a casa desde el colegio.

—Y yo que creía que te habías ido la última para ayudarme a recoger... Pero ¿por qué te interesa tanto el ayudante del sheriff McCray si quien te gusta de verdad es el director Gage?

—¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó Dee mirándola fijamente.

—No me lo ha dicho nadie. Tengo ojos en la cara.

—Ojalá Joe Gage también tuviera ojos en la cara.

—Invítalo a salir —Abby sabía que no estaba casado ni tenía novia—. Ábrele los ojos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Es el jefe y las normas impiden que salga con una empleada.

—Algunas normas están hechas para romperlas.

En ese momento, se acordó de que Sloan le había dicho que pelearse no era malo algunas veces y miró hacia su casa, aunque se había prometido no hacerlo.

—El consejo escolar también tiene algunas reglas muy estrictas y necesito mi empleo. Por eso... —Dee no terminó la frase y se encogió de hombros—. No podré conseguir su cuerpo, pero sí puedo darme el placer de mirarle el trasero cuando pasa por el pasillo. No es gran cosa, pero...

—¡Eres tremenda! —exclamó Abby entre risas.

—Sí. Cualquiera en el pueblo te lo confirmará —Dee le dio un abrazo y abrió la puerta del coche—. Lo siento si hicimos mucho ruido después de que Dillon se acostara.

—No pasa nada.

Había ido a ver a su hermano un par de veces y se había quedado dormido leyendo un libro. Esperó que no tuviera una pesadilla. La noche anterior se había despertado dos veces.

—Me he divertido mucho —añadió Abby—. Gracias otra vez por invitaros a mi casa.

—Cuando quieras.

Dee se rio, se montó en el coche y se marchó. Ella se frotó los brazos con las manos. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas. Solo había dos casas con luz dentro; la suya y la de su otro vecino, el señor Gilcrest. Había conocido al anciano la semana anterior, cuando le llevó un plato de galletas de chocolate. Fue un gesto de buena vecindad, como lo fue llevárselas a Sloan, exactamente igual. Aparentemente, era verdad, pero, en el fondo, sabía que era una sandez.

Suspiró, se dio la vuelta y volvió a su casa. La bufanda del muñeco de nieve estaba empapada y las galletas de los ojos y la zanahoria habían desaparecido hacía algunos días. Se paró delante de él y de su compañero más pequeño, quien no tenía ni bufanda ni cara porque ella interrumpió a Dillon y a Sloan cuando estaban haciéndolo.

—Os invitaría a que entrarais a tomar chocolate caliente, pero creo que no os sentaría bien.

—Dicen que el primer síntoma es cuando empiezas a hablar con muñecos de nieve.

Ella se llevó un susto de muerte y dio un grito mientras se daba la vuelta para mirar a Sloan.

—¿Tienes que hacer eso?

—¿Qué?

—¡Acercarte sigilosamente y darme estos sustos!

Él se acercó más y ella comprobó que iba vestido con ropa deportiva. Parecía más un jugador de fútbol americano que un ayudante del sheriff fuera de servicio.

—Lo siento.

—No lo sientes. Eres como esos niños pequeños que disfrutan asustando a las niñas para que den un salto. ¿Siempre sales a correr en plena noche? ¿Dónde está tu todoterreno?

—Algunas veces. El coche está en la comisaría —se acercó un poco más—. No siempre lo traigo a casa y estoy fuera de servicio hasta el lunes. También tengo mi medio de transporte.

Llevaba allí casi dos semanas y solo le había visto conducir el coche patrulla.

—¿Dónde lo escondes? ¿En el desván?

Él sonrió y los dientes le resplandecieron un instante. Aunque quizá estuviese haciéndose ilusiones. Ella le había dicho que se marchara y él se había marchado, de modo que no tenía sentido hacerse ilusiones con él.

—En mi garaje.

—¿Te refieres a esa covacha que hay detrás de tu casa?

Si era así, su coche sería más pequeño todavía que el de ella y le costaba imaginárselo.

—Es casi medianoche y las niñas no deberían estar en la calle tan tarde.

Ella había sido la primera en emplear esa palabra, pero, cuando la llamaba «niña», le recordaba lo joven que la consideraba.

—A lo mejor he salido con alguien —replicó ella en tono desenfadado.

—¿Un trío con el muñeco de nieve y su amigo? —él se acercó más todavía —. Creo que... no has salido con nadie.

—No lo sabes todo —contestó ella con la barbilla levantada.

—Sé que no dejarías solo a Dillon.

La había cazado y tuvo que bajar la barbilla.

—Han venido algunos amigos.

—Amigas.

—Amigos —insistió ella resoplando.

No podía lidiar con él y ni siquiera sabía qué estaban haciendo hablando a esas horas de la noche en su jardín.

—Amigas —repitió él.

Ella apretó los labios, sintió un escalofrío y se cruzó de brazos. Era enero, hacía mucho frío y había salido sin ponerse el chaquetón. Entonces, ¿por qué sentía tanto calor por dentro?

—¿Por qué te importa tanto que fuesen chicas? —preguntó él acercándose hasta que estuvo al alcance de la mano.

Su arrebató de valentía desapareció y el corazón se le aceleró como si hubiese sido ella quien había estado corriendo.

—No debería importarme, pero me importa.

—No me gusta imaginarte con otro hombre.

Ella se clavó las uñas en los brazos y comprobó que no estaba soñando.

—Era Dee Crowder, una profesora del colegio, y algunas amigas tuyas —reconoció Abby en voz baja—. Hemos... hemos jugado al póquer. He ganado.

—Esa es mi chica —dijo él sonriendo otra vez.

—No soy tu chica.

—Medio pueblo no para de decirme que sí lo eres.

Ella tragó saliva y se humedeció los labios. El calor que sentía por dentro empezó a subirle por el cuello y le pareció que el cuello alto del jersey estaba estrangulándola.

—No soy tu chica —repitió ella en un susurro.

Él dio otro paso. Solo podía quedarse donde estaba o toparse con los muñecos de nieve. Él no la tocó, pero pudo notar el calor que irradiaba cuando bajó la cabeza y su boca le rozó la oreja.

—Si lo fueras, no estaríamos aquí congelándonos —le tomó la barbilla con la mano enguantada y a ella le flaquearon las rodillas—. Estarías en mi cama... —añadió él pasándole los labios por el lóbulo de la oreja.

Ella dejó escapar un sonido de queja porque sabía que tenía que protestar, aunque sospechaba que tenía razón.

—Sloan...

Giró la cabeza hasta que sus bocas se encontraron. Entonces, dio igual que hubiera estado eludiéndola durante días, que estuviesen en su jardín a esas horas de la noche y la chica de quién era o dejaba de ser. Solo importaba el sabor de su boca, su lengua, la calidez de su pecho cuando la estrechó contra sí. Cuando apartó la cabeza, ella volvió a quejarse.

—No pares —lo besó en el mentón e intentó alcanzar sus labios otra vez—. Sloan...

Él la agarró de la cabeza y se la estrechó contra el pecho.

—Tenemos que parar o no podré detenerme.

—¿Tan malo sería?

—Estoy seguro de que no sería malo —le dio un beso en la cabeza y se puso serio—. Haces bien en querer proteger a Dillon y deberías protegerte a ti misma. No necesitas a un hombre como yo en tu vida.

Ella oyó los latidos acelerados de su corazón.

—¿Por qué?

—Hay demasiados motivos —él le acarició la espalda—. No soy bueno, Abby.

—Eres un héroe.

Él se quedó inmóvil.

—Reconocí tu nombre la primera vez que me lo dijiste —admitió ella en voz baja—. Braden no está aislado del resto del mundo. Sé lo que hiciste. Sé que acabaste con la banda de los Deuces y con ese Johnny... no sé qué.

—Diablo —él dejó escapar un profundo suspiro—. No salió todo en los periódicos. Yo hice lo que tenía que hacer, pero el precio tuvieron que pagarlo todos los que me rodeaban. Te lo aseguro, cariño, eso no es lo que hacen los héroes. Hice daño a demasiada gente y no quiero que tú seas una más. Si fuese un hombre mejor, no te habría tocado.

Ya no sintió el frío que hacía fuera porque el frío le llegaba lentamente de dentro.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Él tardó un poco en contestar.

—La primera vez que te vi, creí que Dillon era tu hijo.

Ella dejó escapar una fugaz risa, aunque habría querido llorar. Sin embargo, no lloraría porque él también se sentiría responsable de eso.

—Habría sido complicado porque... —se dio cuenta de lo que estaba a punto de reconocer y no siguió—. No, no es mi hijo.

—Sin embargo, eres la única madre que tiene.

—Mi abuelo fue el único que realmente creyó que pudiera hacerlo.

—Yo también creo que puedes hacerlo.

Las lágrimas le escocieron en los ojos por mucho que intentara contenerlas. Podría amarlo si le dejara. Él la agarró de los hombros como si la sujetara y retrocedió un paso, se alejó un paso.

—Es tarde. Deberías volver adentro. Vete a la cama.

Donde se tumbaría sola y lo desearía... a un hombre que conocía tan poco.

—¿Y tú?

—Seguiré corriendo.

—¿Hasta que puedas dormir?

—Claro —contestó él después de dudarlo.

Ella captó esa duda.

—¿Tienes pesadillas? —él la miró y ladeó la cabeza un poco—. Dillon las tiene. Esa mañana que estabas allí no fue la primera, pero está teniendo menos. Cuando se despierta por alguna, viene corriendo hasta mí.

—Es un chico listo —Sloan señaló su casa con la barbilla—. Vuelve adentro, Abby.

Era lo más sensato. Hacía frío y era tarde. Él no quería llegar más lejos con ella y debería estar agradecida de que tuviera el dominio de sí mismo que no tenía ella.

Todas las personas a las que había amado también la habían abandonado. Su madre no la quiso. Su abuelo había muerto. Su abuela se había olvidado. Algún día, Dillon también crecería y se marcharía para vivir su vida.

—No vayas demasiado lejos corriendo.

Rodeó a los muñecos de nieve y se fue a su casa antes de que perdiera el poco juicio que tenía y que le pidiera que entrara con ella sin importarle las consecuencias.

Entró, cerró la puerta silenciosamente y se apoyó de espaldas en ella con los ojos cerrados. No oyó a Sloan que subía los escalones. No estaba al otro lado de la puerta dispuesto a llamar y decirle que había cambiado de opinión. Todo era silencio.

Se apartó de la puerta, apagó las luces y se acercó a la ventana. Sloan estaba en medio de la calle. Era alto y tenía unas espaldas muy anchas, pero solo era una sombra a la luz de la luna. Nunca se había preguntado cómo era la soledad, pero en ese momento supo que era como él. Aunque sabía que no podía verla, fue como si la hubiese visto porque se dio media vuelta y desapareció en la noche.

Ella se secó las mejillas y se acostó.

La luz iluminaba la cama cuando Sloan se despertó a la mañana siguiente. Se puso de espaldas y se tapó los ojos con un brazo. Como no se había acostado hasta bastante después de que hubiese salido el sol, la luz no le decía gran cosa sobre la hora que era.

La televisión seguía puesta y podía oír la repetición de las noticias. También podía oír risas que llegaban desde la calle. Se levantó y fue desnudo hasta la ventana. No le preocupaba que pudieran verlo porque estaba en el segundo piso y la ventana estaba demasiado alta.

Dillon corría de un lado a otro con el perro más callejero que había visto en su vida. ¿De dónde lo habría sacado? También estaba Abby con su chaquetón rojo y eso le indicó que no había motivo para que se preocupara.

Ver sus sonrisas hizo que mereciera la pena mirarlos. Los miró hasta que

sonó el teléfono y fue a contestarlo. Tenía dos días libres, pero podían llamarlo si lo necesitaban y descolgó el teléfono del cuarto.

—McCray.

—Clay —respondió su hermana entre risas—. Bonita manera de contestar el teléfono, Bean.

Se frotó las ásperas mejillas, sujetó el teléfono contra el hombro y se puso los vaqueros.

—¿Pasa algo?

—¡Nada! —ella suspiró sonoramente—. Enseguida piensas lo peor. Te llamo para decirte que la cena del domingo será aquí mañana. Vamos a cenar pizzas de Pizolli. Por favor, plantéate venir.

Cena del domingo en casa de los Clay significaba que la familia se reunía una vez a la semana como si fuese fiesta o algo así. Durante los meses que llevaba en Weaver, había conseguido librarse de casi todas.

—Sé que no estás de servicio porque Sarah se lo ha preguntado a Max —siguió ella.

—Es un fastidio que seas prima política de la mujer de mi jefe —replicó él haciendo una mueca.

—Ven con tu amiga Abby y su hermano —añadió ella como si él no hubiese dicho nada.

—Solo somos vecinos —mintió él sin reparos.

A su hermana también le dio igual porque no le hizo caso.

—Mallory está de servicio en el hospital, pero Ryan pasó esta mañana por la tienda para comprarle un vestido a Chloe y dijo que irían. Sé que Chloe y Dillon están en la misma clase. Ella podrá jugar con alguien si traes a Abby y a su hermano.

Que Dios se apiadara de él. Su hermana había entrado en una familia con demasiados integrantes. Ryan era otro primo de Axel.

—Además, si no me convences, conseguirás que me sienta culpable por la hija de Ryan.

—El procedimiento es lo de menos —reconoció ella con desparpajo—. Solo vamos a comer pizza. Te espero.

Su hermana colgó como si fuese un trato hecho y él también tuvo que colgar sacudiendo la cabeza. El matrimonio y la maternidad habían convertido a Tara en una mandona.

Fue al cuarto de baño, se miró al espejo y vio lo que veía siempre. Las mismas canas que tenía su padre a su edad. Las arrugas alrededor de los ojos enrojecidos por el insomnio, las arrugas que le salieron por haber pasado tanto tiempo con Johnny Diablo y los Deuces. El tatuaje que se hizo el primer año que estuvo con ellos. La cicatriz del bíceps por el tiro que le pegó el demente hermano de María.

Miró hacia otro lado, como hacía siempre. Oyó las risas otra vez, fue al dormitorio, miró entre las contraventanas y vio una mancha roja que corría por la nieve. Volvió al cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Al menos, el sonido del agua sofocaba los sonidos que llegaban de la calle. Sin

embargo, no sofocó el recuerdo de haberla besado ni impidió que se imaginara mucho más, aunque el agua estuviese tan fría como si fuesen cubitos de hielo. La frustración sexual se solucionaba fácilmente. Solo tenía que encontrar a una mujer que quisiera tener relaciones sexuales y nada más. Ya lo había hecho antes, pero no lo haría con Abby.

Como si fuese un perro rabioso, se abrigó, agarró el casco que guardaba en el armario del recibidor y salió dando un portazo por la puerta de atrás.

Dios se apiadó un poco de él porque lo único que vio de Abby detrás de su casa fueron sus huellas en la nieve. Sacó la moto de la covacha que tenía como garaje, se montó y la puso en marcha de una patada. Aunque solo la había montado un par de veces al mes, el rugido del motor hizo que sintiera un placer casi culpable.

Salió por el callejón que había detrás de las casas, tomó la calle y se alejó.

Capítulo 8

Abby vio la enorme moto negra que desaparecía por una esquina mientras ella intentaba enganchar la correa al collar de Rex. Comprendió que era el medio de transporte de Sloan. Esa moto de aspecto aterrador encajaba con el hombre vestido de negro que corría por la noche en pleno invierno.

—¿Era Sloan? No sabía que tuviese una moto.

Ella no había podido imaginarse que Dillon pudiera admirar todavía más a su vecino.

—Yo tampoco.

Se concentró en la correa. El perro, muy nervioso, no colaboraba y se abalanzó sobre Dillon otra vez. Su hermano perdió el equilibrio, cayó sentado en la nieve con el perro y empezó a reírse mientras daba vueltas por el suelo con el animal.

Una organización de protección de animales había montado una carpa fuera de Shop-World y ella, impulsivamente, decidió llevarse el perro. No pudo evitarlo. A Dillon le entusiasmó ese chuchito de pelo hirsuto y de tantos colores que no podían ni contarse. Se enamoró de Rex al instante. Ella también, aunque quizá fuese porque tenía que querer a alguien distinto. Por eso, aunque estaba intentando que Dillon comprendiera que no podía pelearse en el colegio, volvieron a la tienda y compró comida para perros, una correa y una cama para perros con la esperanza de que Rex no se acostumbrara a la cama de Dillon.

Por fin agarró al perro y consiguió engancharle la correa. Él consiguió enredarse con sus piernas y estuvo a punto de tirarla al suelo. Pudo desenredarse y le dio la correa a Dillon. La cara se le había deshinchado, pero todavía tenía un moratón en un lado del ojo.

—A ver qué tal pasea hasta el parque.

Llegaron al parque, aunque no estaba segura de si Dillon paseaba a Rex o era al revés. Luego, sujetó la correa mientras Dillon se montaba un rato en los columpios. Se sentó en un banco y disfrutó de la calidez del sol. Debería haber sido un día perfecto, y lo habría sido si no sintiese esa ansiedad por dentro.

—Es difícil broncearse cuando vamos tapadas con chaquetones y bufandas, ¿verdad?

Abby sonrió al reconocer a la mujer que se sentó a su lado.

—¡Hayley! ¿Qué haces aquí?

—Intento hacer un poco de ejercicio —contestó Hayley Templeton en tono abatido—. Una amiga va a encontrarse conmigo aquí —estiró las piernas y movió las zapatillas de deporte—. He oído decir que te has mudado a

Weaver. ¿Qué tal?

Ella supo que se lo habría contado Delia, su charlatana compañera de instituto, que era prima de Hayley.

—Todo es nuevo —miró a Dillon, quien estaba saltando del columpio—. Estamos asentándonos. Hace tiempo que no hablo con Delia. No sabía que estabas aquí, en Weaver.

Hayley se levantó tan deprisa como se había sentado, apoyó un pie en el banco y empezó a hacer estiramientos.

—Hace poco más de un año acepté el puesto de un psicólogo que iba a jubilarse. Sobre todo, intento ayudar a familias. Lo sentí mucho cuando me enteré de lo de tu abuelo. Era un buen profesor. No habría aprobado las matemáticas de no ser por él. Ahora, tú también estás trabajando en un colegio, aunque sea de enfermera..

—Sí —confirmó ella con cierta tristeza.

—¿Y tu abuela? ¿Qué tal está?

—Está ingresada en Braden Bridge.

La psicóloga se puso recta con una mirada afable.

—El Alzheimer es una enfermedad despiadada. ¿Qué tal estás tú? —miró a Dillon—. ¿Y tu hermano? ¿Está bien?

—Nos apañamos.

Aparte de que estuviera peligrosamente cerca de enamorarse de su vecino y de la pelea de Dillon, todo iba como la seda.

—Bueno, si alguna vez quieres que hablemos, dímelo.

Hayley saludó con la mano a otra corredora que acababa de entrar en el parque y se inclinó para darle unas palmadas en la cabeza a Rex.

—Eres muy mono.

Abby se rio. El perro era espantoso, tenía una cabeza que no encajaba con el cuerpo y un cuerpo que no encajaba con las patas.

—Lo adoptamos esta mañana.

—¿Conoces a Sam Dawson? —le preguntó Hayley cuando llegó la otra corredora.

Abby le estrechó la mano y la reconoció de la asamblea del colegio.

—Trabajas con el sheriff.

—Efectivamente —reconoció Sam con una sonrisa mientras corría en el sitio—. Ya estás pensando en escaquearte para comerte un bollo de canela en el café de Ruby, ¿verdad? —le preguntó a Hayley con los ojos entrecerrados.

—Es posible —Hayley sonrió a Abby—. El inconveniente de ir a correr con Sam es que nunca se escaquea.

—Perdería el empleo inmediatamente —replicó Sam con ironía—. Encantada de conocerte, Abby —añadió antes de alejarse por el sendero.

—El ejercicio es una cruz —reconoció Hayley, aunque siguió a su amiga.

Dillon saltó del columpio otra vez y fue a agacharse al lado de Rex.

—¿Podemos ir al café de Ruby a tomar un bollo de canela?

Ella debería haber sabido que las había oído, pero, como era la hora de almorzar y no le apetecía un sándwich de mantequilla de cacahuete y

mermelada en casa, aceptó.

—Aunque también tienes que almorzar algo de verdad.

—¿Podemos llevar a Rex?

—Lo ataremos en la puerta —Abby se levantó y le dio la correa a Dillon otra vez—. Rex tiene que obedecerte, no al revés.

Como si nada. Rex arrastró a Dillon, y a ella cuando tomó la correa. Ató la correa a la farola que había delante de la puerta del café y entraron. Todas las mesas estaban llenas, pero pudieron sentarse en unos taburetes de la barra. A Dillon le encantaba ver todo lo que pasaba detrás de la barra. Tardó una eternidad en leer todas las recomendaciones de la pizarra y en decidirse por un sándwich de queso fundido. Luego, se dio la vuelta en el taburete para mirar a la gente que tenían detrás y balanceó distraídamente una pierna.

—Si el ayudante del sheriff McCray no es tu novio, ¿por qué lo besaste anoche?

Le pareció que todo el mundo se había quedado en silencio, como si hubiesen oído a Dillon. Se puso roja como un tomate y miró con el ceño fruncido a su hermano, aunque no tenía la culpa de que hubiese visto lo que había hecho ella la noche anterior.

—Date la vuelta y come.

Él miró por encima del hombro hacia la barra.

—No tengo comida.

—Entonces, date la vuelta y bébete el vaso de leche.

—¿Por qué te has enfadado? —preguntó él con un suspiro.

—No me he enfadado.

—Entonces, ¿por qué frunces el ceño?

Ella contuvo un gruñido y dejó de fruncir el ceño.

—No tengo el ceño fruncido. Además, ¿qué hacías levantado a esas horas de la noche? ¿Tuviste una pesadilla?

—No. Tenía sed.

—Cómo son los niños —dijo una voz al lado de ella.

Abby miró a la morena menuda que estaba pagando la cuenta a su lado.

—Dicen las cosas más inconvenientes, ¿verdad? —la mujer le tendió la mano—. Soy Tara Clay. Tú eres Abby.

Abby consiguió esbozar una media sonrisa y le estrechó la mano.

—Sí, Abby Marcum. Encantada de conocerte.

Tara tenía unos ojos oscuros como el chocolate y los entrecerró un poco cuando sonrió más.

—Soy la hermana de Sloan —le aclaró elocuentemente.

—¡Ah! —Abby notó que se le encogía el estómago—. Supongo... que has oído a mi hermano.

—Todo el mundo ha oído a tu hermano —Tara se rio levemente—. Pero no te preocupes. En este pueblo todos han hablado de todos y hemos sobrevivido —miró a Dillon por un costado de Abby—. Tu perro saluda muy amablemente a todo el mundo que entra. ¿Cómo se llama?

Dillon miró con timidez a la hermana de Sloan.

—Rex —susurró.

—Un nombre muy bonito —Tara se guardó el cambio en el monedero mientras la camarera dejaba la comida de Abby y Dillon en la barra—. Antes le dije a Sloan que podía traerlos a los dos a la cena de mañana —comentó ella después de que la camarera se marchara.

—Pero...

—Vamos a cenar pizza. Nada elegante. De Pizolli. Es nuevo, pero es bueno.

—Pizolli es bueno, pero...

—Decidido —Tara sonrió de oreja a oreja—. Me quedaría un rato, pero tengo que volver a la tienda.

Dicho lo cual, salió apresuradamente por la puerta.

—La hermana de Sloan parece Blancanieves —comentó Dillon.

—Supongo...

Dillon no sabía lo bochornosa que había sido su pregunta, pero tampoco quería que la repitiera. Le metió prisa para que terminara de comer y pidió que le envolvieran el bollo de canela para llevárselo. Cuando fue a protestar, ella le recordó que el pobre Rex estaba esperándolos y que hacía frío.

No necesitó más y salió corriendo casi sin esperar a que ella pagara. Sin embargo, se paró en seco cuando vio a una mujer y un niño que se dirigían hacia ellos por la misma acera.

Ella reconoció a Calvin y supuso que la mujer delgada y tensa era su madre. No tenía sentido fingir que no se habían visto. Puso una mano en el hombro de Dillon y notó que estaba tenso. Rex se puso a agitar el rabo y a dar vueltas alrededor de la farola.

—Desata a Rex —le propuso ella en voz baja.

Calvin, con un ojo tan morado como el de Dillon, miró con furia a su hermano y la madre de Calvin parecía querer estar en cualquier sitio menos donde estaba. Su abuela siempre le había aconsejado que afrontara directamente las situaciones incómodas. Tendió la mano enguantada y se dirigió hacia la madre de Calvin.

—Señora Pierce —la saludó con calma—. Soy la hermana de Dillon. Encantada de conocerla.

La otra mujer se quedó algo desconcertada, algo temerosa, como si no supiera qué hacer con la mano tendida, pero acabó estrechándola muy fugazmente.

—Igualmente —dijo en voz muy baja.

—Siento lo que pasó entre los chicos —siguió Abby—. Solo quiero asegurarle que no volverá a pasar —miró a su hermano—. ¿Verdad, Dillon?

Él estaba agachado y abrazando a Rex como si fuese su único amigo en el mundo, pero miró a Calvin con rabia.

—Pasará si vuelve a llamarme mentiroso.

—¡Dillon!

Él no la miró y apoyó la cabeza en Rex. Su abuela no le había aconsejado nada para situaciones así y deseó haber seguido el consejo de Sloan de no

acercarse a la familia Pierce.

—Lo siento —se disculpó con la madre de Calvin—. No sé qué le...

—Tienes el perro más feo del mundo —la interrumpió Calvin en tono despectivo.

—Cierra la boca —su madre lo zarandeó—. No le haga caso. Siempre ha querido tener un perro.

—Si tuviera uno, no sería tan apestoso como ese.

—Rex no es apestoso.

Dillon se levantó y Rex, que seguía atado a la farola, enseñó los dientes con un gruñido.

—Tranquilo, Rex —Abby se interpuso entre el perro y los Pierce—. Una organización protectora de animales se ha instalado hoy fuera de Shop-World. Tienen todo tipo de perros. Solo tuvimos que pagar la tarifa del permiso para tener perros. Menos mal, porque no podía pagar más —añadió con desenfado para que la señora Pierce no se ofendiera.

—Al padre de Calvin no le gustan mucho los perros.

Ella se sintió como si estuviera hundiéndose cada vez más. Aunque había intentado hacer de barrera entre Rex y Calvin, el niño conseguía tirarle nieve con el pie.

—Bueno —Abby sonrió con amabilidad—, no quería entretenerles con el frío que hace.

El chaquetón de la madre de Calvin parecía raído y el de Calvin demasiado pequeño.

—Solo quería decirle que lo siento mucho.

Se inclinó para desatar al perro y lo sujetó con fuerza cuando volvió a gruñir. Aunque no pudo reprochárselo cuando Calvin estaba provocándolo. También agarró a Dillon de la mano.

—Espero que disfruten lo que queda de fin de semana.

Se despidió de la señora Pierce y se alejó con el niño y el perro.

—¿Por qué le has dicho a Calvin que volverías a pelearte con él?

Dillon no contestó porque estaba fijándose en otra cosa, en otra persona, comprendió cuando Sloan apareció delante de ellos.

—¿Por qué estabas hablando con Lorraine Pierce? —le preguntó él.

Ella se sintió desquiciada. Primero, su hermana en el café de Ruby. Luego, los Pierce y en ese momento, él...

—¿Qué haces aquí?

Él miró al edificio que tenía al lado y ella se dio cuenta de que era la comisaría.

—Te esperaba escondido —contestó él.

—Nos encontramos con Calvin y su madre a la salida del café. No iba a ser grosera y no saludarla. También nos encontramos con tu hermana en el café.

—¿Tara? —preguntó él con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes otra hermana? —preguntó ella con ironía—. Sí, Tara. Es muy simpática.

—Sí, lo es.

Había pensado avisarle sobre lo que había dicho Dillon en el café, pero afrontar esa incómoda situación era mucho más complicado que afrontar a Calvin y su madre.

—Debe de ser del comité de bienvenida de Weaver porque nos ha invitado mañana a cenar.

Él no reaccionó, pero ella notó su inquietud.

—No podemos —siguió ella. También tenía orgullo—. Vamos a Braden a visitar a mi abuela.

—¿De verdad? —preguntó Dillon.

Ella le apretó la mano para que captara el mensaje.

—Aunque tu hermana no me dio ocasión de que se lo dijera.

—Típico de Tara.

Intentó encontrar algún tema de conversación más seguro, pero no hizo falta porque Sloan miró a Dillon y se agachó para acariciar a Rex. Mientras su hermano le contaba cómo habían adoptado al perro, ella lo observó disimuladamente.

Sabía que tenía un pelo tupido y sedoso, sabía que la sombra de las mejillas era sexy y áspera al tacto... Lo que no sabía era qué lo estimulaba, en qué creía y qué le importaba, qué hacía que estuviera inquieto. Aunque sí sabía que lo mejor era no mezclarse mucho con él, no podía evitar que quisiera entenderlo. Un deseo que se parecía peligrosamente a una necesidad.

Algo que no la llevaría a ninguna parte. Sería ingenua e inexperta, pero no era tonta. No quería que le hiciera daño, aunque nunca olvidaría lo que sintió entre sus brazos.

—Pero podríais ir después de que hayáis visitado a vuestra abuela —dijo él de repente.

Todos sus pensamientos tan sensatos se pararon en seco y lo miró fijamente.

—Mañana por la tarde —añadió él como si tuviera que aclarárselo—. A no ser que vayáis a pasar todo el día en Braden. Habrá más niños para que Dillon juegue con ellos.

Dillon la tiró del brazo.

—¿Podemos ir? Quiero jugar.

Ella dejó escapar una risa de impotencia. Cuando creía que ya tenía un rumbo fijado en lo referente a Sloan, llegaba él y se lo alteraba.

—Me gusta Pizolli —reconoció ella—. Tu... tu hermana me contó que ese era el plan. Creo que podremos volver de Braden a tiempo.

Tendrían mucho tiempo. Minerva, su abuela, no aguantaba las visitas durante mucho tiempo, le desesperaba saber que tendría que reconocerlas y que no las reconocía.

—Perfecto —Sloan se levantó y la miró de arriba abajo, lo cual, siempre hacía que le flaquearan las rodillas—. Decidido.

Era exactamente lo mismo que había dicho su hermana. Como si diese igual lo que ella pudiera opinar o quisiera preguntar.

—¿Me llevarás en tu moto?

Ella le apretó el hombro a Dillon con la mano.

—Cariño, no puedes pedir así las cosas.

—No importa —Sloan levantó el casco que tenía en la mano—. Puedes ponértelo. Te quedará grande, pero solo vamos a ir hasta tu casa, si Abby te deja, claro.

Dillon la miró como si la Navidad hubiese llegado de repente.

—Porfa....

—Directamente a casa —dijo ella señalando a Sloan con un dedo.

—Lo juro —replicó él levantando la palma de la mano derecha.

Era boba por sentirse encandilada por la expresión burlona de él.

—Tendrás que ocuparte de él hasta que llegue.

—Creo que conseguiremos no incendiar nada —comentó él en un tono más burlón todavía—. No corras.

Dillon le entregó la correa de Rex y agarró la mano de Sloan como si tuviese miedo de que cambiara de opinión. Ella captó una sombra de emoción en los ojos de Sloan. Le pareció evidente que era un hombre cariñoso, que quería ser cariñoso. Entonces, ¿por qué no se permitía serlo? Contuvo un suspiro y miró a su hermano.

—Haz todo lo que te diga Sloan.

Dillon asintió con vehemencia.

—Solo es un paseo en moto —murmuró Sloan—. No vamos a tirarnos en paracaídas.

—Es muy parecido —replicó ella haciendo una mueca.

—¿Nunca has montado...?

—Claro, pero en las que hay que dar pedales para que anden.

Se sintió extrañamente marginada porque Dillon estaba de la mano de Sloan y tomó a Rex en brazos. El perro intentó lamerle la cara.

—El ayudante del sheriff McCray también te dará un paseo —intervino Dillon—. ¿Verdad?

Ella se centró en Rex y le acarició la cabeza. Era más seguro que mirar a Sloan, porque temía que su cara reflejara la misma emoción que la de su hermano de siete años.

—Tampoco tengo ganas de montar encima de esa cosa, así que no importa.

—Me parece que tu hermana tiene miedo —le dijo Sloan a Dillon como de hombre a hombre.

—No tienes que tener miedo, Abby —la tranquilizó Dillon con seriedad—. No vas a caerte.

Tenía miedo, pero no de caerse. Sin embargo, unos minutos después, cuando miró a Sloan que se alejaba lentamente con Dillon agarrado a su espalda, se temió que ya fuera tarde.

Capítulo 9

Sloan seguía dándose puñetazos la tarde siguiente, cuando fue a recoger a Abby y Dillon en el coche patrulla.

Podía haber dejado las cosas como estaban. Abby y Dillon habrían pasado el día en Braden con su abuela y no habría pasado nada más. Le había dicho a ella que necesitaba mantener las distancias. ¿Invitarla a la cena familiar en casa de su hermana era mantener las distancias? Había creído que montar en moto le aclararía las ideas, pero había acabado con la poca sensatez que tenía. Aparcó en el camino de entrada de Abby y Dillon salió corriendo. Abby también salió, sin chaquetón, pero para agarrar a Rex, que también había salido corriendo. Sin embargo, el espantoso perro zigzagueaba y saltaba como si tuviese muelles en las patas. Él se bajó del coche y se unió a la persecución. Al menos, dejaría de pensar en ese disparate. Señaló hacia un rincón del jardín.

—Dillon, que Rex no pase por allí.

Dillon corrió hacia esa zona levantando nieve con los pies. Luego, se dio la vuelta un poco agachado y con los brazos abiertos. Parecía un portero de fútbol en miniatura y muy delgado, pero dispuesto a parar a Rex como fuera. No supo por qué tuvo ganas de reírse, pero tosió para contenerse y señaló a Abby el rincón opuesto, entre la parte de atrás del todoterreno y la calle. Él se colocó entre los dos jardines. Rex, atrapado en medio, fue saltando hacia Dillon.

—¡Que no pase! —gritó Abby—. Irá detrás de la casa de Sloan, como hizo ayer —miró a Sloan con un brillo en los ojos—. Se subió detrás de tu montón de leña y no habría podido bajarlo si no hubiese salido corriendo detrás de la gata del señor Gilcrest.

—¿Desde cuándo tiene un gato ese viejo gruñón?

—Me dijo que tiene a Marigold desde hace años. Además, me parece simpático si no hablas del gobierno.

Dio unos pasos cuando creyó que Rex iba a dirigirse hacia ella, pero se quedó en el centro del jardín, levantó una pata e hizo sus necesidades en la base del muñeco de nieve. Él llevaba más de medio año viviendo allí y nunca había visto ni oído hablar de la gata de Gilcrest. Además, ese viejo cascarrabias le parecía simpático. Tenía algo que sacaba lo mejor de los demás.

—¡Dillon, va hacia ti!

Dillon se lanzó, pero acabó de bruces en el suelo. Rex le pasó por encima y salió corriendo. Ella se acercó apresuradamente, lo levantó y siguió al perro.

—¡Llámalo a ver si vuelve! —le gritó a su hermano.

Sloan también se acercó y terminó de quitarle la nieve a Dillon.

—¿No habías tenido nunca un perro?

—No. ¿Y tú?

—No —contestó Sloan.

—¡Pero eres mayor!

—Algunas veces, a mí también me lo parece —reconoció Sloan.

—¿Por qué?

Supuso que el niño seguía hablando de los perros y no de su vejez.

—Porque nunca vivimos en un sitio donde pudiéramos tener uno.

—¿Por qué?

—Porque íbamos de un lado a otro.

—¿Por qué?

—Consigues que la insistencia parezca una diversión.

—¿Umm...?

Le revolvió el pelo, que era tan castaño y suave como el de su hermana.

—Nada. Entra en tu casa y trae un poco de comida para perros o algo así.

—¡Tiene golosinas!

Dillon salió corriendo. Naturalmente, Rex recibiría amor y no podría resistir la tentación. Oyó los pasos de Abby en la nieve. Tenía las mejillas tan sonrojadas como el jersey que llevaba y el pelo despeinado como si le hubiese pasado los dedos... Los chuchos no eran los únicos que tenían tentaciones. Se metió las manos en los bolsillos para no caer en la tentación.

—¿No lo has atrapado?

—Se ha metido detrás de tu montón de leña otra vez. No sé qué hay ahí que le gusta tanto. ¿Dónde está Dillon?

—Ahí.

Dillon estaba corriendo hacia ellos enseñándoles una galleta con forma de hueso.

—Qué tonta he sido al no pensar en eso —reconoció Abby.

Fueron detrás de la casa de Sloan y Dillon se agachó al lado del montón de leña.

—Una rata no cabe por ahí.

—Vaya... —ella hizo una mueca de disgusto—. No creerás que hay algo muerto, ¿verdad?

—No —mintió él deseando haberse callado.

¿Cómo podía saber él qué animales vivían o morían detrás de la leña?

—Tengo una golosina para ti —intentó engatusarlo Dillon.

Rex resopló como por arte de magia. Todos se dieron la vuelta y lo vieron con la cabeza ladeada, como si fueran ellos quienes estaban haciendo algo raro.

—¡Rex! —Dillon se abalanzó sobre él dándole la galleta—. ¿Dónde te habías metido?

Abby miró a Rex y al montón de leña.

—Es un misterio —Abby tomó en brazos al perro—. Lo meteré en casa y nos marcharemos.

Sloan acarició la cabeza de ese perro que era una mezcla de todas las razas imaginables.

—Puedes llevarlo.

—¿Y atarlo a la puerta de Pizolli? —ella frunció el ceño—. Sí, pero, para eso, puedo dejarlo aquí.

—No es en el restaurante, es en casa de Tara.

Ella se quedó boquiabierta y palideció un poco.

—¿Vamos... a casa de tu hermana?

—Esta semana se reúnen ahí para la cena del domingo. Creía que te lo había dicho.

—Nos invitó a pizza de Pizolli y supuse que se refería al restaurante.

—¿Tienes algún inconveniente?

—No —contestó ella inmediatamente—. Yo... Nosotros... no queremos molestar.

—Tara os invitó y sabía muy bien a dónde os invitaba.

—Es verdad, claro —ella se sonrojó otra vez—. Pero no podemos presentarnos también con un perro—Rex suspiró como si se hubiese enterado—. Ya es bastante que no me ofreciera a llevar algo. No tengo nada en casa para llevar. Debería haberme vestido mejor.

El no pudo evitarlo. Sonrió, le pasó una mano por detrás del cuello y le acercó la cabeza para darle un beso en la frente.

—Vuestra presencia ya le parecerá bastante regalo. Además, cariño, te aseguro que vas perfectamente vestida.

Llevaba unos vaqueros que se ajustaban a su trasero como un guante. La soltó y entonces se acordó de Dillon, quien había presenciado la escena con la boca abierta.

—¡Eres su novio! La has llamado «cariño».

—Dillon, eso no significa nada —replicó Abby en tono apenado.

El niño no le hizo caso y miró a Sloan con los ojos entrecerrados.

—El abuelo llamaba «cariño» a la abuela y aunque ella no se acuerde de nosotros, todavía tiene una foto de él en su cuarto.

—Eso es distinto —Abby le entregó el perro—. Lleva a Rex adentro y ocúpate de que tenga agua. Puedes darle otra galleta, pero cierra la puerta antes de que salga otra vez y, por favor, tráeme el chaquetón.

Dillon miró otra vez a Sloan y se fue con Rex a su casa. Abby, en cambio, no pudo mirar a Sloan. Su bochorno era evidente.

—Algunas veces se le mete algo en la cabeza y no hay manera de sacárselo —Abby se rio con cierta tensión—. Hace unos meses creía que había un extraterrestre viviendo en el desván y no cambió de opinión por mucho que le dijera que era imposible.

—No puede negarse que tiene imaginación. ¿Cómo lo conseguiste?

—De ninguna manera. Cuando los propietarios nuevos se mudaron a la

casa de mis abuelos, tuve que alejar a Dillon para que no les dijera que no estaban... solos.

—Entonces, estás diciendo que no podré convencerlo de que no soy tu novio.

—¡No! Solo digo... —Abby dio una patada en la nieve—. Hablaré con él, eso es lo que digo. No te preocupes.

Cuanto más incómoda estaba ella, más tranquilo se sentía él.

—¿Te parezco preocupado?

Ella lo miró muy fugazmente, apretó los labios y negó con la cabeza encogiéndose de hombros. Él quiso abrazarla y besarla apasionadamente. Si iban a acusarlo de ser su novio hiciera lo que hiciese, podría aprovecharlo... Dejó a un lado esa idea.

—No sabía que bastaba con llamar «cariño» a una chica para ser su novio —comentó él con ironía—. Podría haberlo intentado alguna vez cuando era un niño.

Ella seguía sonrojada, pero sonrió.

—Estoy segura de que no necesitaste mucha ayuda en ese terreno.

—Te sorprenderías —la agarró de los hombros y le dio la vuelta—. Nunca me consideraron el novio de nadie.

No tuvo mucho tiempo cuando era joven. Luego, entró en la ATF y la cosa se complicó. Amó a María y habían sido amantes, pero nadie lo consideró su novio. Habría sido demasiado normal.

—¿Estás diciendo que nunca... has estado... con...?

Él comprendió lo que estaba pensando y estuvo a punto de reírse.

—No quiero decir que no me haya acostado con ninguna mujer.

—Ya lo sé —replicó ella en tono defensivo.

Él le pasó un dedo por la nariz.

—No le mientas a un policía, cariño. Siempre nos damos cuenta.

Ella respiró hondo y fue hacia el camino de entrada de su casa.

—¿Por qué no vamos en mi coche? No me apetece ir detrás de la rejilla, donde las puertas no pueden abrirse por dentro.

—¡Yo sí! —exclamó Dillon, que había aparecido corriendo—. Quiero ir detrás.

—Problema resuelto.

Sloan abrió la puerta trasera del todoterreno y Dillon se montó.

—Espero que esto no indique nada sobre el futuro —murmuró ella mientras se ponía el chaquetón.

Sloan sonrió y le abrió la puerta del acompañante.

—Creo que estás a salvo. Ese chico tiene muy claro lo que está bien y lo que está mal.

—No tanto como para no pelearse otra vez con Calvin Pierce, o para amenazarlo.

Ella se montó sin mirarlo, pero dejando ese olor tan fresco que siempre tenía. Él rodeó el coche y se sentó detrás del volante. El viejo Gilcrest estaba sentado en su porche y los miraba con una sonrisa benevolente. Además,

tenía un gato gordo y anaranjado entre los brazos y contestó con una mano al saludo de Abby. Sloan, perplejo, salió del camino. Abby se abrochó el cinturón de seguridad, se cercioró de que Dillon había hecho lo mismo y se quedó mirando hacia delante con los brazos cruzados.

—¿Dónde vive tu hermana?

—A las afueras del pueblo. La primera vez que fui, el camino ni siquiera estaba asfaltado, pero han hecho muchas mejoras.

—¿Llevas a muchos tipos malos aquí detrás? —preguntó Dillon sin disimular la emoción.

—Unos cuantos —contestó él mientras doblaba la esquina.

—¿Como en *Star Trek*? —preguntó Dillon riéndose.

—La han repuesto —le explicó Abby en tono resignado.

—Ya la repusieron cuando yo era un niño. Siempre podía verla estuviera donde estuviese —él sonrió un poco—. Tara y yo nos peleábamos por el mando a distancia. A ella no le gustaba.

—El descubrió *Star Trek* el año pasado. Nuestra abuela estaba viéndolo una vez cuando fuimos a visitarla y él se enganchó. ¿Has vivido en muchos sitios distintos?

—Treinta y tantos —contestó él mirándola y viendo su asombro.

—Eso explica lo de las clases de preescolar. Yo solo he vivido en la casa de mis abuelos.

—Tara te habría envidiado. Le espantaba ir de un lado a otro y no tener amigos que le duraran más de unos meses. Le espantaba no sentirse arraigada.

—Pero a ti, no... —comentó ella mirándolo de soslayo.

Él desaceleró al pasar por delante de la casa de los Pierce. El tablón seguía clavado al marco de la ventana, pero todo parecía tranquilo. Nada indicaba que allí viviera una familia conflictiva.

—Siempre he sido inquieto —contestó él acelerando otra vez.

—¿Y ahora?

Le habría dado una respuesta evasiva, pero la miró y vio la seriedad que se reflejaba en sus ojos.

—Es algo que estoy intentando resolver.

—¿Por eso no has aceptado quedarte definitivamente aunque te lo haya pedido el sheriff? —ella levantó las manos cuando él la miró fijamente—. No puedes pasar más de una semana en este pueblo sin que alguien lo comente. No es un secreto, ¿verdad?

—Es un buen motivo para no vivir en este pueblo.

Ella bajó la mirada y él volvió a mirar hacia la carretera.

—Yo viví en Cheyenne —intervino Dillon otra vez.

Abby miró con sorpresa por encima del hombro y también vio la mirada de curiosidad de Sloan.

—Vivió allí con su madre —le explicó en voz baja.

No era su madre, era la de él. Como si no hubiese tenido nada que ver con la existencia de Abby.

—Y no habla mucho de cuando vivió allí —concluyó él—. Tu cara es como un libro abierto.

—Muy tranquilizador...

—Luego viví en Braden —siguió Dillon en tono jovial—. Ahora vivimos en Weaver.

—Donde nos quedaremos mucho tiempo —añadió Abby con firmeza—. Si estás pensando que quieres ser como Sloan y vivir en otros veintisiete sitios, olvídalos. A mí me gusta quedarme en un sitio —miró a Sloan—. ¿A qué se dedicaban tus padres?

—Mi padre estaba en la CIA.

—Parece sacado de una película —comentó ella asombrada otra vez.

—No era tan interesante ni mucho menos —no quería hablar de su infancia de pesadilla y miró a Dillon por el retrovisor—. ¿Cuál es tu episodio favorito de *Star Trek*?

Abby gruñó en voz baja.

—*Los tribbles y sus tribulaciones* —contestó Dillon inmediatamente—. Tuvimos un *tribble* en la otra casa. Vivía en el desván.

Abby se tapó la cara con las manos y los hombros le temblaron un poco. Sloan tardó un instante en darse cuenta de que estaba riéndose y él también se rio. Hacía tanto tiempo que no se reía de verdad que se rio un poco más.

Le pareció que no había pasado el tiempo cuando salió de la carretera principal para meterse en otra más estrecha y llena de curvas que los dejó delante de la casa de su hermana.

Abby se quedó mirando a la media docena de vehículos que ya estaban aparcados delante de la enorme casa hecha con troncos y el pánico intentó abrirse paso entre el placer que había sentido al oír la risa profunda de Sloan.

—Hay mucha gente.

—Muy perspicaz. Podrías ser detective —replicó Sloan con un brillo burlón en los ojos.

Ella no esperó a que Sloan le abriera la puerta, parecería demasiado formal, y se bajó por su cuenta. Él abrió la de Dillon y se dirigieron hacia el porche entre los coches. Había dos mecedoras en el porche y, a juzgar por la manta que colgaba del brazo de una, las usaban.

—Mis abuelos se sentaban en el porche en un balancín y se tomaban de la mano.

—El abuelo llamaba «cariño» a la abuela —añadió Dillon mientras subía los escalones.

—No empieces otra vez —le avisó Abby.

—Es verdad.

—Sí, pero...

—¡Habéis venido! —Tara apareció en la puerta y les sonrió por encima del niño que llevaba en brazos—. Empezaba a creer que el valiente ayudante del sheriff se había rajado otra vez —les hizo un gesto para que entraran y dejó al niño en el suelo, aunque tuvo que agarrarlo cuando quiso salir—. Papá te sacará más tarde, Aidan.

—Yo he tenido la culpa del retraso —reconoció Abby.

—Nuestro perro se escapó —añadió Dillon, que tampoco parecía tímido con la hermana de Sloan—. Te pareces a Blancanieves.

—Y tú al Príncipe Azul —Tara, encantada, le tendió la mano con una sonrisa—. Te enseñaré nuestro castillo —no miró atrás mientras entraban en la casa—. Bean, sé un poco educado y hazte cargo del chaquetón de Abby.

Abby esperó a que se hubieran alejado y no pudieran oírla.

—¿Ta llama «alubia»?

Se dio la vuelta e intentó no estremecerse cuando él la rozó con las manos al ayudarla a quitarse el chaquetón.

—Es un apodo de cuando éramos pequeños. El suyo es peor.

Ya sin el chaquetón, se dio la vuelta otra vez para mirarlo, se lo encontró más cerca de lo que esperaba y se quedó sin aliento.

—¿Cuál?

—Goober, cacahuete.

Él tenía un brillo en los ojos tan atractivo que no pudo evitar reírse.

—Es peor, pero ¿por qué «alubia»?

—Nada especial. Mi madre me daba mucho la lata para que me comiera las alubias.

La tomó de la mano y la llevó por donde se había ido Tara. Antes de que ella pudiera darle mucha importancia, él volvió a soltársela y entraron en una habitación muy espaciosa y dominada por un ventanal enorme con vistas a las montañas. En un extremo, también había una chimenea casi igual de enorme con un fuego encendido. En el centro, una docena de personas comía pizza con los platos en el regazo. Ella notó que se ponía roja como un tomate cuando todos se volvieron para mirarla.

—Afortunadamente, hoy somos pocos —dijo Tara desde una mesa muy amplia con cajas de pizza—. Todavía queda algo de comida.

Tara le entregó un plato a Dillon y le dijo que fuese a donde quisiera. ¿Eran pocos? No quería ni pensar a qué llamaría muchos.

—No te quedes ahí como un pasmarote, Bean —siguió Tara—. Presenta a tu novia.

—Somos vecinos —la corrigió Abby deseando que se la tragara la tierra—. Amigos.

Tara tenía una sonrisa maliciosa, pero no dijo nada, ni hizo falta.

—Eso no es lo que he oído —comentó una rubia esbelta desde una butaca—. Por cierto, soy Lucy. Todo el pueblo sabe lo cariñosos que estabais la otra noche en el porche.

—Además, él la llama «cariño» —añadió Dillon.

—Entonces, para mí no hay discusión posible —concluyó Tara—. ¿Pizza?

Capítulo 10

Unas horas más tarde, Tara estaba con Sloan en el fregadero de la cocina mirando por la ventana al resto de la familia, que jugaba con un balón en la nieve.

—Me cae bien.

No tenía sentido fingir que no sabía a qué se refería.

A pesar del recibimiento de Tara y su familia, Abby se limitó a meterse en el grupo y a estrechar la mano de todos mientras se presentaba. No dio ninguna explicación sobre besos, «cariños» ni nada. Fue simpática, como siempre, como si no mereciera la pena negar o confirmar que era su novia. En ese momento, estaba corriendo con todos y con una sonrisa tan amplia como la de Dillon.

—Abby es muy agradable —dijo él secando un plato—. Es una buena vecina, no como aquel individuo de Chicago, cuando vivíamos juntos. El que siempre nos robaba el periódico. ¿Cómo se llamaba?

—El señor Quinlan, pero no intentes cambiar de conversación.

—Y tú no intentes darle más importancia de la que tiene.

Ella quitó el tapón del fregadero y se apoyó en la encimera.

—No le quites la importancia que tiene —replicó—. He visto cómo la miras.

Él dejó el paño de cocina e intentó mantener la paciencia.

—Sabes mejor que nadie por qué no me meto en ese berenjenal. No estoy hecho para eso.

—¿Porque crees que eres como papá o por lo que pasó con María?

—Déjalo.

Él se dio la vuelta para marcharse y ella lo agarró del brazo.

—Abrí un paréntesis en mi vida durante cinco años por ti —le recordó ella—. Renuncié a la única casa que había tenido hasta entonces y me mudé de Chicago a Weaver, empecé de cero, solo para satisfacer tu excesiva protección mientras te infiltrabas en los Deuces.

—Entiendo. Estoy en deuda contigo. Estoy aquí, ¿no? Estoy intentándolo. Te avisé de que no iba a hacerlo muy bien.

—Sloan, no estás en deuda conmigo —Tara suspiró—. Te quiero y quiero que seas feliz. Además, sabes que venir a Weaver fue lo mejor que me podía pasar porque conocí a Axel. ¿Por qué no eres optimista y te dejas llevar por los sentimientos por una vez?

—Los sentimientos nunca me han llevado a donde quería estar.

—Eso es el pasado —le recordó ella con delicadeza—. Abby no es María. Trabajar con Max no es lo mismo que fingir que puedes estar a la altura de

una banda de delincuentes. Ya has vivido mucho tiempo en las sombras. Lo hicimos entonces porque no tuvimos más remedio, pero las cosas son distintas ahora. Nosotros somos distintos.

—¿De verdad? —él señaló con la barbilla hacia la ventana que había encima del fregadero—. Tú vives exactamente el tipo de vida que siempre soñaste.

—¿Qué vida soñaste tú?

—Somos mellizos, Goober, pero también somos muy distintos. Yo no soñé.

—Todo el mundo tiene un sueño y solo te haces daño a ti mismo al fingir lo contrario —Tara se secó las manos—. Además, Abby sigue cayéndome bien.

—Es demasiado joven —se defendió Sloan para no soltar un improperio.

Tara se rio.

—Está educando a un niño de siete años, se ha comprado una casa ella sola, tiene formación y un buen empleo. Es una joven que se gana la vida sola. No es alguien que tengas que rescatar y, seguramente, eso es lo que te aterra. Significa que no tienes que tomar todas las decisiones e intentar controlarlo todo. Para la mayoría, eso es la verdadera vida —le dio unas palmadas en el brazo y se dirigió hacia la puerta de la cocina—. Que Abby esté en tu futuro o no es asunto vuestro, pero no dejes que lo que ocurrió en el pasado decida por ti.

Abby tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar demasiado a Sloan cuando salió con su hermana para participar en el partido de fútbol. Naturalmente, llamarlo partido de fútbol era mucho decir. Había un balón y, en teoría, se marcaban tantos, pero, sobre todo, era una excusa para bajar tanta pizza y, según Ryan, el padre de Chloe, para cansar a los niños y que se acostaran a su hora por una vez. Dillon, efectivamente, se quedó dormido en el coche de vuelta a casa y, cuando llegaron, Sloan se ofreció para llevarlo en brazos.

—Gracias.

Ella se adelantó para abrir la puerta y luego lo siguió hasta el cuarto de Dillon. Había conseguido dominar los sentimientos desde que empezó a presentarse a la familia de la hermana de Sloan como si todo fuese normal, pero verlo dejar a su hermano en la cama con tanto cuidado fue demasiado.

Se dio media vuelta y se dirigió a la cocina quitándose las botas por el camino. Tenía que hacer algo y preparó una cafetera. La cafeína la desvelaría, pero le pareció preferible a la margarita que había quedado de la partida de póquer. Después de aquellas margaritas se besó con Sloan en el jardín y solo había conseguido que él se alejara de ella. Lo oyó cuando salió del dormitorio, pero no pudo mirarlo.

—Estoy haciendo café. ¿Quieres un poco?

—Siento todo el lío en casa de Tara.

—Lo hemos pasado muy bien. Sobre todo, Dillon. ¿Lo viste con Chloe? Parecían uña y carne.

—Sobre nosotros.

—Solo estaban metiéndose contigo como hacen todas las familias —Abby sacó una taza del armario—. ¿Sí o no?

Él se sentó en un taburete y dejó la cazadora de cuero en el otro. Ella lo interpretó como que aceptaba, dejó la taza delante de él y sacó otra para ella. El café estaba haciéndose y sacó las galletas que habían quedado de la hornada que hizo para el señor Gilcrest.

—El moratón de Dillon está desapareciendo.

Ella partió una galleta para intentar no mirarlo, algo muy complicado cuando estaba tan guapo.

—No es como para alegrarse, pero el de Calvin es igual de horrible. No me extraña que su madre no pudiera hablarme casi.

—¿Qué tal estaba tu abuela cuando fuisteis a visitarla? —le preguntó él después de dudar un instante.

Ella tuvo la sensación de que no había querido decir eso.

—Igual.

—¿Qué quieres decir?

—Que cree que soy una de las enfermeras que trabajan allí y que Dillon es el nieto del conserje.

—Es doloroso.

—Pensarlo hace que quiera llorar, por eso intento no pensarlo.

Sin embargo, los ojos le escocían por las lágrimas.

—¿Cuánto tiempo lleva enferma?

Ella miró la cafetera con ganas de que se diera prisa.

—Se lo diagnosticaron hace seis años. Mi abuelo la cuidó hasta...

El café terminó de salir por fin y ella fue a agarrar la cafetera para servir la taza de Sloan.

—Tuvo un ataque al corazón hace dos años.

—¿Quién se ocupó de ella entonces?

—Al principio, yo.

—¿No seguías en la escuela de enfermería?

—Contraté a alguien para los días que no podía estar y una vecina me ayudaba a llevar y recoger a Dillon del colegio.

—Tuvo que ser complicado.

—No se podía hacer otra cosa. Mi abuelo siempre fue previsor. Tenían la casa pagada y un seguro. En su testamento dejó muy claro que quería que yo fuese la tutora de Dillon y que hiciera lo que tuviese que hacer en lo referente a mi abuela —se le hizo un nudo en la garganta—. No quería que tuviese remordimientos cuando llegara el día que no pudiera ocuparme de ella. Ya había organizado dónde mandarla. Braden Bridge en un sitio maravilloso.

—Debía ser un tipo muy especial. ¿A qué se dedicaba?

—Era profesor de matemáticas en el instituto. Mi abuela también era especial. Esta es su receta de galletas, por cierto. Podía darte un beso o una patada en el trasero si la necesitabas. Nunca eché de menos a una madre. Me querían mucho y quiero que Dillon sienta la misma seguridad.

Él le quitó la cafetera de la mano y le sirvió su taza porque, evidentemente, se había olvidado.

—¿Por qué no iba a sentirla?

—Esa pelea con Calvin no me gusta. Nunca hizo nada así en Braden y, cuando todavía ni nos hemos asentado aquí, ¡zas!

—¿Tiene muchas pesadillas? Están buenísimas —murmuró él metiéndose otra galleta en la boca—. Solo lleváis unas semanas aquí. No puedes sacar una conclusión por eso.

—Es posible, pero no quiero que la decisión de habernos mudado aquí haya sido un error.

Ella también mordisqueó distraídamente una galleta. Él se había quedado repentinamente en silencio y ella se dio cuenta de que estaba mirándole la boca.

—No has cometido un error.

Él lo dijo con una voz más grave que de costumbre y la miró a los ojos como si se hubiese dado cuenta de que estaba mirándole la boca. Aunque quizá se lo hubiese imaginado...

—Tienes un empleo nuevo —siguió él con la voz un poco ronca—. Él está en un colegio nuevo. Los dos tenéis muchas cosas nuevas y puede ser arduo al principio, pero acabará siendo más fácil.

Ella hizo migas una galleta sobre la servilleta y se dio cuenta de que estaba temblando.

—Unas palabras muy tranquilizadoras de alguien que no puede comprometerse con nada durante más de unos meses.

—La dulce Abby Marcum puede sacar las uñas —replicó él con los ojos entrecerrados.

Ella resopló y sacudió la cabeza.

—La verdad es que no —le enseñó los dedos—. Es solo una tendencia a decir cosas improcedentes de vez en cuando. Mi abuelo decía que eran arrebatos de orgullo.

Él le tomó la mano y ella se quedó petrificada.

—Si hay algo improcedente por aquí, ese soy yo.

Ella fue a negarlo, pero se quedó muda cuando él le llevó la yema de un dedo sobre las migas de la galleta, la apretó un poco para recogerlas y se la metió en la boca. Luego, le dio la vuelta a la mano y le besó la palma. Se estremeció.

—Sloan... —susurró ella con un hilo de voz.

—Improcedente —dijo él mirándola a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó ella tragando saliva—. ¿Escondes una esposa en algún lado?

—Estoy intentando ser serio, cariño.

Sin embargo, él esbozó una sonrisa muy leve y eso la estimuló. Había animado a Dee para que le abriera los ojos a Joe, ¿por qué no iba a seguir su propio consejo? Apoyó los codos en la encimera, se acercó a él y le acarició la palma de la mano. Él entrecerró los ojos y tomó aire muy despacio. Su

reacción hizo que se sintiera como embriagada.

—¿Tú tienes extraterrestres viviendo en el desván? —susurró ella en tono serio.

Él se rio en voz baja al cabo de unos segundos.

—Me haces reír.

—¿Eso es todo?

Él la miró a los ojos y ella notó que el impacto le llegaba hasta la punta de los pies.

—Ya hemos aclarado que eso no es todo.

—Y eso es impropio. Que yo... —ella se lo pensó un instante—. Que tú...

—Sí —murmuró él—. Eso.

Ella se inclinó un poco más y aplastó lo que quedaba de galleta, pero no se dio cuenta.

—¿Por qué?

—Sabes por qué.

—No. Solo dijiste que no necesito a un hombre como tú.

—Confundes las historias de los noticiarios con la realidad.

—No estoy confundida —ella se acercó hasta que notó el aliento de él en sus labios—. Creo que te sientes más seguro creyendo que estoy confundida.

Él se apartó unos centímetros y arqueó una ceja.

—Eso es verdad.

A ella se le aceleró tanto el pulso que se sintió mareada.

—El hombre que salió en los noticiarios no fue el que hizo un muñeco de nieve con mi hermano —susurró ella—. Ni el que le dio un paseo en moto y lo estimula. Eres tú. Dillon ni siquiera sabe lo que hiciste con los Deuces.

Cuando lo supiera, su admiración no tendría límites.

—No hago nada que no haría cualquiera. Es un niño estupendo.

—Lo es, pero te equivocas al creer que todo el mundo lo trataría como tú. Que no tenga un novio en Braden no quiere decir que no haya tenido la ocasión.

—¿Qué tipo de ocasión? —preguntó él mirándola con más intensidad.

—Ninguna que me interesara conocer a fondo. No todos los hombres tienen paciencia para soportar a un niño pequeño cerca —ella se encogió de hombros—. Además, no me interesa alguien que no entienda lo importante que es Dillon para mí —no pudo resistirse y le pasó el pulgar por el labio inferior—. Me da igual lo que digas, no vas a convencerme de que no eres bueno.

—Quiero acostarme contigo.

Ella se quedó sin respiración.

—Yo también quiero acostarme contigo —consiguió decir ella como pudo.

Él la miró a la cara, pero se detuvo en los labios.

—Solo sexo —añadió él inexpresivamente—. Solo eso. ¿Sigues creyendo que soy aceptable?

Hubo algo en su forma de decirlo que se abrió paso entre el delirio. Sus

ojos, distantes e impasibles, estaban poniéndola en su sitio. Era el hombre que había convencido a una banda de matones de que era como ellos. Eso la tranquilizó. Le acarició la mejilla y bajó la mano por el cuello hasta el borde del tatuaje. Notó que él se ponía rígido.

—No vas a conseguirlo —le avisó ella—. No vas a disuadirme fingiendo que te da igual.

Antes de que perdiera el temple, se inclinó más y rozó los labios lentamente con los de él una y otra vez, hasta que notó que cedía y que dejaba escapar un sonido que le llegó a las entrañas. Entonces, él le introdujo los dedos entre el pelo y le inclinó la cabeza hacia atrás. Su mirada la abrasó y no tuvo nada de distante. No supo lo que estaba buscando él, pero debió de encontrarlo porque dejó escapar ese gruñido otra vez y la besó implacablemente. Intentó rodearlo con los brazos, pero tenían la encimera en medio. El también se dio cuenta porque la tomó por debajo de los brazos y la levantó. Ella se quedó boquiabierta.

—No despiertes a tu hermano —él apartó las tazas y el recipiente de las galletas—. Pasa las piernas.

Ella se sentó en la encimera y pasó las piernas al otro lado. Intentó no quedarse boquiabierta otra vez cuando la agarró de los tobillos y tiró de ella hasta que sus pechos se encontraron. Se le desbocó el corazón y temió tanto que fuera a parar que le rodeó la cintura con las piernas. Él puso una expresión maliciosa.

—Tienes experiencia con las encimeras, ¿no?

Ella abrió la boca y estuvo a punto de decirle que no tenía experiencia con nada, pero él aprovechó que había separado los labios y volvió a besarla más profundamente todavía.

Entonces, ya no pudo pensar, ni preocuparse. Solo podía sentir la calidez de sus manos por debajo del jersey. Dejó de besarla para poder quitarle el jersey y tirarlo al suelo.

Sus manos estaban ansiosas de acariciarle la piel también, pero la besó en el cuello y fue bajando los labios hasta el borde del sujetador. Lo agarró con fuerza de la cabeza y él introdujo un dedo por dentro del encaje y le sacó el pezón endurecido para lamérselo. Tuvo que contener un gemido al notar que se derretía. Volvió a erguirse y la estrechó contra él. Notó los latidos de su corazón como podía notar los suyos.

—Dime que tomas la píldora, cariño —le susurró él al oído—. Hace mucho que no necesito llevar preservativos.

Ella se quedó helada. ¡Era enfermera! ¿Por qué no lo había previsto?

—Yo... yo...

Intentó hablar, pero tenía la garganta atenazada y los nervios a punto de hacerse añicos.

—No —consiguió decir.

Luego, gimió cuando le mordisqueó ligeramente el hombro mientras le bajaba el tirante del sujetador. Creyó que no la había oído, pero detuvo la mano lentamente y levantó la cabeza. Su mirada era más oscura que de

costumbre y rebosaba anhelo.

—¿No tomas la píldora? ¿Qué método usas?

—Ninguno —susurró ella.

Él arqueó las cejas.

—Nunca lo había necesitado antes —añadió ella notando que temblaba por dentro.

Él le soltó las caderas y apoyó las manos en la encimera mirándola fijamente a los ojos.

—Abby...

Solo dijo su nombre, pero el tono contenía un montón de preguntas. Ella podía dejar que sacara sus conclusiones o reconocerlo.

—No he necesitado la píldora porque nunca... nunca he hecho esto.

Abby se asustó cuando él soltó un improperio y la soltó como si le hubiesen salido cuernos.

Capítulo 11

—Eres virgen —dijo él inexpresivamente mirándola a los ojos.

Debería haberse dado cuenta de que su aire de inocencia no era superficial. Ella tenía los labios inflamados por los besos, tenía el pelo despeinado sobre los hombros y los pechos le subían y bajaban bajo el sujetador de encaje que los retenía a duras penas. Entonces, bajó la mirada para que no viera las sombras de sus ojos grises.

—Lo siento.

Él se rascó la cara y contuvo otro impropio. Empezó a apartarse de la encimera, pero se detuvo. Su erección era incontenible, pero la encimera la ocultaba un poco.

—Ser virgen no tiene nada de malo.

—¿De verdad? —ella no lo miró mientras se bajaba de la encimera y recogía el jersey del suelo—. Entonces, ¿por qué me miras con tanto espanto?

—No es espanto, es sorpresa.

Le dio la espalda porque era un tormento verla ponerse el jersey. Deseó poder retroceder una hora en el tiempo. Bueno, ya que deseaba lo imposible, ¿por qué no retroceder diez años? Respiró hondo y la miró. Afortunadamente, ya se había puesto el jersey. Ya solo tendría el recuerdo de su cuerpo para atormentarlo durante el resto de sus días.

—Yo soy el único que debería disculparse y sentirlo.

A Abby le tembló la barbilla ligeramente y él se preparó para las lágrimas, pero no lloró.

—Efectivamente —dijo ella levantando la barbilla—. Parar de esa manera fue... desconsiderado.

Ella se sonrojó. No era la reacción que había esperado él. Nada de Abby era como había esperado.

—¿Un pequeño arrebató de orgullo, Abby?

Ella se encogió de hombros, pero no bajó la barbilla. Él tuvo mucho cuidado de no sonreír, pero se sentía algo más despreocupado.

—No tengo experiencia con mujeres como tú —reconoció él lentamente.

—Yo tampoco tengo experiencia con mujeres como yo.

Él soltó una carcajada. Ella apretó los labios. No parecía divertida, pero tampoco parecía como si fuese a llorar. No habría podido soportarlo si la hubiese hecho llorar.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No es un tema de conversación muy habitual y nunca pensé que fuésemos...

No terminó la frase, sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

—No vamos a solucionar este problema esta noche —replicó él respirando hondo otra vez.

—¿Eso es mi virginidad? ¿Un problema?

—El problema es la falta de preservativos —contestó él sin andarse por las ramas.

Vio cómo abría los ojos y tragaba saliva e intentó no acordarse de cuando le besó el cuello.

—¿No estás desalentado?

Él la agarró de las caderas y la estrechó contra sí.

—Cariño, no hay nada de ti que no me aliente.

Ella tomó aire y le rodeó los hombros con los brazos.

—No quería empezar algo que no fuera a terminar —susurró ella.

—Te creo. No es culpa tuya y no me digas otra vez que lo sientes.

La besó concienzudamente y, cuando no pudo aguantar un segundo más, la soltó.

—Es poco para todo lo que quiero —afirmó él con la voz ronca—, pero tendrá que bastar por el momento.

—¿No es un beso de despedida?

Él negó con la cabeza, divertido a su pesar.

—No sabes cómo me tienes de enganchado, ¿verdad? Las cosas no han terminado ni mucho menos, Abby. La próxima vez, te prometo que estaré preparado y que no podrás llamarme desconsiderado por pararme... de esa manera.

A ella se le velaron los ojos y él agarró la cazadora y se dirigió hacia la puerta antes de que perdiera el poco dominio de sí mismo que le quedaba.

—Gracias por las galletas.

—De nada —contestó ella con una mirada soñadora.

No lo vio a la mañana siguiente. Su todoterreno ya no estaba cuando salió con Dillon para ir al colegio. Sin embargo, no le importó. Sabía que lo vería pronto, que todo iba bien.

No la había mirado como si fuese una extraterrestre cuando se enteró de que era virgen. Si le hubiese importado, no querría seguir viéndola.

Intentó no sonreír como si fuese boba cuando dejó a Dillon en la puerta de su clase. Luego, pasó tres horas mirando la vista a los alumnos de tercero, soportó una videoconferencia con el consejo escolar y se dio cuenta de que se había olvidado la comida cuando Dee se presentó en la enfermería con su bolsa marrón en la mano.

—Acompáñame en mi desdicha —le pidió Dee—. Tengo diez minutos para comer y después tengo que vigilar en el patio.

—No será tan grave —replicó ella riéndose.

—Eres muy joven y todavía eres una optimista incorregible. Espera unos años. ¿Vienes o no?

Ella no tenía nada que hacer y era su hora del almuerzo.

—¿Por qué no?

Rodeó la mesa y se puso el chaquetón. Había sonado la campana para el almuerzo y el vestíbulo estaba lleno de niños que salían de las clases.

—¿Quieres llevarte algo de la cafetería para comer? —le preguntó Dee.

No necesitaba comida, estaba flotando.

—No, gracias.

Llegaron a las puertas metálicas de la salida y Dee la miró de soslayo.

—¡Es lunes! Tú, en cambio, pareces más contenta que de costumbre. ¿Por qué?

Ella abrió la puerta y salieron al patio.

—Por nada.

Dee entrecerró los ojos, pero no dijo nada hasta que se sentaron en un banco. Abby estiró las piernas y miró al cielo.

—Vaya, vaya... —murmuró Dee—. ¿Estás acostándote con el ayudante del sheriff macizo?

—¿Qué? ¡No! —exclamó Abby incorporándose.

Dee arrugó los labios elocuentemente y la miró fijamente.

—No digas mentiras a los mayores.

—No me agobies —le pidió Abby poniendo los ojos en blanco.

—Pues... algo ha entrado dentro de ti. Si no es tu vecino macizo, ¿quién es?

—¡Dee! —Abby se rio a pesar del bochorno—. Alguien va a oírte.

Dee miró alrededor.

—Vamos, canta.

—¡No hay nada que cantar!

—Fue malo en la cama, ¿no? —Dee chasqueó la lengua—. Que un tío esté muy bien no quiere decir que sea bueno en la cama. Esa lección ya la aprendí un par de veces.

Abby se tapó la cara con las manos y sacudió la cabeza.

—Demasiada información, Dee.

Su amiga se rio y le dio un codazo.

—Entonces, estuvo bien.

Ella se sonrojó y miró hacia otro lado.

—No voy a hablar de eso contigo.

—Vamos... ¿Te gusta de verdad?

—Sí.

—Vaya —Dee refunfuñó—. Ahora estoy celosa de verdad. Aunque la próxima timba de póquer no me saldrá tan cara si ya no eres una solterona.

—Ninguna sois solteronas —Abby se rio—. Todavía no puedo creerme que os lo llaméis.

—Casi todas tenemos más de treinta años y ninguna está atada a un hombre —Dee puso una expresión maliciosa—. No cuentan las ataduras de las cuerdas.

—¡Dee!

—Era una broma. Es demasiado fácil escandalizarte —Dee miró por

encima del hombro para cerciorarse de que todos seguían almorzando—. Entonces, ¿eso entre Sloan y tú va en serio?

—No lo sé.

—¿Ha decidido quedarse en el pueblo después de todo?

—No lo sé —repitió ella.

Además, no quería pensarlo porque le echaba a perder la felicidad que le bullía por dentro.

—Tampoco tiene nada de malo disfrutar el momento. Siempre que sepas que eso es lo que estás haciendo —añadió Dee.

—Lo sé.

Dee la miró detenidamente un momento con otro brillo malicioso en los ojos.

—Sigo celosa.

Abby se rio, las puertas metálicas se abrieron de par en par y los niños salieron corriendo por todos lados. Dee dejó la comida a un lado.

—Prepárate. Ahora empieza lo más divertido del día —le avisó Dee levantándose.

Ella también se levantó, aunque no tenía que vigilar el patio como los profesores. Dee tampoco se quedó sola y Rob Rasmussen, el profesor que encontró a Calvin y Dillon peleándose en el cuarto de baño, se acercó enseguida, como otros dos profesores que ella no se acordaba de cómo se llamaban.

Paseó entre los niños. Algunos grupos fueron al campo de béisbol nevado, otros treparon por los aparatos recreativos y otros se persiguieron. Devolvió un balón a un grupo de cuatro niños y vio a Dillon y Chloe que iban a los columpios.

Cuando sonó la campana, media hora más tarde, sintió casi la misma decepción que los niños. Volvió a la enfermería y oyó el teléfono. Descolgó mientras se quitaba el chaquetón.

—Enfermería.

—¿Las enfermeras siguen llevando uniformes y cofias blancas?

El placer se adueñó de ella al oír la voz de Sloan y sonrió como si él pudiera verla.

—¿Es esa su fantasía, ayudante del sheriff?

Él se rio ligeramente.

—No estaría mal.

Ella se estremeció, miró alrededor y se sentó.

—¿Qué te parecen unos zapatones blancos con suela de goma que hacen ruido al andar?

—¿Quién está fantaseando ahora?

Ella se rio. Él era su única fantasía y oír su voz bastaba para que se agitara en la silla.

—¿Qué tal el día?

—Largo. Ruiz, otro ayudante, va a estar de baja un tiempo. Ayer lo operaron urgentemente de apendicitis.

—¿Está bien?

—Lo estará, pero voy a tener que sustituirlo en una conferencia en Cheyenne. Me marcho esta tarde.

La desilusión se adueñó de ella, pero se dijo que estaba haciendo su trabajo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Volveré el viernes.

—¿Te acompaña alguien?

—Max y Dawson.

No hizo caso de la punzada de celos. Dawson era la que corría por el parque y nunca se escaqueaba.

—¿De qué trata la conferencia?

—Es una reunión anual a escala nacional. Distintos organismos y muchos talleres. La apendicitis de Ruiz es una pesadilla. No soporto estar sentado en reuniones.

—A lo mejor aprendes algo útil.

—A lo mejor solo pienso en ti vestida con una cofia y nada más.

Él se rio cuando ella se quedó muda y comprendió que lo había dicho para escandalizarla.

—A lo mejor te espero el viernes llevando solo eso —consiguió replicar ella con desenfado y se alegró cuando él se atragantó—. Te echaré de menos —reconoció ella.

—Busca a alguien para que se ocupe de Dillon el viernes por la noche.

A ella se le encogieron las entrañas y la cabeza empezó a darle vueltas.

—De acuerdo —oyó algo en la puerta y se puso recta—. Gracias por llamar —añadió en tono formal.

El se rio un poco al darse cuenta.

—El viernes, cariño —le recordó él antes de colgar.

Ella tragó saliva e intentó parecer un poco profesional y también colgó e hizo un gesto al alumno que esperaba para entrar. Ese alumno fue el primero de toda una serie que no le dejó recrearse con la llamada. Tuvo que hacerlo por la noche, cuando Dillon ya estaba dormido y ella no podía cerrar los ojos sin ver a Sloan encima de ella. Aunque no estuvo mal porque cuando por fin se durmió, soñó con él.

Al día siguiente, después de haber dejado a Dillon en su clase, fue a la clase de Dee. Su amiga fue hasta la puerta para recibirla.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes ocuparte de Dillon el viernes por la noche?

—¿El ayudante del sheriff macizo? —preguntó Dee arqueando las cejas.

Abby puso los ojos en blanco, pero no pudo negarlo.

—Intenta no proclamarlo a los cuatro vientos. ¿Podrás?

—Claro. Los alumnos de segundo y tercero salen tarde ese día por la visita a C-Vid.

Abby se dio una palmada en la frente por haberse olvidado.

—Le dije a Dillon que no podía ir por la pelea.

—Seguramente, será el único que no vaya —replicó Dee con seriedad—. Esa visita es uno de los momentos más esperados del curso —sonó la campana y Dee se dirigió a sus alumnos—. Sentaos. Piénsalo —le dijo a Abby—. En cualquier caso, puedes contar conmigo el viernes por la noche, pero, si se alarga hasta el sábado por la mañana, tengo clase de baile en la barra —añadió Dee.

Abby estuvo a punto de atragantarse por la risa y se marchó. Oyó que todas las puertas iban cerrándose por el pasillo y se encontró sola. Se dio media vuelta y solo oyó el ruido de las suelas de los zapatones. Se apresuró para entrar en la enfermería y que nadie la viera sonreír como una boba.

—El sheriff te busca.

Sloan contuvo un bostezo y levantó la mirada del informe que estaba leyendo para matar el rato entre dos conferencias.

—¿Dónde está, Dawson?

—En la cafetería.

Encantado de poder dejarlo, le dio el informe a ella.

—Es mejor que cualquier somnífero.

—Estoy segura —ella se lo guardó en el bolso—. Hasta la cena.

Él se abrió paso entre el abarrotado vestíbulo del hotel y llegó a la cafetería. También estaba a rebosar, pero vio a Max enseguida y se acercó a su mesa.

—¿Qué pasa?

Max le señaló la silla que tenía enfrente.

—Me alegro de que estés aquí. Así podré hablar un momento contigo.

Llevaban en Cheyenne desde la tarde anterior y Max habría podido hablar con él cuando hubiese querido.

—¿De qué?

—Si has pensado en la oferta que te hice.

—La he pensado —reconoció Sloan—. ¿De repente tienes prisa para que te conteste?

—¿Tengo que mejorar la oferta? —preguntó Max dando vueltas a la taza.

—No estoy forzando nada, Max. Solo es que no sé si...

—...si quieres quedarte en Weaver. Eso lo dejaste claro desde el principio —Max miró hacia la puerta—. Necesito un ayudante en jefe.

—Ruiz es más veterano —replicó Sloan—. Le darán el alta enseguida.

—No es una cuestión de veteranía. Además, Ruiz ya me ha dicho que no le interesa. No quiere el estrés.

—¿Lo quiere alguien? ¿Hay mucho trabajo administrativo?

—Tanto como el que hago yo.

—No tengo experiencia.

Max resopló.

—Experiencia como supervisor —añadió Sloan.

—Hay que empezar alguna vez —Max volvió a mirar hacia la puerta como si no encontrara lo que buscaba—. A mí tienen que reelegirme cada cuatro años, pero puedo contratar a quien quiera y te quiero a ti.

—¿Por qué?

—Porque haces muy bien lo que haces —contestó Max—. Ya sé que es un trabajo mucho más tranquilo que infiltrarte en los Deuces, pero también es importante. Cubrimos mucho territorio y mucha gente cuenta con nosotros.

—¿Por qué decidiste tú dar el cambio?

Él sabía que Max había estado luchando contra las drogas en la DEA.

—Por Sarah —contestó Max frunciendo los labios.

Max hablaba de su esposa, pero él pensó en Abby. Entonces, su jefe volvió a mirar hacia la puerta y soltó un improperio.

—Tenlo presente, ¿de acuerdo?

Él frunció el ceño, pero asintió con la cabeza y se puso rígido cuando reconoció al hombre que se dirigía hacia ellos. Max se levantó y le tendió la mano a ese hombre.

—Sean, me alegro de verte otra vez —hizo un gesto hacia Sloan—. He aceptado traerlo porque te debía una. Ya estamos en paz —dejó unos billetes en la mesa y miró fijamente a Sloan—. Ayudante McCray, terminaremos la conversación más tarde.

Él asintió con la cabeza, pero no dejó de mirar al recién llegado. Sin embargo, esperó a que su jefe se hubiese alejado.

—No sabía que la ATF hubiese mandado agentes especiales desde Chicago, ¿o estás visitando los barrios bajos, Sean?

Sean Cowlings sonrió muy levemente.

—Me alegra saber que no hemos perdido el cariño —Sean se sentó en la silla que había dejado Max—. Creo que eres tú quien ha bajado. ¿Te gusta hacer de guardia de tráfico en un pueblo dejado de la mano de Dios?

Él no hizo caso del insulto. Sean y él habían estado juntos en la academia, pero decir que eran amigos sería decir mucho.

—¿Qué quieres?

Sean se alisó la corbata de seda.

—Nos han informado de que Tony Diablo está intentando reorganizar los Deuces.

—Tony es un mamarracho. Nunca conseguirá sustituir a su primo.

Sean se encogió de hombros sin dejar claro si estaba de acuerdo o no.

—Estoy encargado de la investigación.

—Te han ascendido. Siempre has tenido la mirada clavada en el escalafón.

—Eres el único que entiende todas las piezas en lo referente a los Deuces.

—Los Deuces ya no existen —replicó Sloan inexpresivamente—. Sin Johnny, están acabados.

—Johnny también está acabado.

Él miró hacia otro lado. Sabía que había muerto en una pelea en la cárcel. El día después de enterarse, fue cuando decidió intentarlo en Weaver.

—¿A dónde quieres llegar, Sean? Tengo que asistir a un seminario sobre delitos en Internet.

—Queremos que vuelvas.

—¿En calidad de qué? —Sloan se rio—. ¿Para ocuparme de los confidentes secretos?

Ya no podía ser un agente encubierto porque su cara se había visto por todos lados.

—Oficialmente —le aclaró Sean—. Con todas las prerrogativas, como si no te hubieses marchado.

—No me marché —le recordó Sloan—. Un guardia armado me acompañó hasta la puerta.

—El procedimiento habitual.

—Ya, el procedimiento habitual —quiso haberlo dicho más expresivamente, pero un niño que le recordó a Dillon estaba sentado a la mesa de al lado—. La agencia me trató como si fuese un estorbo en el mejor de los casos y un delincuente en el peor.

—Y se equivocaron. ¿Crees que yo quería ser el que mandaran para entonar el *mea culpa*?

—Siempre has sido el lameculos de alguien, Sean —Sloan se levantó porque estaba cansado de estar con ese hombre—. Si no hubiese sido por ti, nunca se habrían enterado de que había hablado con Hollins-Winword para que protegieran a María y a mi hermana. Nunca habrían podido utilizarlo como excusa para expulsarme.

—Infringiste el protocolo —replicó Sean con tensión—. Lo sabías y lo hiciste de todas formas.

—Efectivamente, y volvería a hacerlo sin dudarlo.

Sloan se dio media vuelta para marcharse de la cafetería.

—Te guste o no, Sloan, nadie puede detener a Tony mejor que tú. ¡Nunca podrás escapar de eso!

Capítulo 12

—¿Qué tal el día?

Abby se sentó en la cama al oír la voz de Sloan.

—Es casi medianoche.

—¿Estabas dormida?

—Sí.

—¿Estabas soñando?

—Sí.

—¿Qué?

—Algo muy... atrevido.

—Nunca has sido atrevida.

—Alguna vez hay que empezar. ¿Por qué no en sueños?

—¿Qué era? —él se rio en voz baja—. ¿Te marchabas del colegio quince minutos antes de tu hora?

—En realidad, iba montada en la moto contigo —contestó ella con una sonrisa.

—Ahora sé que estabas acostándote conmigo.

No iba a contarle lo erótico que había sido agarrarlo de la cintura con el rugido de la moto.

—Mi día ha sido un martes como otro cualquiera —ella contestó a la primera pregunta—. ¿Y tú? ¿Has aprendido algo fascinante?

—He aprendido que asistir a presentaciones es tan aburrido como siempre. ¿Qué tal Dillon?

—Casi ha terminado el cartel para el concurso. Me ha preguntado si Chloe puede venir mañana a casa para jugar a *Sombreros blancos 3* y yo le he dejado.

—¿De qué se trata eso de los sombreros blancos?

—Es su videojuego favorito.

—Y quiere jugarlo con Chloe Clay. Los romances empiezan cada vez antes.

—No me preocuparé hasta que no vea que pierde intencionadamente con ella.

—¿Has encontrado a alguien que vaya a ocuparse de él el viernes por la noche?

—Sí.

—Perfecto. Entonces, yo me encargaré de todo lo demás.

—De acuerdo —replicó ella sabiendo a qué se refería.

—Siento haberte despertado.

—Yo no. Aunque me gustaría que estuvieses aquí.

—Duerme un poco, Abby. A mí también me gustaría que estuvieses aquí.

Estaba sonriendo cuando se quedó dormida otra vez para seguir soñando con Sloan. Seguía sonriendo al día siguiente, hasta que Calvin Pierce apareció en la puerta de la enfermería. El moratón estaba desapareciendo, pero todavía se le notaba, como a Dillon.

—Entra, Calvin. ¿Estás enfermo?

Él negó con la cabeza y se acercó a la mesa. Miró alrededor y pareció desanimarse al ver dos camillas ocupadas.

—¿Están enfermos?

—Tienen gripe. Están esperando a que vengan sus padres a recogerlos — cerró la puerta corredera que separaba los dos cuartos y volvió a la mesa—. ¿Qué pasa?

—La señora Normington me ha dicho que tengo que vendármela.

Calvin le enseñó una mano con un corte profundo en la palma.

—Siéntate —ella fue a lavarse las manos—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Mi papá rompió una cosa.

Ella se secó las manos y sacó algunas cosas. Se sentó al lado de él con gasa y jabón antiséptico y le puso la mano encima del regazo.

—¿Qué tal el ojo?

—Bien.

Él no se inmutó cuando le limpió la mano, aunque ella sabía que tenía que dolerle. Lo miró detenidamente mientras lo atendía. La ropa estaba desgastada, pero limpia, y llevaba unas zapatillas de deporte a las que solo le quedaban casi las suelas. Terminó de limpiarle la mano y empezó con la muñeca, que estaba llena de moratones antiguos.

—¿Te has cortado esta mañana?

—Anoche.

—¿No hay vendas en tu casa?

Él bajó la mirada y negó con la cabeza. También vio la marca de unos dedos en su cuello y cerró los ojos.

—Bueno —consiguió decir ella, aunque tenía un nudo en la garganta—, lo solucionaremos —le soltó la mano y metió algunas cosas en una bolsa de plástico—. Llévatelo. Tienes que limpiar y vendar el corte o puede infectarse.

—¿Y?

Era el matón del colegio y había atormentado a Dillon desde el primer día, pero quiso abrazarlo.

—Tarda más en curarse si se infecta. Vuelve a tu clase, Calvin.

Él se dio la vuelta para marcharse.

—Calvin...

—¿Qué? —preguntó él mirando por encima del hombro.

—Todo saldrá bien.

—Sea lo que sea —farfulló él mientras se marchaba.

Ella se dio cuenta de que estaba temblando tanto que deseó poder llamar a Sloan. Comprobó cómo estaban los dos alumnos enfermos y fue al despacho de al lado.

—Señora Timms, ¿le importaría ir un momento a la enfermería? Hay dos alumnos y sus padres vendrán a recogerlos en cualquier momento. Tengo que hablar con el director Gage.

—El director Gage es un hombre muy ocupado —replicó la señora Timms con cierto fastidio.

—Es esencial que hable con él ahora mismo. ¿Va a ir a la enfermería unos minutos o no?

—Abby... ¿qué pasa? —le preguntó Joe desde la puerta de su despacho.

Le escocían los ojos por las lágrimas, pero no iba a demostrar que no podía hacer su trabajo.

—Tengo que hablar contigo de Cal... Calvin.

—Viola, vete a la enfermería, por favor.

La mujer resopló, pero se levantó y salió al pasillo.

—Entra —le pidió Joe.

Abby tragó saliva, entró en su despacho y esperó a que él cerrara la puerta.

—Alguien está pegando a Calvin Pierce. Me apostaría mi título de enfermera.

Él le señaló una silla y le acercó una caja de pañuelos de papel.

—¿Por qué lo sabes?

Ella tomó un pañuelo, pero fue de un lado a otro mientras le contaba que había visto un corte en la mano de Calvin.

—También tiene moratones antiguos en la muñeca. Ya sé que los niños se hacen moratones por muchos motivos, pero es muy difícil tener marcas de dedos en el cuello por accidente —levantó una mano—. Las marcas eran el doble de grandes que mis dedos, Joe. Se las hizo un adulto.

Él soltó un juramento.

—Perdona.

—Yo también querría decir lo mismo —Abby apretó los labios—. Tengo que informarle al sheriff.

—Sí —reconoció él en tono sombrío—. Seguramente, todo empeore, pero Calvin es lo importante.

Ella asintió con la cabeza y esperó mientras él hacía una llamada telefónica.

—Van a mandar a un policía.

—¿Había pasado alguna vez algo así?

—Una —él se pasó los dedos entre el pelo—. Y fue más que suficiente. Te tomará declaración y, seguramente, a Olivia Normington y a mí también. Vendrá alguien de los servicios sociales y hablará con Calvin. Interrogarán a sus padres y decidirán si Calvin corre un peligro inminente.

—¿Hay alguna duda? —preguntó ella levantando la voz—. Perdona, es...

—... tremendo. Debería haberme dado cuenta antes.

—Si la señora Normington no me lo hubiese mandado por el corte, yo tampoco habría visto nada.

—Es un disparate alegrarse de que un niño se haya cortado una mano.

Unos minutos más tarde, un ayudante del sheriff llegó y Joe los dejó en su despacho para que Abby pudiera declarar. Al final del día, todo el colegio

bullía con la noticia de que un ayudante del sheriff había estado allí y que Calvin Pierce se había ido con una mujer vestida con un traje.

—¿Qué tal? —le preguntó Dee a Abby cuando estaba cerrando la enfermería.

—¿Qué importa el agotamiento en comparación con lo que está pasando Calvin? Además, quién sabe desde cuándo lo ha estado padeciendo.

—He oído decir que Viola Timms estaba llorando en el cuarto de baño —comentó Dee—. Va a resultar que tiene un corazón en ese esquelético pecho.

—Todo el mundo está conmocionado.

Fueron juntas hacia la salida. Abby sabía que Dillon y Chloe estarían esperándola.

—¿Habías declarado alguna vez por algo así? —preguntó Abby.

—No. ¿Has llamado a Sloan para contárselo?

—Sí —él no pudo hablar mucho y solo le preguntó si estaba bien.

—¿Quién tomó la declaración?

—Jerry Cooper. ¿Lo conoces?

—Sí —Dee sonrió, aunque también estaba abatida por Calvin—. Me multó una vez por exceso de velocidad, pero está bien. Llámame esta noche si quieres que te acompañe.

Salieron del colegio y Abby fue hacia el aparcamiento. Dillon y Chloe estaban esperándola.

—Han detenido a Calvin —le dijo Dillon con los ojos muy abiertos.

—No lo han detenido —le corrigió ella sonriendo a Chloe.

Era una niña muy guapa con dos coletas rubias y unos ojos muy azules.

—¿Has jugado alguna vez a *Sombreros blancos 3*?

Chloe asintió con la cabeza, agarró a Dillon con una mano y a Abby con la otra.

—Voy a ganar algunas partidas.

—No vas a ganar.

Dillon resopló, se soltó la mano y se la pasó por el chaquetón. Abby sonrió por primera vez en todo el día. Efectivamente, era un romance. Le puso la capucha hasta tapanle los ojos.

—El viernes puedes ir a C-Vid.

Él se quedó un poco boquiabierto, agarró la mano de Chloe y salieron corriendo juntos.

Afortunadamente, el resto de la semana transcurrió sin más sobresaltos y el colegio recuperó el estado de ánimo.

El viernes, al final de la jornada, recogió la enfermería en cuanto pudo. Dee había quedado en llevar a Dillon a casa cuando terminaran la excursión y en quedarse allí mientras Sloan y ella hacían... lo que fuese. Le quedaba hora y media libre y no iba a desperdiciar un solo segundo.

Fue casi corriendo a casa, dejó que Rex saliera para hacer sus necesidades,

le dio una galleta y volvió a marcharse para ir en coche a Classic Charms, que, según Dee, era el único sitio donde podía comprarse algo presentable en Weaver. No podía evitar que fuese de la hermana de Sloan. Tara le caía bien, pero no era absolutamente necesario que comprase algo para ponérselo con Sloan bajo la atenta mirada de su hermana melliza. Sin embargo, Tara no estaba allí. Una chica muy simpática estuvo encantada de llevarla a donde estaba la ropa de mujer. Rebuscó en los colgadores y deseó haber tenido más tiempo. Desde luego, era mucho mejor que lo que habría encontrado en Shop-World. Eligió un jersey de color marfil que podía combinar con mallas y botas y dedicó más tiempo del que tenía a ojear unas bragas increíblemente caras e increíblemente bonitas, pero las dejó todas porque le entró pánico solo de pensar que Sloan fuera a verla con ellas puestas.

Pagó y volvió a toda velocidad a su casa. Se duchó en tiempo récord y estaba secándose el pelo cuando oyó que se abría la puerta y que Dillon la llamaba a gritos. Se puso el albornoz y salió a saludarlo.

—¡Hola! —él llevaba una bolsa de plástico en una mano—. ¿Qué es eso?

—Videojuegos —Dillon dejó la bolsa en el pasillo—. ¡Han dado una bolsa a todo el mundo!

—Apasionante —Abby lo rodeó para saludar a Dee—. Gracias por traerlo.

—Sí esa es la vestimenta para esta noche, no tengo que preguntar lo que vais a hacer.

—Tengo ropa —replicó Abby sonrojándose.

—¿Cuándo llegará el ayudante del sheriff maci... McCray?

—Dijo que a las seis.

—¿Sabes lo que tiene pensado?

Ella se sonrojó más todavía.

—Da igual —siguió Dee—. Puedo imaginármelo —miró el reloj—. Tengo que volver al colegio para recoger unos exámenes que tengo que corregir. Volveré a tiempo.

—Gracias, Dee.

—Para eso estamos las amigas solteras.

Dee se marchó con una sonrisa y ella se acercó a su hermano.

—¿Seguro que no te importa que la señorita Crowder te acompañe esta noche?

Él se encogió de hombros porque, evidentemente, estaba más interesado en su botín que en ella o en Rex. Le revolvió el pelo a su hermano y volvió corriendo al cuarto de baño para terminar de secarse el pelo. Podía hacer algo, más o menos, mientras no tuviera que pensar en lo que se avecinaba.

Tragó saliva cuando poco después llamaron a la puerta de la casa. No solo había llegado pronto, sino que parecía impaciente. Se alisó el albornoz, fue apresuradamente hacia la puerta y se quedó paralizada cuando se abrió violentamente antes de que llegara.

Rex se escapó entre las piernas del desconocido, no eran las piernas de Sloan. Era un desconocido que la miraba con los ojos inyectados en sangre y que la señalaba con un dedo.

—Se han llevado a mi hijo por tu culpa.

Se quedó aterrada al comprenderlo, agarró a Dillon y lo puso detrás de ella.

—Vete a tu dormitorio y cierra la puerta con pestillo. ¡Ya!

Él, también aterrado, se fue por el pasillo y ella esperó hasta que oyó que cerraba la puerta. Entonces, miró a Bobby Pierce y comprendió por qué Sloan había sido tan tajante al decirle que no se acercara a él. Intentó ir hacia la cocina, donde tenía la pistola de su abuelo, pero calculó que no tenía muchas posibilidades de llegar porque él estaba tan cerca como ella.

—No debería estar aquí, señor Pierce.

—¿Por qué? —él entró más y miró alrededor—. No tengo a dónde ir. No puedo ir a mi casa ni puedo ver a mi esposa ni puedo ver a mi hijo.

Ella se alegró, pero, naturalmente, no dijo nada.

—Entrar por la fuerza en mi casa no le ayudará a recuperarlos.

—La puerta no estaba cerrada con llave.

—Entró sin mi permiso.

Ella se acercó un poco más, pero la encimera era un obstáculo. Tenía que rodearla para entrar en la cocina y eso la acercaría a Bobby Pierce.

—Sin embargo, si se marcha por donde ha entrado, podemos olvidarnos de todo.

No se olvidaría jamás. Él entró más y acabó con cualquier esperanza de entrar en la cocina, por eso, cambió de dirección y fue a la sala. Él sonrió cuando ella se topó con la chimenea.

—¿Tienes miedo, pequeña? —preguntó él acercándose a ella.

—Eres despreciable.

Ella agarró el atizador de hierro. Cuanto más se acercaba, más olía a alcohol.

—¿Te sientes grande y poderoso por pegar a un niño pequeño?

—Zorra —él levantó un puño y ella se preparó para sacar el atizador—. No sabes nada de mí.

—Ella, no pero yo sí.

A ella casi se le doblaron las rodillas cuando oyó la voz de Sloan.

—Da otro paso, Bobby —le avisó Sloan entrando en la casa—. Dame un motivo para dispararte.

La pistola que apuntaba a Pierce dejaba muy claro que estaba dispuesto a hacerlo.

—Abby, Dillon está fuera esperándote. Ve con él.

El atizador sonó estruendosamente cuando lo dejó caer, rodeó a Bobby y solo se paró para ponerse las botas de nieve. Efectivamente, Dillon estaba al lado del coche patrulla y agarrado al señor Gilcrest. Bajó corriendo los escalones sin importarle que solo llevara el albornoz. Tomó en brazos a Dillon, aunque a él le pareciera que era demasiado mayor.

—¡Deberías estar en tu cuarto!

Su hermano se abrazó a su cuello y ella miró alrededor preguntándose dónde estaría Rex.

—Saltó por la ventana —le explicó el señor Gilcrest con orgullo—. Dijo

que necesitaba ayuda.

Su voz quedó ahogada por las sirenas de otros coches patrulla que se pararon delante de la casa de Sloan. Dos ayudantes del sheriff se bajaron inmediatamente.

—El ayudante del sheriff McCray llegó antes de que terminara de llamar al 911.

—Eres muy valiente.

Besó a su hermano en la mejilla y deseó que los otros ayudantes corrieran más. Sloan tenía una pistola, pero estaba solo con un hombre enloquecido. Los otros vecinos estaban saliendo a sus porches para ver qué pasaba. Uno de los ayudantes se detuvo y les hizo señas para que se retiraran. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar porque no podía perder tiempo.

—No pasa nada —le susurró a Dillon—. No va a pasar nada —repitió como una letanía.

Sloan esperó hasta que Abby se hubiese marchado para hablar.

—Bobby, eres el malnacido más tonto que ha pisado la faz de la Tierra. ¿Lo sabías?

El otro hombre miró alrededor con un gesto de desprecio.

—No vas a dispararme.

—Podría.

Iba a tardar en olvidarse del rostro aterrado de Abby y sentía una ira que no había querido sentir otra vez. Levantó la pistola y apuntó a la frente de Bobby porque sabía que no apretaría el gatillo por muy furioso que estuviera. No sabía lo que era, pero ya no era un asesino.

—No puedo fallar a esta distancia —bajó la pistola—. A nadie le importaría que te castrara.

Bobby palideció y retrocedió un paso.

—No lo harías.

A una velocidad que a él mismo le pareció increíble, enfundó la pistola y se abalanzó sobre Bobby.

—También podría librarte de tu miserable vida así —Sloan agarró a Bobby del cuello—. ¿Qué te parece, Bobby? ¿Quieres intentarlo con alguien que no es más pequeño? —le apretó un poco más el cuello—. Si vuelvo a verte cerca de Abby o Dillon, acabaré esto. ¿Lo has entendido?

Los ojos de Bobby reflejaban un pánico atroz y le costaba respirar.

—También vas a dejar a Lorraine y a Calvin en paz. ¿Entendido?

Bobby no podía asentir con la cabeza, pero parpadeó.

Sloan le dio la vuelta y lo esposó.

—¡Estás loco! —exclamó Bobby mientras Sloan lo cacheaba.

—Sí. Fui un Deuce, mamarracho. Todos estábamos locos.

No encontró nada más que una pequeña cartera y lo empujó hacia la puerta. Rex ladró y Bobby gritó cuando le mordió una pierna. Le pegó una patada,

pero Rex no retrocedió y siguió enseñándole los dientes. Era tentador dejar que atacara otra vez a Bobby, pero Sloan no le dejó.

—Rex, siéntate.

El perro se sentó en el porche y gimió mientras miraba a Sloan, que entregaba a Bobby a Max, quien, al parecer, acababa de llegar.

—¡Intentó matarme! —gritó Bobby mientras Max se lo llevaba—. ¿No va a hacer nada al respecto?

—Le preguntaré por qué no lo ha hecho —respondió Max en tono comedido.

Sin embargo, Sloan no quería oír nada más. Se quitó el chaquetón, fue hasta Abby y Dillon, los abrigó y los abrazó. Tenía un nudo en la garganta y la cabeza le palpitaba por la adrenalina.

—¿Estáis bien?

Abby asintió con la cabeza y rodeó el cuello de Sloan con un brazo.

—Bienvenido a casa.

Ella se rio y acto seguido empezó a llorar. Él apoyó la mejilla en su cabeza y apartó el pelo de la cara de Dillon para verle los ojos. Seguían dilatados por el miedo y le secó las lágrimas.

—Sois muy valientes, ¿lo sabíais?

—¿Ese hombre desaparecerá para siempre?

—Eso espero, Dillon.

Sloan lo rodeó con un brazo para intentar quitarle el peso a Abby y miró por encima para ver a Max que se alejaba con Bobby. Sabía que Bobby no desaparecería para siempre, pero era posible que desapareciera el tiempo suficiente para que su familia encontrara algo de paz.

—Menudo viernes por la noche, ¿eh? —comentó Abby con los ojos empañados de lágrimas.

La noche no iba a terminar como había previsto, pero no podía importarle menos.

—Estáis a salvo y eso es lo único que me importa ahora.

La besó en los labios sin importarle las conclusiones que pudieran sacar Dillon y quienes lo vieran.

Capítulo 13

Aunque Max se había llevado a Bobby, la calle se llenó enseguida de gente. Sloan se llevó a Abby y a Dillon a su propia casa.

—Ocúpate de que controlen a la multitud —le pidió a Jerry Cooper cuando pasaron a su lado.

Entonces, se acordó de Rex y silbó con fuerza. El perro llegó corriendo. Una vez dentro, dejó a los tres en el sofá, subió a su dormitorio y bajó con la manta de su cama para arroparlos.

—¿Queréis beber algo caliente?

Abby negó con la cabeza. Se había secado las lágrimas, pero seguía alterada.

—¿No tienes que ir a redactar un informe o algo así?

—En este momento, vosotros dos sois mi prioridad.

Dillon sacó la mano de debajo de la manta y se la bajó por debajo de la barbilla.

—No puedo respirar, Abby.

Un segundo después, Rex también sacó el hocico. Ella se rio y apoyó la mejilla en su cabeza.

—Perdona —dejó escapar un suspiro—. ¿Quieres beber algo?

Dillon negó con la cabeza sin poder apartar la mirada de Sloan.

—Te dije que era un sombrero blanco —le susurró a Abby, aunque Sloan pudo oírlo.

—Lo sé, cariño —Abby miró a Sloan a los ojos—. Lo es más de lo que te imaginas.

Él se acordó de que llevaba uniforme y se aflojó la corbata, pero siguió sintiendo un nudo en la garganta.

—Voy a cambiarme.

Abby asintió con la cabeza y cerró los ojos como si quisiera dormir, aunque eran poco más de las seis. Él estaba llegando a la escalera cuando oyó que llamaban a la puerta. Dee y Tara estaban en el porche con los ojos fuera de las órbitas.

—Estaba en el banco cuando me enteré —le explicó Tara—. ¿Estáis bien?

—Yo estoy bien.

—Muy oportuno, ayudante del sheriff —comentó Dee antes de entrar y dirigirse hacia Abby.

Se sentó al lado de su amiga y le rodeó los hombros con un brazo. Sloan suspiró al saber que ya no podría estar a solas con Abby y Dillon.

—¿Os quedaréis con ellos mientras voy a la comisaría? —le preguntó a su hermana.

—Claro. ¿Llamo a Axel?

—No hace falta. Max no va a dejar que Bobby vaya a ninguna parte. Están a salvo.

—Gracias a ti, según he oído.

—No viste a Abby. Le habría arrancado la cabeza con el atizador si no llego a entrar.

No esperó a oír la réplica de su hermana. Agarró las llaves y se marchó para acabar con ese asunto lo más deprisa que pudiera. Sin embargo, «deprisa» resultó ser un término relativo y tardó varias horas en volver. Cuando aparcó en el camino de entrada de su casa, las ventanas estaban iluminadas y sintió una opresión en el pecho. Aun así, entró y vio a Dillon dormido en el sofá. La manta había desaparecido y estaba tapado con su chaquetón. Rex estaba encima y le acarició la cabeza mientras observaba al niño.

Se preguntó si Calvin y su madre también estarían dormidos al saber que se habían librado de Bobby por un tiempo.

Oyó voces en la cocina y se dirigió hacia allí. Las tres mujeres estaban sentadas alrededor de la mesa y Dee se levantó.

—¡Tengo que marcharme! —exclamó mientras pasaba al lado de Sloan guiñándole un ojo.

—Este domingo la cena es en casa de Jefferson y Emily —le comentó Tara mientras hacía lo mismo—. ¿Voy a tener que retorcerte un brazo?

Eran los padres de Axel y él la miró con resignación, aunque prefería mirar a Abby. Tenía ojeras y seguía con los hombros cubiertos por su manta.

—Allí estaremos —le prometió a su hermana.

Ella parpadeó al oír el plural.

—¡Aleluya! —exclamó Tara mientras lo besaba en la mejilla—. Descansa, Abby.

Unos segundos después, oyeron que la puerta se cerraba.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Abby mirándolo fijamente.

—Max se ocupa de él. No hay un juez libre hasta el lunes. Lo retendrá hasta entonces.

—Tendré que declarar.

—Sí. Tienes todo el fin de semana y no tendrás que ver a Bobby...

—Me gustaría verlo en la celda y con grilletes —le interrumpió ella con rabia.

—Debería haber llegado antes.

—¿Por qué? No podías imaginarte que se presentaría en mi casa, como yo tampoco me lo imaginé.

—Sabía que habías declarado sobre Calvin y debería habérmelo imaginado.

Ella se quitó lentamente la manta. Seguía vestida con el albornoz.

—Seguramente, todo el pueblo se enteró de mi declaración en cuanto la hice.

—Debería ser confidencial. Si me entero de que Pam tiene algo que ver, voy a...

Tuvo que callarse cuando Abby le puso un dedo en los labios.

—Basta —susurró ella—. Bobby es el único que tiene la culpa. Él maltrató a su familia y él irrumpió en mi casa. Da igual cómo se haya enterado la gente. Lo importante es que lo hayan detenido.

—Deberíamos haber podido detenerlo antes —Sloan fue de un lado a otro—. Los servicios sociales estuvieron en esa casa infinidad de veces. Yo debería haber visto que también pegaba a Calvin.

Abby no soportaba que se sintiera culpable. Se acercó a él y lo agarró de los hombros. Se puso tenso, pero no se apartó.

—Bobby es el sombrero negro de esta historia.

Él se dio la vuelta con una ceja arqueada y ella se dio cuenta de que era una expresión de Dillon.

—¿Sabes lo que quiero decir? Bobby es el malo, punto.

Le pareció raro estar agarrándolo de los hombros mientras la miraba y bajó las manos.

—¿Sabes qué ha pasado con Calvin?

—Los servicios sociales lo han llevado a una casa de acogida por el momento.

—No fue al colegio ni ayer ni hoy.

—No me extraña.

—¿Y su madre?

—Tienen que determinar si es parte del problema o víctima.

Ella se acordó de esa pobre y atemorizada mujer que se encontró en la puerta del café.

—Víctima.

—Yo también lo creo, pero Lorraine es un caso extremo de incondicionalidad a su hombre. Espero que esta vez elija ponerse del lado de su hijo —él le acarició los brazos en un gesto concluyente—. Estás molida.

La soltó y fue hasta la mesa, donde había un pan de molde.

—¿Has podido comer algo? —le preguntó él.

Abby, un poco abatida, asintió con la cabeza.

—Puedo hacerte un sándwich.

—No tienes que hacerme nada —replicó él mirando hacia otro lado—. Puedes acostarte en mi cama.

—¿Y tú?

—Me las apañaré —contestó él encogiéndose de hombros.

Ella se mordió el labio. No quería volver a su casa, aunque sabía que tendría que ir pronto.

—No hay ningún motivo para que no vaya a mi casa. Estoy siendo una gallina, pero no quiero volver hasta que sea de día.

—No eres una gallina. Ibas a machacarlo con el atizador —replicó él con cierta aspereza.

Ella se estremeció. Si cerraba los ojos, todavía podía sentir a Bobby casi encima de ella. Entonces, oyó que Sloan soltaba una maldición antes de abrazarla. Se aferró a él y pudo oír que los latidos de su corazón se serenaban.

—Quise matarlo —susurró ella—. Nunca pensé que llegaría a sentir ese... —no pudo decir lo que sintió—. Hizo daño a su hijo y aterró a Dillon. No quiero ni imaginarme las pesadillas que tendrá.

—¿Por qué las tiene?

Sloan le acarició lentamente la espalda. No había tenido tiempo de cambiarse y la tela de su camisa era suave contra su mejilla. Debajo, él era cálido, firme y seguro.

—Su madre lo dejaba solo durante horas y horas.

—Te refieres a su madre como si no fuese la tuya también.

Ella se apartó un poco para mirarlo.

—Me cuesta considerarla mi madre, aunque lo sea biológicamente. No tengo relación con ella ni ganas. Seguramente parezca escandaloso, pero lo único que siento hacia ella es repugnancia por cómo trató a Dillon. Mis padres fueron Minerva y Thomas Marcum.

Él no pareció escandalizarse.

—La madre para Dillon será Abby —Sloan se apartó de ella y se alejó con inquietud—. ¿Le quitaron los derechos de madre? ¿Está formalizado?

Ella intentó no pensar en que él había puesto la isla con encimera de granito entre los dos.

—Soy la tutora legal de Dillon. No creo que ella vaya a buscarlo. Nunca lo hizo conmigo, pero, si lo hace, no conseguirá nada. Muchos jueces de familia me lo han asegurado.

Él la miró con detenimiento. Tenía una sombra de barba en el mentón.

—Me das un miedo de muerte —dijo él de repente.

—¿Por qué? —preguntó ella con un vacío en las entrañas.

Él se frotó la cara y se pasó los dedos entre el pelo.

—Tienes veintitrés años.

—¿Quieres que mienta? —preguntó ella con una sonrisa muy leve—. ¿Me pongo unos años? ¿No deberían importar menos los años y más la vida? Me llevas diez años, no cincuenta.

—Como si lo fueran. Tú te sentiste como si quisieras matar a Bobby, pero yo he matado.

—¿Porque estabas haciendo tu trabajo?

—Mientras era un Deuce.

—Mientras estabas infiltrado en los Deuces.

—No lo idealices. Me pasé casi un año en una prisión federal para que mi tapadera fuese creíble antes de acercarme siquiera a los Deuces. Durante años no hubo diferencia entre ellos y yo.

—Sloan, claro que había una diferencia. Si no la hubiese habido, ¡no estarías aquí! Te habrías quedado con ellos. Nunca habrían sabido la verdad. Ninguno estaría entre rejas por las pruebas que presentaste.

—María fue el único motivo para que acabara la misión. Era una camarera del bar al que íbamos.

Se hizo el silencio y ella apretó los dientes por cómo había dicho él «María».

—Tuvimos una... relación —siguió él por fin—. Ella no soportaba pensar que se había enamorado de un Deuce, no soportaba nada de ellos, pero tampoco podía alejarse porque ya sabía más de lo que debería haber sabido.

Él se quitó la corbata como si estuviese asfixiándolo y la apretó con un puño.

—La amabas y le dijiste la verdad —concluyó ella.

—Y conseguí que la mataran por eso.

—Lo siento —dijo ella al borde del llanto.

—Yo también.

Se dio media vuelta y salió de la cocina.

Abby se quedó sin respiración y escuchando el silencio. Podía recoger a Dillon y volver a su casa. El monstruo estaba en un calabozo. Podía dejar tranquilo a Sloan. Pasó una mano por la encimera y oyó un ruido en el piso de encima. Recogió la manta que le había dado él, la que olía a él, y se acarició la mejilla con ella. Luego, salió de la cocina y fue al pie de las escaleras.

No llegaba mucha luz del piso de arriba, pero sí la suficiente. Puso un pie en el primer escalón y estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico y darse la vuelta, pero no lo hizo. Fue subiendo poco a poco y, cuando llegó al final, se dirigió hacia la luz y encontró a Sloan sentado en el borde de la amplia cama sin manta.

Seguía uniformado y con la corbata en el puño. Dejó la manta en la cama y le quitó la corbata. Él no se resistió, pero notó su mirada abrasadora en la espalda cuando se dio la vuelta y la alisó cuidadosamente encima de la cómoda. Se dio la vuelta otra vez, se agachó a su lado y empezó a soltarle los cordones de los lustrosos zapatos. Se los quitó, le quitó también los calcetines y los dejó con los zapatos.

Lo único que podía oír eran las palpitaciones dentro de su cabeza, pero estaba allí y él no le había dicho que se marchara. Se levantó, lo agarró de las manos y lo levantó. Él entrecerró los ojos y ella le desabotonó la camisa y se la bajó de los hombros. La camiseta blanca se ceñía a los musculosos hombros, pero eso no fue lo que la dejó sin aliento. Tampoco lo fue el tatuaje, sino la espantosa cicatriz que tenía en el bíceps derecho. Quizá llegara el momento de preguntárselo, pero no era ese. Aunque fuese una enfermera con cierta experiencia, las manos le temblaron cuando le soltó el cinturón. Él no movió un músculo, solo movió los ojos para mirarla mientras le bajaba los pantalones y ella intentó no fijarse mucho en los calzoncillos gris oscuro mientras se agachaba para que él sacara los pies. Recogió los pantalones y los dejó en el respaldo de una silla que había en un rincón. Volvió delante de él y fue a tocarle los hombros, pero cerró los puños y lo rodeó para estirar las sábanas y ahuecar las almohadas.

—Tumbate —le pidió con suavidad.

El colchón se hundió un poco cuando él se sentó en el borde de la cama. Ella esperó y, al cabo de unos segundos, él suspiró y se tumbó de lado mirándola. Lo tapó con la sábana y apagó la luz de la mesilla.

—¿Adónde vas? —preguntó él cuando se quedó a oscuras.

Fue la voz profunda de un hombre, pero habría podido ser la de su hermano pequeño.

—A ningún lado.

Rodeó la cama y encontró la manta. Se tumbó detrás de él y los tapó con la manta. Tenía el corazón desbocado, pero nunca se había sentido más tranquila. Le pasó la mano por encima hasta el centro del pecho y apoyó la mejilla en su espalda.

—Duerme, Sloan, no me voy a ningún lado —susurró ella.

No cerró los ojos ni se durmió. Respiró despacio porque sabía que él lo notaría. Entonces, mucho después, sintió que él se estremecía y que le agarraba la mano con fuerza. Cerró los ojos y se quedó dormida.

El resplandor del amanecer entraba por las contraventanas cuando se despertó. Durante la noche, Sloan y ella se habían dado la vuelta. Él tenía el brazo por encima de su cintura. Se quedó un buen rato oyendo su respiración. Estaba profundamente dormido. Aunque la idea de quedarse allí era tentadora, no era factible. Consiguió zafarse de su brazo sin despertarlo y se levantó. Miró por la ventana al pasar por delante y se dio cuenta de que estaba enfrente de la ventana de su dormitorio. ¿Habría mirado pensando en ella?

Se alejó, bajó las escaleras y abrió la puerta de la cocina para que saliera Rex. Él, por una vez, volvió enseguida, se dirigió a la sala y se hizo un ovillo a los pies de Dillon, quien ni siquiera se inmutó.

Volvió a subir al dormitorio de Sloan. Tampoco se había movido y se tumbó otra vez con su brazo por encima de la cintura. Suspiró y cerró los ojos. Entonces, la mano de Sloan se movió, la agarró del abdomen y la atrajo de espaldas contra sí.

—No sabía si volverías.

Él lo dijo con voz somnolienta, pero era lo único somnoliento que tenía. Algo perfectamente palpable hizo que bullera inmediatamente por dentro. La acarició del abdomen a la cadera y notó la calidez de su mano a pesar del albornoz.

—Me preguntaba qué llevarías debajo de esto, si es que llevas algo.

Bajó la mano por la pierna y le levantó la tela esponjosa. Ella se acordó de las preciosas bragas que habría podido comprar en la tienda de Tara y que podría llevar en vez de las vulgares de algodón que llevaba.

—Nada excitante.

—No estoy tan seguro.

Le acarició el muslo hasta la cadera varias veces y a ella le costó cada vez más quedarse quieta. Cuando llegó al borde de las bragas e introdujo la mano, separó los labios y contuvo el aliento. Le recorrió el trasero con la palma de la mano y fue metiéndola poco a poco entre las piernas, donde su excitación

era evidente.

—Esto es muy excitante —murmuró él.

Ella gimió con ansia y él volvió a mover la mano, pero para desatarle el cinturón del albornoz y bajárselo. Le besó el hombro desnudo.

—Esto también es muy excitante.

Le pasó una pierna por encima y la tumbó de espaldas. La miró de arriba abajo mientras le abría el albornoz y la dejaba vestida solo con las bragas. La acarició entre los muslos y subió al abdomen. Le tomó un pezón endurecido entre los dedos y luego el otro, subió la mano por el cuello, le levantó la barbilla y le pasó la yema de un pulgar por los labios antes de besarla mientras volvía a bajar la mano por el mismo camino. Cuando llegó al centro de ella, contuvo el aliento. Sus dedos empezaron a moverse y ella se estremeció arqueándose contra su mano.

—Excitante, sin duda.

Sus manos se tornaron más delicadas y el beso más suave. Ella sintió que el corazón se le partía por la mitad. Lo amaba, pero su ternura era más de lo que podía soportar porque no sabía cómo podría sobrevivir cuando él se marchara... y se marcharía.

—No pares.

Ella consiguió decirlo, aunque tuviera un nudo en la garganta y el corazón partido.

—No querrás ser desconsiderado, ¿verdad?

Él sonrió levemente, se apartó un poco y se quitó la camiseta. Ella se quedó boquiabierta al ver el complicado tatuaje que le recorría un hombro y le bajaba hasta el pecho.

—Tuvieron que tardar días, ¿por qué te lo hiciste?

—Parte del trabajo —contestó él acariciándole una mejilla—. ¿Quieres que me ponga la camiseta?

Volvió a pasarle un pulgar por los labios y ella cerró los ojos para contener las lágrimas.

—No.

Le acarició el tatuaje. Solo era tinta, él era suave y cálido.

—Si quieres que pare, dímelo —murmuró él—. Si algo no te gusta, dílo.

Ella se rio entrecortadamente. Su cuerpo anhelaba más y a él solo le preocupaba no hacerle daño. Se lo haría y ella lo sabía, pero, en ese momento, el daño que fuese a hacerle fuera de la cama no importaba. Le pasó un dedo entre las cejas.

—No creo que eso vaya a pasar.

Lo agarró de los hombros y lo tumbó de espaldas. Se quitó las bragas, se sentó a horcajadas sobre él y se inclinó hasta que tuvo los pechos presionados sobre su musculoso pecho. Las sensaciones se adueñaron de ella. Físicamente, era pétreo, pero sabía que por dentro era incluso más vulnerable que ella.

—No voy a romperme, Sloan —le mordió levemente el labio inferior—. Por favor, no me trates como si fuese a romperme.

La agarró del trasero y la bajó sobre él. Contuvo el aliento al sentir que palpitaba bajo ella.

—¿Estás segura? —le preguntó él mirándola a los ojos.

Se contoneó lentamente sobre él y puso los ojos en blanco por el placer. Él la soltó el tiempo que tardó en abrir el cajón de la mesilla y en sacar un envoltorio plastificado.

—¿Así de segura?

Ella le quitó el envoltorio y lo rasgó.

—¿Vas a seguir preguntándolo?

—Estás matándome, Abby.

Ella se inclinó y lo besó ligeramente en los labios.

—Te recuerdo que soy enfermera. Enséñame, Sloan —susurró—. Enséñame a hacerlo mejor.

La agarró de la cabeza, profundizó el beso y le enseñó. Luego, la soltó y se agarró a las sábanas, pero ella le tomó las manos, se las llevó a las caderas y lo introdujo lentamente.

—No quiero hacerte daño.

—No me haces daño —mintió ella un poco.

La presión era inmensa, pero estaba dentro, lo amaba y esa presión se convirtió pronto en un placer cada vez mayor. Cuando creyó que ya no podía sentir nada más, él jadeó su nombre, el nombre de ella, le dio la vuelta y se puso encima. Le agarró las manos, se las puso por encima de la cabeza y entró más profundamente con un ligero chirrido de la cama. Aunque se había prometido a sí misma que no lloraría, unas lágrimas le brotaron por las comisuras de los párpados porque no podía liberar sus sentimientos de otra manera. Entonces, la soltó y le tomó la cara entre las manos.

—Mírame —le pidió con la voz ronca—. Abby, mírame.

Todo le oprimía por dentro y abrir los ojos era casi imposible, pero acabó abriéndolos. Él tenía la cara tensa y apretaba las mandíbulas, pero sintió como si su alma también se partiera en mil pedazos al ver la ternura de los ojos que la miraban fijamente.

—Déjate llevar, cariño —susurró él.

La agarró con una mano de la cadera, la levantó un poco y lo sintió más dentro todavía, como si la sangre que palpitaba dentro de él fuese la sangre de ella y como si los latidos del corazón de ella fuesen los de él. Entonces, solo quedó el éxtasis de la explosión deslumbrante de los dos.

Capítulo 14

—¡Abby! ¿Podemos desayunar copos de avena?

El grito de Dillon fue seguido por sus pasos precipitados en las escaleras. Sloan se despertó y Abby, también.

—Es mi hermano —susurró ella con apremio.

El cerebro de Sloan se puso en marcha y se dio cuenta de que era media mañana mientras se levantaba de un salto y se metía en el cuarto de baño. Cerró la puerta justo cuando Abby se ponía el albornoz y se peinaba un poco con los dedos.

—Buenos días, señor Marcum —oyó que decía ella al cabo de unos segundos—. Sí, me imagino que podremos desayunar copos de avena. ¿Por qué no bajamos y comprobamos si Sloan tiene o tenemos que ir a casa a por ellos?

Sloan se miró al espejo mientras los oía bajar por las escaleras. Abby estaba tranquila, pero él tenía el corazón desbocado, como si hubiese escapado de que lo sorprendieran cometiendo el peor de los delitos.

Nunca había compartido la idea de que un hombre le arrebatara la virginidad a una mujer si ella quería, pero también sabía que nunca se había acostado con una mujer más inexperta que él. Además, su primera experiencia fue con una mujer mucho más experta que él. Sin embargo, ¿con Abby...? Se frotó el pecho como si los dedos de Abby todavía estuvieran allí. No sabía qué estaba sintiendo, pero sí sabía que era algo desconocido.

Por una vez, no tenía los ojos inyectados en sangre y supuso que era porque había dormido toda la noche sin pesadillas ni insomnio.

Abby lo había abrazado y había dormido como un bebé, como no recordaba haberlo hecho desde que era un niño. Abrió el grifo de la ducha e intentó no desear demasiado que Abby estuviera con él. Los copos de avena eran una buena manera de empezar el día, pero hacer el amor con ella era mucho mejor, como ya había comprobado dos veces.

Entonces, se dio cuenta de que estaba sonriendo como un bobo y le dio igual.

—¿Sloan ya es tu novio?

Abby vaciló un segundo antes de dejar el cuenco vacío delante de Dillon, quien ya estaba sentado a la mesa.

—No —contestó ella con calma, aunque oía el ruido de la ducha—. ¿Por qué?

Dillon la miró fijamente como si fuese tonta.

—Porque te rescató y todo eso.

—Tú te salvaste solo. Te dije que te quedaras encerrado en tu cuarto. A lo mejor debería castigarte por no hacer exactamente lo que te dije.

—Era una emergencia —replicó él sin inmutarse, como si constatará un hecho.

Ella sonrió y le dio un golpecito en la nariz.

—Sí, era una emergencia y fuiste muy valiente al escaparte así para buscar ayuda.

Rex salió corriendo de debajo de Dillon y ella se dio la vuelta para mirar a Sloan. Tenía el pelo humedo y parecía casi negro. Se había afeitado y llevaba unos vaqueros desteñidos con una camiseta azul también desteñida. Iba descalzo y tenía los ojos entrecerrados por la sonrisa. Al verlo, le bulló la sangre, pero su sonrisa hizo que temblara de esperanza. Se dio la vuelta para ocuparse con los copos de avena en la cocina y estuvo a punto de soltar un grito cuando Sloan le acarició la espalda y le dio un beso en el cuello.

—Buenos días —murmuró él mientras introducía disimuladamente una mano por el albornoz y le acariciaba un pecho—. Parece que hace más calor.

Ella le dio un manotazo en el antebrazo. Él sonrió y se apartó. Se agachó para acariciar a Rex detrás de las orejas y el perro gruñó de placer.

—Dillon, ¿quieres dar otro paseo en moto?

Abby miró fijamente los copos de avena que estaba haciendo y se sintió como si hubiera caído en la madriguera de un conejo o algo así. Todo parecía tan normal... Sin embargo, no lo era.

—Abby dice que no eres su novio —le comentó Dillon en vez de contestarle.

Ella miró por encima del hombro a su hermano y le frunció el ceño, pero él miraba a Sloan.

—Sin embargo, yo creo que sí lo eres —añadió Dillon tajantemente.

Sloan se sentó enfrente del chico y estiró las piernas como si eso le pasara todos los días.

—¿Te agobia?

—Solo si haces que ella se ponga triste —contestó Dillon sin vacilar.

—Entonces, tendré que tener mucho cuidado —replicó Sloan en tono serio.

Ella se dio cuenta de que estaba boquiabierta y se concentró en los copos de avena. Estaban borboteando y apagó el fuego. Sirvió los cuencos y casi los tiró delante de Sloan y Dillon. Su hermano hizo una mueca y levantó el cuenco vacío que le había dado. Ella se sonrojó un poco y volvió a guardarlo en el armario.

—No sé qué tienes para echarles encima —comentó ella dispuesta a escapar—. Volveré a casa, ya va siendo hora de que me vista.

Se dio la vuelta y se marchó precipitadamente.

—¡Caray! ¿Qué le pasa? —oyó que decía Dillon.

No esperó a oír la respuesta de Sloan. Se puso las botas de nieve y salió a la calle. Estaba a medio camino cuando se dio cuenta de que se había puesto las botas al revés, pero siguió apresuradamente hacia su casa. Se había quedado

abierta toda la noche y no se dio cuenta de que no había pensado en el ataque de Bobby Pierce hasta que llegó a su cuarto.

Se rio con incredulidad y se frotó la cara con las manos. Sacó ropa limpia sin pensar mucho en que se había dejado las bragas entre las sábanas de Sloan y se dio la primera ducha fría que se daba voluntariamente en su vida.

Cuando salió con la carne de gallina debajo del jersey de cuello alto y los vaqueros, se quedó petrificada al ver a Sloan apoyado en la encimera de la cocina.

—¿Dónde está Dillon?

—Hablando con el señor Gilcrest —contestó él mirándola de arriba abajo

—. ¿Te pasa algo?

—Nada —mintió ella—. ¿Y a ti?

—Nada —contestó él con calma—. ¿Cuándo quieres hacer la declaración?

—¿Tiene que estar presente Dillon?

—No creo que haga falta.

—Entonces, ¿puede quedarse contigo mientras voy ahora?

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—¿No quieres que te acompañe?

Sí quería, pero se concentró en ponerse bien las botas.

—Puedo ir sola.

—¿Por qué?

Ella se puso recta y se sujetó el pelo con una pinza.

—Porque, si me acostumbro a depender de ti, me costará más cuando te marches.

—En este momento, estoy aquí —replicó él mirándola con detenimiento.

Aunque le dolía, le agradeció que no fingiera que iba a quedarse. Abrió el armario y sacó una cazadora blanca y una bufanda amarilla.

—Es posible que tenga que ir contigo —añadió él.

—¿Oficialmente o porque te sientes raro por lo que ha pasado?

—Hacer el amor contigo no fue... raro. No te pongas tan seria, Abby. Normalmente, es mi trabajo —le levantó la barbilla con un nudillo—. Una de las primeras cosas que pensé cuando te conocí fue que tenías una cara hecha para sonreír.

—Lo dices por decir.

Él levantó una mano como si fuese a jurar algo.

—No.

Conseguía que fuese muy fácil que le gustara y eso debería haber facilitado las cosas, pero no las facilitaba.

—Alguien tiene que ocuparse de Dillon y el señor Gilcrest tiene noventa años.

—¿Y Dee?

—Seguramente esté yendo a bailar en la barra —contestó ella mirando el reloj de la cocina.

—Debería escandalizarme, pero sé que es esa clase de baile a la que va Pam Rasmussen. Llamaré a mi hermana. Trabaja los sábados por la mañana y

la tienda está al lado de la comisaría.

—No quiero molestarla.

Tampoco quería que Tara sacara más conclusiones de las que ya había sacado.

—Se enfadará si se entera de que no se lo he pedido y, además, tampoco hace falta que prestes declaración en este instante.

—Quiero dejarlo zanjado.

Antes de replantearse su decisión, salió a la puerta y llamó a Dillon. Él llegó corriendo, se despidió del señor Gilcrest con la mano y cerró la puerta.

—Ponte ropa limpia —le dijo ella.

—¿Vamos a ver a la abuela?

—Claro.

Ella lo decidió de repente porque sería una buena manera de quitarse el mal sabor de boca por tener que contar de forma oficial lo que había pasado con Bobby.

—Pero antes, tengo que ocuparme de un asunto. Así que date prisa.

Sloan llamó a su hermana mientras Dillon iba a su cuarto y unos minutos después, salían por la puerta. Dejaron a Dillon en Classic Charms, donde Tara lo saludó con una sonrisa y le puso un sombrero de cowboy.

—¿Quieres ayudarme a desembalar unas cajas?

Él asintió con la cabeza y casi ni miró a Abby.

—Creo que mi hermano está encaprichado con tu hermana —le comentó ella a Sloan mientras iban hacia la comisaría.

—No. Bebe los vientos por Chloe.

—Por favor... Le dio una paliza a *Sombreros blancos 3*.

Él se adelantó para abrirle la puerta de la comisaría.

—Nunca infravalores el atractivo de una mujer que sabe defenderse — Sloan saludó con la mano al hombre que estaba en la centralita—. ¿Está Max?

—Estoy aquí.

La voz del sheriff llegó desde un despacho y un segundo después apareció en la puerta. Sonrió e hizo una seña a Abby cuando la vio.

—Pasa.

No creyó que se pondría nerviosa, pero lo estaba. Sloan se dio cuenta, porque le tomó una mano.

—Todo saldrá bien.

Ella sabía que se refería a lo que la esperaba, pero le pareció como si quisiera decir mucho más.

—De acuerdo.

Él le apretó la mano y le sonrió.

—Esa es mi chica.

Si bien el aterrador incidente con Bobby Pierce fue breve gracias a la

aparición de Sloan, Abby se dio cuenta enseguida de que hacer una declaración oficial sobre todo el asunto no lo era. Cuando la firmó, habían pasado varias horas y se sentía como si no le quedara nada de energía.

—Sé que no ha sido agradable —le dijo el sheriff con amabilidad—, pero cuanto mejor preparemos la acusación, más tiempo estará Bobby fuera de la vida de todo el mundo.

—Tiene que estar fuera de la vida de su hijo.

—Estoy de acuerdo y también estamos ocupándonos de eso gracias a ti.

—¿Hemos terminado? —preguntó ella levantándose—. Mi hermano estará volviendo loca a la hermana de Sloan.

—Hemos terminado —la acompañó afuera. Sloan estaba sentado a su mesa, pero se levantó al verla—. Toda tuya.

El sheriff no podía saber cuánto le gustaría ser toda suya.

—Gracias, sheriff.

—Lámame Max —replicó él con una sonrisa antes de volver a su despacho.

—¿Todo bien? —le preguntó Sloan mirándola como si no estuviera seguro.

Ella se quitó la pinza del pelo y se lo ahuecó con los dedos.

—Estoy agotada, la verdad.

—Lo has hecho muy bien.

—Es posible, pero Dillon se sentirá muy defraudado cuando le diga que no me quedan fuerzas para conducir hasta Braden esta tarde.

El sol estaba en lo más alto cuando salieron a la calle y ella miró hacia la tienda de Tara.

—Yo os llevaré si quieres ir —se ofreció él.

—¿Lo harías?

—No es la luna, cariño —él se rio ligeramente—, solo es Braden.

Sin embargo, para ella no era «solo». Él había dicho que estaba allí en ese momento y ella quería estar con él cada momento que le concediera. Asintió con la cabeza.

Recogieron a Dillon, quien no calló en todo el camino. Le enseñó el colegio al que había ido y su antigua casa. Cuando llegaron a Braden Bridge, encontraron a Minerva en el invernadero con las plantas que adoraba. Tenía el pelo blanco y arrugas en la cara, pero también tenía una sonrisa resplandeciente. Solo le faltaba el destello en los ojos por haberlos reconocido. No pareció extrañarle que Abby le diera un beso en la mejilla ni que le presentara a Sloan, pero se sentó, se puso a Dillon en el regazo y lo escuchó con asombro mientras le contaba que se había escapado por la ventana para pedir ayuda cuando Abby la necesitaba. Eso hizo que la visita hubiese merecido la pena.

Sin embargo, ella también sabía que no podía quedarse mucho tiempo, que era preferible terminar la visita antes de lo que le gustaría para que su abuela no se cansara. La acompañaron a su pequeña habitación y la ayudó a sentarse en su butaca favorita.

—Tu joven me recuerda a Thomas —le susurró Minerva—. La forma de

mirarte a los ojos cuando te habla... Una buena elección —tomó la fotografía enmarcada que tenía en la mesilla y se la enseñó como si no la hubiese visto nunca—. Fue un torbellino que duró cincuenta años —acarició la foto y miró a Sloan—. Se enamoró de mí por las galletas de chocolate. Nos casamos un mes después.

Si ella no se hubiese enamorado ya de Sloan, lo habría hecho en ese momento, al ver cómo sonreía a su abuela.

—Puedo entenderlo —le dijo él—. Creo que yo también he comido sus galletas de chocolate.

Minerva volvió a sonreír, pero Abby captó su expresión distante y supo que era el momento de marcharse. Dejó la foto en la mesilla y le dio un beso en la mejilla.

—Volveremos pronto.

—Dile a tu abuelo que riega demasiado las begonias —le dijo Minerva a Dillon.

—Se lo diré, abuela.

En cuanto salieron de la habitación, Abby se excusó y fue al cuarto de baño del vestíbulo.

—Ha ido a llorar —le explicó Dillon a Sloan—, pero no puedes entrar, creo que es ilegal —añadió cuando Sloan se dirigió hacia la puerta.

—¿Lo hace cada vez que la visitáis?

—Sí, pero no pasa nada.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque me dijo que las personas tienen que llorar algunas veces y ella se siente mejor después de desahogarse. ¿Me darás un paseo en moto cuando lleguemos a casa?

Habría anochecido cuando llegaran y supuso que a Abby no le haría gracia la idea.

—Mañana. A lo mejor puedes convencer a tu hermana de que también monte en moto.

—Puedes pedirselo tú —Dillon saltó de una baldosa a otra—. Solo tienes que decir «por favor».

—Por favor —le pidió Sloan al día siguiente.

Estaba montado en la enorme moto negra y le ofrecía el casco que Dillon se había quitado después de haber dado varias vueltas a la manzana.

—No, gracias —repitió ella por tercera vez.

Había estado sentada en un escalón del porche esperando a que volvieran y tenía el trasero helado.

—No me gustan las motos.

—¿Cómo lo sabes si nunca lo has intentado?

Ella se puso como un tomate. Le había dicho lo mismo esa mañana, cuando se despertó y él estaba besándole los muslos y ascendía con una intención

evidente. Naturalmente, había tenido razón y casi se vuelve loca de placer.

—¿No deberíamos ir pronto a la cena dominical de tu hermana?

—No es la cena de Tara, es de los Clay en general —replicó él—. Además, tenemos más de una hora. ¿Tienes miedo de que te guste la sensación de tener una Harley entre las piernas, Abby? No es la perdición —él tenía una mirada burlona y muy atractiva—. A no ser que te excite...

Ella se tapó la cara para no reírse.

—No voy a dejar a Dillon solo ni siquiera para dar una vuelta a la manzana.

Ella se levantó y se limpió el trasero.

—¡Déjalo! —gritó el señor Gilcrest desde su porche—. El chico no va a ir a ninguna parte y, además, no estoy muerto todavía. Podemos jugar a las damas.

—¡Genial! —exclamó Dillon antes de salir corriendo.

—¡Dillon! ¡No he dicho que puedas ir!

Él se deslizó por la nieve, pero no se cayó.

—¿Puedo?

Miró a su hermano y a Sloan. No sabía si los tres, contando al señor Gilcrest, habían preparado eso.

—De acuerdo —gruñó ella.

Lo supo con certeza cuando Dillon y Sloan se chocaron los cinco y su hermano siguió corriendo.

—Puede gustarte —dijo Sloan entregándole el casco.

—No estés muy seguro —replicó ella antes de ponérselo.

Se montó y le pareció muy grande y pesada. Sloan le explicó dónde tenía que poner los pies y ella se agarró a su cintura. Se preguntó qué haría él si bajaba una mano. La había escandalizado esa mañana y quizá se mereciera que le pagara con la misma moneda. El motor rugió y se colocó bien. Dillon la despidió con la mano y ella consiguió hacer lo mismo antes de entrar en una curva y alejarse de la casa. Contuvo el aliento y, aunque no pudo estar segura, le pareció que Sloan se reía.

Giraron por la esquina del final de la calle, pero no fue a dar la vuelta a la manzana como había esperado ella. Estaba saliendo del pueblo y, poco después, entró por una carretera muy estrecha que ella no conocía. Aceleró y el miedo se adueñó de ella.

—¿Adónde vamos? —gritó ella por encima de su hombro.

—¿Te importa?

Como se había puesto el casco, él no llevaba y el viento le agitaba el pelo. Parecía más despreocupado que nunca. El cielo estaba azul y había nieve por todos lados. Era una tarde de invierno preciosa y él sonreía.

—¡No! —contestó ella al cabo de un rato.

Sloan le agarró una mano y aceleró más por la carretera desierta. La verdad era que habría ido a cualquier sitio con él siempre que se lo hubiese pedido.

Capítulo 15

Una hora después, cuando volvieron, Dillon y el señor Gilcrest seguían jugando a las damas en el porche. Abby se bajó de la moto tan contenta como temblorosa.

—Sigo vibrando por dentro.

—Tentador...

—No era una proposición —replicó ella sonrojándose.

—Voy a guardarla —dijo él entre risas.

Arrancó la moto y la llevó hacia la parte trasera de su casa.

—Es divertido, ¿verdad? —le preguntó Dillon cuando fue a recogerlo.

—Sí —ella sonrió al señor Gilcrest—. Gracias por ocuparse de él.

—El chico juega bien —dijo él agitando una mano y mirándola—. Si alguna vez quieres traerme algunas galletas más, no me importará.

—Trato hecho —contestó ella riéndose.

—Dile al ayudante del sheriff que alguien ha estado merodeando por la casa y buscándolo.

Ella se puso tensa y se acordó de Bobby Pierce, pero estaba en el calabozo.

—¿Cuándo?

—Hace media hora o así. Conducía un coche... oficial —contestó él en un tono muy elocuente—. Marigold se me ha escapado otra vez, si la ves, dímelo.

—Lo haré.

Lo observó mientras volvía a su casa y se fue con Dillon a la suya. Mientras su hermano se lavaba, ella se ocupó de Rex y se puso el jersey nuevo, que no había estrenado todavía. Se cepilló el pelo, se pintó los labios y fingió que ir con Sloan a la cena de los Clay era algo normal.

—¡Abby! —la llamó Sloan.

Ella fue a la sala y, cuando la vio, la miró de arriba abajo.

—Dillon, tienes una hermana muy guapa.

Él hizo una mueca como si intentara contener la risa, pero no lo consiguió.

—Gracias por el voto de confianza —le dijo Abby en tono irónico mientras se ponía el chaquetón rojo—. Algún día necesitarás que te enseñe a conducir para que puedas salir con una chica.

—Sloan me enseñará a conducir, ¿verdad? —replicó su hermano riéndose más.

Ella sintió una punzada de angustia. Faltaban muchos años para eso. Sloan agarró a Rex mientras salía con Dillon por la puerta.

—Claro, amigo.

Él vio el coche negro delante de su casa en el mismo momento que lo vio

Abby.

—Es verdad, el señor Gilcrest me dijo que...

No terminó la frase al ver que Sloan apretaba las mandíbulas y miraba hacia el coche. Un hombre rubio se había bajado. Iba vestido con traje, pero no llevaba abrigo y se alisó la corbata mientras miraba alrededor.

—¿Lo conoces?

—Trabajé con él en el asunto de los Deuces —contestó Sloan inexpresivamente—. Esperad aquí.

Bajó los escalones del porche y cruzó el jardín.

—¿Puede saberse qué haces aquí, Sean?

Abby agarró a Dillon por los hombros para que no lo siguiera. Le hubiera gustado oír lo que estaban hablando, pero Rex estaba ladrando dentro de la casa. Entonces, el hombre le dio un sobre a Sloan y él la miró. Notó que algo se cerraba de un portazo dentro de ella. Lo vio en la cara de él. El presente se había convertido en pasado. Ni siquiera podía gritar que era injusto el poco tiempo que había tenido.

—Dillon, vuelve adentro —consiguió decir ella con la voz ronca.

—Pero...

—¡Adentro!

Ella hizo una mueca de disgusto por el gesto abatido de él y le acarició la mejilla.

—Por favor, iré enseguida.

Él arrugó la frente, pero volvió a la casa. Rex empezó a ladrar de alegría. Al menos había alguien contento. El coche negro se alejó y Sloan se dirigió hacia ella. Se detuvo al lado de lo poco que quedaba del muñeco de nieve.

—Quieren que vuelvas —dijo ella.

Lo había esperado, pero, aun así, sintió como si le hubiesen dado una patada en el estómago. Sloan no podía soportar ver la expresión de Abby, una expresión de la que él tenía la culpa. Se parecía mucho a Bobby Pierce, lo único que no había hecho era darle un puñetazo.

—Los preparativos del viaje —comentó él levantando el sobre.

—¿A Chicago? —preguntó ella con una mirada sombría pero firme.

—A Florida —él quiso mirar hacia otro lado, pero no pudo—. Me marchó esta noche.

—¿Qué pasa en Florida?

—Tony Diablo. Johnny era su primo.

Sloan le contó que Sean había dicho que los Deuces estaban reorganizándose.

—¿Quieren que lo impidas?

—La... agencia me despidió... antes.

—No me lo habías dicho —replicó ella sin disimular su sorpresa.

Había muchas cosas que no le había dicho.

—No quiero dejarte, Abby —él se acercó más—, pero...

—Pero... —ella bajó la mirada—. Pero quieren que vuelvas y tú quieres ir.

—Quiero saber que terminé las cosas como tenía que terminarlas.

—Entonces, tienes que ir —dijo ella con la voz ronca—. Tienes que conseguir lo que quieres.

Se acercó un paso más y se acordó del día que él se quedó en medio del jardín y ella se agarró a la barandilla del porche. Podría contar los días que habían pasado, entonces, ¿cómo era posible que todo hubiese cambiado tanto?

—¿Qué quieres tú?

Ella frunció los labios y él pensó que no iba a contestar, pero Abby no hacía eso. Levantó la mirada y lo miró a los ojos.

—Quiero lo que tuvieron mis abuelos —contestó ella con la voz ronca—. Quiero pasar cincuenta años con el hombre que amo.

Se agarró a la barandilla del porche, pero la soltó y se dio la vuelta para entrar en su casa.

—¡Abby!

Notó la tensión de sus hombros a pesar del chaquetón rojo. No se dio la vuelta, pero giró un poco la cabeza.

—Yo... te... quiero —¿por qué le costaba tanto decir esa palabra?—... más que quererte...

Vio que ella se secaba la mejilla.

—Lo sé —reconoció ella, aunque no lo miró—. No pasa nada, Sloan. No tienes que preocuparte por mí. Hace tiempo que soy una mujer adulta.

—Un arrebató de orgullo.

Ella se dio la vuelta y lo miró con los ojos húmedos.

—Siempre supe que te marcharías, Sloan, pero... no creí que sería tan pronto.

—No te dejes a ti.

—El resultado es el mismo.

Quería decirle que lo acompañara, pero ¿adónde? Tony Diablo estaba en Florida en ese momento, pero lo más probable era que no se quedara. No podía ofrecerle nada estable y ella pedía a gritos estabilidad. Dillon la necesitaba. Su abuela la necesitaba. Además, no volvería a poner en peligro a una mujer que amaba.

—No pasa nada, Sloan —repitió ella como si supiera lo que estaba pensando.

Quizá lo supiera mejor que él. Ella abrió la puerta y entró. Él avanzó como si sus pies tuvieran voluntad propia.

—Dillon...

—Será mejor que me ocupe yo de mi hermano —le interrumpió ella en tono protector.

Le dolió saber que había que proteger a Dillon de él.

—Te dije que no soy un héroe.

—Sloan, eso solo te importaba a ti. A nosotros nos importabas tú. Ten cuidado —susurró ella.

Entonces, entró y cerró la puerta muy despacio.

—Vamos, Dillon. Has pasado semanas trabajando en ese cartel.

Que tuvieran los corazones destrozados no quería decir que no fuese lunes. Dillon no había hablado casi nada desde que ella le dijo que Sloan tenía que marcharse y no le sorprendió que hubiese tenido una pesadilla. Su mundo había dado un vuelco, pero lo había sacado adelante una vez y volvería a hacerlo. Si se concentraba en él, ella no se desmoronaría completamente. Él, sin embargo, ya no quería participar en el concurso.

—Sé que echarás de menos a Sloan, cariño, pero él querría que presentaras el cartel.

Dillon hizo una mueca, pero agarró el cartel y fue hacia la puerta. Al salir, ella evitó mirar hacia la casa de Sloan. El camino de entrada estaba vacío y seguiría así para siempre.

—¡Es un malnacido! —exclamó Dee cuando se lo contó.

—No, ni mucho menos —replicó Abby intentando no llorar.

Dee levantó las manos y sacudió la cabeza como si ella estuviese loca, y quizá tuviera razón. No tuvo que contárselo al señor Gilcrest porque ya lo sabía cuando le llevó más galletas.

—Lo vi cuando se marchó con la maleta —dijo él dándole unas palmadas en la mano—. Volverá.

Ella no tuvo coraje para decirle que estaba loco.

Llegó febrero y el director Gage anunció los ganadores del concurso. No ganaron ni Dillon ni Chloe, aunque él estaba convencido de que ella sí ganaría. Febrero dejó paso a marzo y marzo a abril.

Calvin Pierce volvió al colegio cuando encerraron a su padre en la cárcel de Gillette. Calvin y su madre habían dejado la casa donde vivían y estaban en un piso al lado de Dee. Lorraine había empezado a estudiar por Internet y parecía una mujer nueva. Una tarde se encontraron en la puerta de la cafetería de Ruby y tomaron una taza de café.

Ella siguió jugando las partidas de póquer para solteras y empezó a ir los sábados a las clases de baile en la barra, donde Pam Rasmussen cotilleaba de absolutamente todo.

Aunque no podía dejar de mirar hacia la casa de Sloan como si él fuera a aparecer milagrosamente, sí dejó de evitar ir a Classic Charms por miedo a encontrarse con Tara. Se enteró de más cosas sobre la vida de Sloan por las conversaciones que tuvo con su hermana que por lo que le había contado él. La vida, como había comprobado más de una vez, seguía su curso quisiera ella o no.

Llegó mayo y plantó unas flores para el señor Gilcrest. También ayudó a Dillon a plantar una pequeña huerta detrás de su casa y la rodeó con una tela metálica para que Rex no excavara, pero excavó. Cuando descubrió la madriguera de una marmota que iba hasta debajo del montón de leña de Sloan, comprendió por qué Rex no dejaba de ladrar y de excavar siempre que podía.

Cuando terminó el curso, matriculó a Dillon en las mismas actividades a las

que iba Chloe y ella aceptó un empleo a tiempo parcial en el hospital que duraría hasta que empezara el colegio en otoño. Incluso salió una noche con uno de los médicos. Era simpático y divertido, pero no era Sloan y no salió con él nunca más.

Entonces, un día, a mediados de junio, volvió a su casa del hospital y vio abierta una ventana de la casa de él. El corazón le dio un vuelco. No había ningún vehículo en el camino de entrada. Era más probable que fuese uno de los robos de los que tanto hablaba Pam.

No había vuelto a saber nada de él desde que aquel coche negro se paró delante de su casa y la vida perdió el brillo. Tara le había prometido que, si se enteraba de que le había pasado algo, se lo contaría, pero ni siquiera Tara sabía nada de él. Se había marchado de Weaver sin mirar atrás.

No hizo caso de la ventana abierta y entró en su casa. Se puso unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta roja. Miró desde la ventana de su cuarto, pero solo vio las contraventanas cerradas, como llevaban meses.

Llamó a Rex, salieron y se acercó a la casa de Sloan para mirar la ventana abierta. Le pareció ridículo llamar al sheriff por eso. Sabía que una agencia inmobiliaria estaba ocupándose de la casa. Era un día caluroso y parecía normal que abrieran una ventana para ventilar una casa que llevaba meses abandonada.

—Vámonos, Rex.

Se dirigió hacia su casa, pero él salió corriendo como hacía siempre que creía que podía cazar a la marmota. Rex estaba enloquecido y ella se dio cuenta de que no era por la marmota, era porque la puerta de la covacha de Sloan estaba entreabierta.

—Ya he llamado al sheriff y tengo la pistola de mi abuelo —mintió en voz alta.

La vieja puerta de madera chirrió. Intentó agarrar a Rex, pero el perro salió disparado.

—Compruebo que sigues sin poder sujetar al perro —comentó Sloan antes de tomar a Rex en brazos.

Terminó de abrir la puerta con el hombro mientras esquivaba la lengua del perro. Ella solo pudo mirarlo fijamente. Tenía el pelo más corto y más canoso. También tenía canas en el bigote y la perilla que se había dejado crecer. Llevaba una camiseta con una calavera y unos vaqueros. Estaba bronceado y más delgado. La cicatriz del brazo derecho y el tatuaje del izquierdo le iban como anillo al dedo. Parecía peligroso y rudo. Excepto por los ojos. Ella deseó llevar algo más presentable que los pantalones que se cortó cuando estaba en el instituto.

—Si llevas una pistola, no sé dónde la escondes, cariño. Esos pantalones son muy cortos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella cruzándose de brazos.

—He venido a por algo que quiero —contestó él dejando a Rex en el suelo.

El dolor se adueñó de ella y fue mucho más intenso de lo que debería haber sido después de tanto tiempo. Podía ver la moto que ocupaba casi toda la

covacha.

—Me preguntaba cuándo harías algo para recuperar la Harley.

No se la había llevado cuando se marchó y nadie había ido a por ella.

—Tienes el pelo más largo —comentó él sin mirar siquiera la moto.

Ella se tocó el pelo sin querer, pero, molesta, se metió las manos en los bolsillos.

—El tuyo está más corto y más canoso.

—Echaba de menos esos arrebatos de orgullo —replicó él con una sonrisa—. ¿Qué tal está Dillon?

—Bien.

No dijo nada más. Si quería saber algo, tendría que ser más concreto. Llevaba cinco meses sin dirigirle la palabra y no iba a cometer el error de pensar que estaba allí por algo que tuviera que ver con ella.

—¿Y tu abuela?

—Ha empeorado —contestó ella apretando los dientes.

—¿Y tú? —la miró a los ojos—. ¿Has encontrado a alguien para los próximos cincuenta años?

Ella se dio media vuelta para marcharse.

—Abby, espera.

Se acercó a ella, la agarró de los brazos y le dio la vuelta. Ella no pudo mirarlo.

—No puedo...—ella retrocedió y él la soltó—. Recoge lo que hayas venido a buscar y márchate. Dillon va a volver y no quiero que te vea. Por fin ha dejado de preguntar cuándo vas a regresar.

—Sé que os hice daño.

Ella no iba a negar lo que era evidente.

—¿Estás... saliendo con alguien?

—Con un médico residente del hospital —contestó ella exagerando la cita que había tenido.

—Un médico. Supongo que tiene su razón de ser —comentó él con una sonrisa.

—Le gustan las chicas con cofia de enfermera. ¿Y tú? ¿Hay alguien por quien te tatúas?

—¿Vais en serio?

—Es definitivo.

—Supongo que no me merezco otra cosa —Sloan apretó las mandíbulas—. Le darás las galletas de tu abuela.

—Hago todas las semanas —él no tenía por qué saber que eran para el señor Gilcrest—. No tienes aspecto de pasar mucho tiempo detrás de una mesa con traje y corbata. ¿Qué te ha encargado la ATF? Supongo que la perilla es una especie de disfraz, pero...

—No estoy en la ATF desde hace cuatro meses.

Ella lo asimiló. Estaba segura de que no había vuelto corriendo a Weaver y, si necesitaba alguna prueba de lo que sentía él, esa parecía serlo. Se dio media vuelta otra vez.

—¿No te interesa saber lo que he estado haciendo?

Ella se detuvo y volvió a mirarlo.

—Al parecer, has estado tomando el sol.

—Me ha dado el sol —reconoció él con una sonrisa—. He cavado zanjas entre otras cosas.

—¿Por qué? ¿Has estado haciendo trabajos forzados para prepararte para otra misión?

—Para aclararme las ideas. Por fin.

—Me alegro por ti —consiguió decir ella.

—Yo lamento haber tardado tanto.

Abby sintió una opresión en el pecho y no soportó estar allí fingiendo.

—No tienes que lamentarlo por mí.

—Claro. Eres una mujer adulta y todo eso.

—Deberías dedicar unos minutos para ver a tu hermana.

—Lo haré, pero quería verte a ti antes.

—¿Por qué?

—Porque eres el motivo de que haya vuelto a casa.

¿A casa? Ella cerró los ojos.

—Sloan....

—Te amo, Abby. No quería y creí que, si me marchaba, te olvidaría, pero cada vez que cerraba los ojos, estabas allí. En mi cabeza, en mi corazón.

Ella se mordió la lengua, pero ni eso evitó que le cayera una lágrima.

—Sin embargo, también sabía que todavía llevaba dentro esa inmundicia que había llevado durante años y que, si había alguna posibilidad para nosotros, tenía que volver y afrontarla.

—¿Los Deuces? —preguntó ella mirándolo por fin.

—Estaba machacado incluso antes de eso. Tara y yo... no tuvimos una infancia normal. Te dije que íbamos de un lado a otro por el trabajo de mi padre, pero...

—Tara me lo contó —le interrumpió ella—. Me dijo que os escondíais en armarios y otros sitios cuando vuestro padre creía que corríais algún peligro. ¿Estaba en la CIA o sufría paranoia?

—Estaba en la CIA y era paranoico. Fue una pesadilla y yo me parezco mucho a él.

—¿Paranoico?

—Alguna vez me lo parece —contestó él sin sonreír—, pero, según los informes médicos, tengo buena salud mental.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo?

—Lo que fuera para poder comer y tener una cama. La construcción, trabajos físicos... Lo que fuese fácil de conseguir.

—¿Y fácil de abandonar?

—Visité la tumba de María y las de mis padres. También la de Johnny. No era un hombre bueno, pero llegó a ser mi amigo y tenía que afrontar eso.

Abby no podía contener las lágrimas y dejó de intentarlo.

—Podías habérmelo contado. No hacía falta que te marcharas. ¡No hacía

falta que te alejaras y ni siquiera llamaras!

—Es verdad. Lo hice porque tenía que darme cuenta de que tenía un sueño, de que, al fin y al cabo, no soy tan distinto de mi hermana —le pasó un pulgar por la mejilla—. De que quería esto. Un hogar, una vida, un porche —miró a Rex—. Un perro.

—Él no está en adopción —comentó ella con la voz ronca.

—Y lo más importante de todo. Tenía que darme cuenta de que tú eras la única persona con la que podía y quería conseguir todo eso.

Ella tomó una bocanada de aire.

—Nunca me he enamorado fácilmente, Abby. Entonces, un día, me sonreíste por encima del borde de un vaso de leche y todo me pareció muy fácil... o muy complicado —él le acarició el pelo con una mano temblorosa—. Conseguiste que riera otra vez. Me diste tranquilidad y te mereces mucho más de lo que podré ser jamás.

—Sloan...

—Quiero estar contigo para siempre. Max tiene un empleo permanente para mí. Ese otro hombre...

—No hay otro hombre —ella le tomó la cara entre las manos—. ¿Cómo iba a haberlo? Solo estás tú y nunca habrá nadie más que tú.

—¿Te casarás conmigo? —le preguntó él mirándola a los ojos.

—¿Estás pidiéndome la mano? —preguntó ella con una risa atropellada.

Él metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo con un diamante. A ella le pareció delicado e irreal entre sus dedos.

—Dillon me dijo una vez que lo único que tenía que hacer era decir «por favor». Sí, Abby, estoy pidiéndotelo. ¿Por favor, te casarías conmigo?

Ella miró el anillo y luego lo miró a los ojos.

—Sí —susurró ella—. Sí, me casaré contigo.

—¿Estás segura?

El diamante resplandeció y ella se dio cuenta de que las manos de él estaban temblando. Tomó el anillo y se lo puso en el dedo.

—Estoy segura.

Él sonrió levemente y la abrazó. Ella lo besó en los labios, lo abrazó y por fin supo que no tendría que soltarlo nunca más.

—Nunca había estado más segura de algo.

El alarido que oyeron no les dio tiempo para prepararse antes de que Dillon se abalanzara sobre las piernas de Sloan.

—¡Has vuelto!

Él abrazó a Dillon con un brazo sin soltar a Abby y sin dejar de mirarla.

—He venido a casa.

A ella le tembló la mano mientras le acariciaba la cara y sonrió a pesar de las lágrimas.

—Entonces, ¿ahora vas a ser el novio de Abby?

—Voy a ser mucho más que eso, amigo.

Dillon se quedó pensativo.

—Parece que las galletas de la abuela dan resultado.

Sloan se rio, levantó a Dillon con un brazo y abrazó a Abby con el otro.

—Galletas, ¿eh? ¿Todo ha sido una conspiración?

Ella se encogió de hombros y se sonrojó.

—A mí no me han dado tan buenos resultados. Mi abuela tardó un mes en cazar a mi abuelo. Yo he tardado ciento cuarenta y seis días.

—Han pasado esos días desde que vi tu cara —él la besó con delicadeza—, pero solo tardaste un día en cazarme. Solo necesitaste tu sonrisa.

Una sonrisa que él se ocuparía de que conservara durante el resto de su vida. Sloan dejó a Dillon en el suelo. Rex saltó sobre él inmediatamente y se alejaron corriendo. Abby le rodeó la cintura con los brazos y lo miró a los ojos.

—Bienvenido a casa.

Su puso de puntillas y lo besó en los labios. Él supo que Abby era su sueño, que tenía un corazón tan grande que podía acoger a un hombre como él.